

**Daniel Alarcón • Jesús Cossio**  
**Francesca Denegri • Sonia Goldenberg**  
**César Hildebrandt • Rafaella León**  
**Carlos León Moya • Santiago Roncagliolo**  
**Marco Sifuentes • Gabriela Wiener**



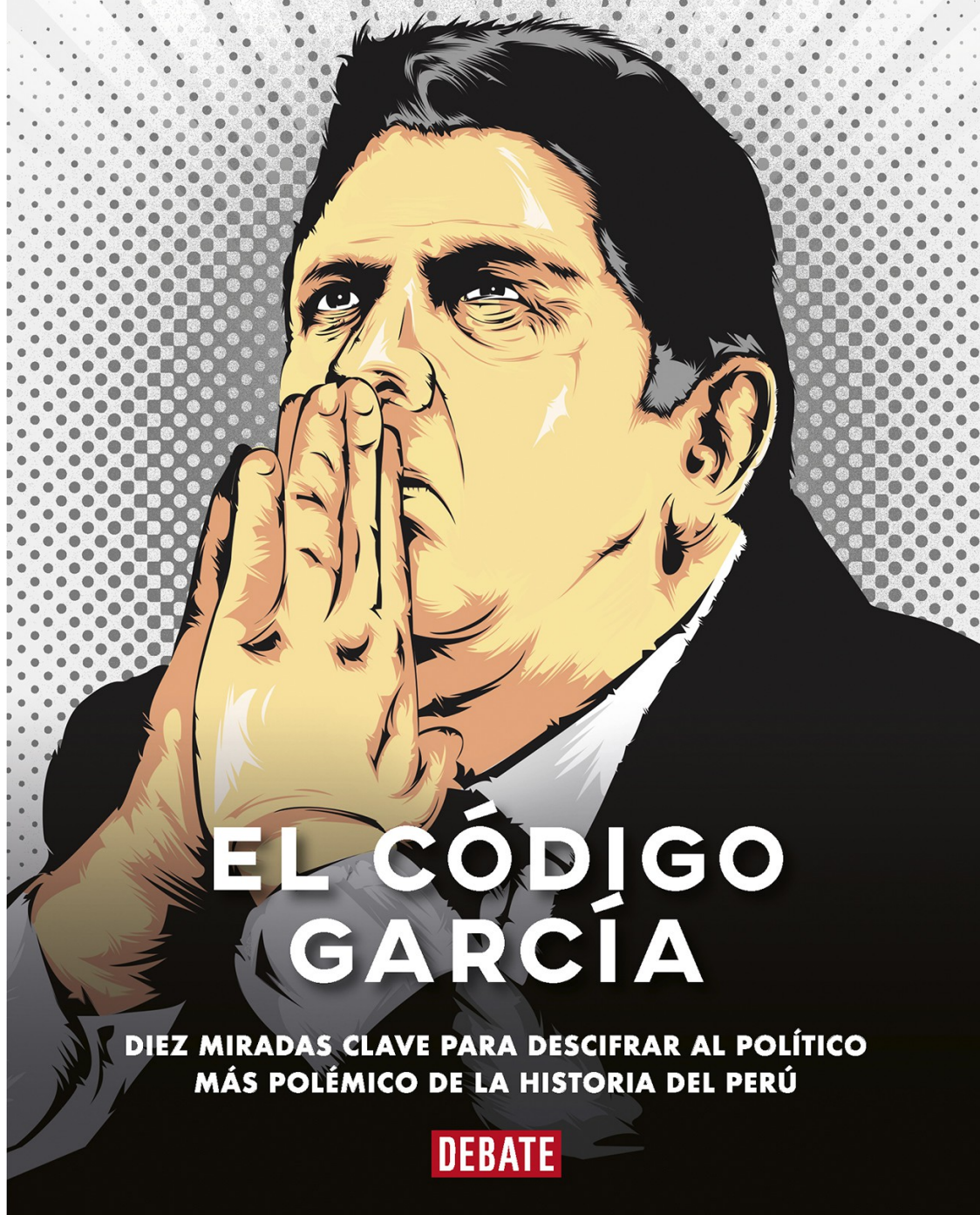
# EL CÓDIGO GARCÍA

**DIEZ MIRADAS CLAVE PARA DESCIFRAR AL POLÍTICO  
MÁS POLÉMICO DE LA HISTORIA DEL PERÚ**

**DEBATE**



**Daniel Alarcón • Jesús Cossio**  
**Francesca Denegri • Sonia Goldenberg**  
**César Hildebrandt • Rafaella León**  
**Carlos León Moya • Santiago Roncagliolo**  
**Marco Sifuentes • Gabriela Wiener**



# EL CÓDIGO GARCÍA

**DIEZ MIRADAS CLAVE PARA DESCIFRAR AL POLÍTICO  
MÁS POLÉMICO DE LA HISTORIA DEL PERÚ**

**DEBATE**



# EL CÓDIGO GARCÍA





# EL CÓDIGO GARCÍA

Diez miradas clave para descifrar al político  
más polémico de la historia del Perú

DANIEL ALARCÓN / JESÚS COSSIO  
FRANCESCA DENEGRI / SONIA GOLDENBERG  
CÉSAR HILDEBRANDT / RAFAELLA LEÓN  
CARLOS LEÓN MOYA / SANTIAGO RONCAGLIOLO  
MARCO SIFUENTES / GABRIELA WIENER

**DEBATE**





SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



Me Gusta Leer Perú



@megustaleerpe



@megustaleerpe

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Índice

### *Portadilla*

¿Qué llevó al expresidente de Perú a quitarse la vida?

Daniel Alarcón

Primera muerte de García

Rafaella León

Enemigos íntimos: la relación entre Alan García y Víctor Polay

Santiago Roncagliolo

Ha vuelto: mayo-junio de 2006

Marco Sifuentes

Ciudadanos de primera

Jesús Cossio

Cartografía de un derrumbe o las dos carreras de Alan García

Carlos León Moya

¿Quién fue Alan García?

Sonia Goldenberg

La política coimera y achorada que nos dejó Alan  
Francesca Denegri

César Hildebrandt y Alan García  
(Entrevista, 2001)

El llulla presidente  
Gabriela Wiener

*Sobre este libro*

*Sobre los autores*

*Créditos*



## **¿Qué llevó al expresidente de Perú a quitarse la vida?<sup>1</sup>**

Daniel Alarcón

Doce horas antes de encerrarse en su habitación y suicidarse, Alan García, dos veces presidente de Perú, concedió una entrevista a la estación nacional de radio y televisión RPP, desde la sede de una universidad limeña donde daba clases. Era una noche de martes a mediados de abril, durante Semana Santa, y en la capital peruana hervían rumores sobre el inminente arresto de García. Había sido implicado en un vertiginoso y complejo escándalo transnacional de corrupción que había involucrado a gran parte de la clase política peruana. Ahora, después de meses de silencio, ante la creciente presión de los fiscales y la prensa, había decidido que era hora de hablar.

Jenny Álvaro, una de las productoras de la entrevista, se reunía con García por primera vez, pero pensaba que sabía qué esperar: el político grandilocuente, teatral y descomunal que había estado presente en el escenario nacional por más de tres décadas. «Siempre lo había visto en pantallas, en mítines, y siempre me habían hablado de que su presencia era imponente», me dijo Álvaro. En cambio, esa noche García lucía calmado, incluso moderado, con poco de la fanfarronada que en general se asociaba a su persona pública. Vestía un traje azul oscuro, una camisa de vestir blanca con el cuello desabotonado, y no llevaba corbata. Su cabello negro, con un mechón gris al frente, estaba peinado hacia atrás y se veía escaso en comparación con la salvaje melena que había tenido en su juventud. Había sido un joven muy atractivo, pero había engordado a medida que envejecía. Era conocido por ser meticuloso con su imagen, por tener opiniones

inamovibles sobre los pormenores de sus entrevistas televisadas —qué ángulo de cámara le favorecía, dónde se le debía ubicar en relación con el entrevistador. Pero ahora García era flexible, casi deferente. Álvaro le dijo dónde sentarse y en qué dirección mirar, y cuando, por un momento, pareció dudar de ella, le aseguró: «Le va a sentar mejor. Se verá más joven, señor presidente». García se echó a reír.

El entrevistador esa noche, Carlos Villarreal, había conocido al expresidente —y cubierto sus hazañas— durante veinte años. García le dijo que tenía solo media hora antes de dictar su clase semanal sobre Teoría política, y que le gustaba dar ejemplo a sus estudiantes llegando a tiempo. (En un país que es, en términos generales, agnóstico sobre la importancia de la puntualidad, su insistencia en este punto parecía una excentricidad personal). Cuando la entrevista comenzó, García frunció el ceño y asintió mientras Villarreal aludía a nuevas denuncias que podrían enviarlo a la cárcel. Al final, Villarreal preguntó: «¿Es usted consciente de que esta entrevista a RPP noticias puede ser la última que dé?».

A la luz de los sucesos posteriores, la pregunta parece ominosa. Cinco meses antes, García le había entregado a su secretario personal, Ricardo Pinedo, una carta sellada para dársela a su familia cuando llegara el momento; no le explicó que era una nota de suicidio, pero a menudo les decía a sus amigos que nunca se sometería al humillante espectáculo de un arresto. Ya en 2012, García le había comentado a un entrevistador: «No nací para eso, a mí no me pone la mano encima nadie». Erasmo Reyna, el abogado de García, me dijo que, después de un interrogatorio en la Fiscalía, el año pasado, García le mostró un arma que llevaba en el cinturón en caso de que las autoridades intentaran arrestarlo. «Comprendí que la cosa era en serio», me dijo Reyna.

En respuesta a la pregunta de Villarreal, García soltó un «No» pensativo, casi quejumbroso.

Villarreal rápidamente agregó: «en condición de libertad».

Unos minutos antes, una fuente le había confirmado a Villarreal que la orden para la detención preventiva de García estaba a la espera de la aprobación de un juez. Una vez firmada la orden, aquella larga carrera en la vida pública llegaría a un final vergonzoso, y un hombre que había estado obsesionado con su lugar en la historia entraría a ella como poco más que una nota de pie de página. La prensa lo sabía. Gran parte del país lo había estado esperando. Quizá lo más importante es que el propio García lo sabía.

Para Villarreal, García ofreció una defensa sobria contra las últimas acusaciones: no había pruebas. Eran todas insinuaciones e hipótesis. Pero al hablar parecía que no le interesaba. «Yo soy cristiano», dijo en un momento dado. «Creo en la vida después de la muerte. Creo en la historia. Y si me permite, creo en tener un pequeño sitio en la historia del Perú».

Poco antes de las seis y media de la mañana siguiente, la policía llamó a la puerta de la casa de García en el distrito de Miraflores, en Lima. Unos cuantos periodistas esperaban afuera cuando los funcionarios de la casa dejaron pasar a los oficiales. García se encontró con la policía, junto con un representante de la oficina del fiscal, en el rellano entre el primer y segundo piso y, después de una breve conversación, volvió a subir las escaleras. El video publicado más tarde por las autoridades muestra a García sacando un arma de su bolsillo mientras se da la vuelta. Se encerró en su habitación, llamó a su pareja, Roxanne Cheesman, quien estaba en Miami y es la madre de su hijo menor, y le dijo que la amaba, en una videollamada que duró menos de un minuto. Entonces se llevó el arma a la cabeza y apretó el gatillo. Le faltaba poco más de un mes para cumplir setenta años.



Para entender a García es necesario comprender a Alianza Popular Revolucionaria Americana, o APRA, el partido político que lideró durante décadas y, de alguna manera, encarnó. En un país donde la mayor parte de los partidos se han debilitado hasta el punto de la irrelevancia y las alianzas políticas a menudo son poco más que matrimonios de conveniencia organizados para una elección específica, el APRA, fundado hace noventa y cinco años, es diferente, tanto como institución cultural como partido político. Por generaciones, ser *aprista* ha sido una identidad heredada; los militantes se afilian al partido porque sus padres y madres fueron miembros, y sus abuelos antes que ellos. Cuando le pedí a Erasmo Reyna definir al APRA, al principio no hizo ninguna mención a la ideología o política. «El aprismo es sentimiento», me dijo. «Es hermandad entre nosotros. El aprismo es sentirse parte de una gran familia». Le señalé que sonaba como si estuviera hablando de la barra de un equipo de fútbol. Él negó con la cabeza. «No somos un club. No somos una hinchada. Somos más que eso».

Alan García nació en el APRA. Su madre era maestra; su padre, contador. Ambos eran miembros comprometidos del Partido. Después de que el APRA fuera declarado ilegal, el padre de García pasó años viviendo en la clandestinidad, al igual que el legendario fundador del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre. El padre de García estaba recluido en El Sexto, una infame prisión en Lima (que luego fue demolida), cuando su hijo nació, en 1949.

García se unió al partido en la adolescencia, y a menudo estaba en la primera fila de las clases de historia y política de Haya de la Torre en la Casa del Pueblo, la cavernosa sede del APRA, en el centro de Lima. Aún entonces, se destacó por su pedigrí de partido, su intelecto y su tamaño. (De adulto, medía más de un metro noventa, casi treinta centímetros más alto

que el peruano promedio, «ya con eso tenía una publicidad gratis», me dijo su diminuto secretario Ricardo Pinedo). A principios de los setenta, García estaba en un pequeño grupo de hombres jóvenes a quienes Haya de la Torre seleccionó para estudiar con él personalmente. Los estudiantes se reunían las tardes de domingo en casa de Haya, en las afueras de Lima, para hablar de política, revolución, historia, y para cantar. García fue un orador precoz, en el molde de su mentor, cantaba bien, un talento que luego empleó con gran éxito para ganarse un poco de dinero extra mientras estudiaba en París, e, incluso más tarde, cuando hizo campaña al lado de famosos músicos peruanos, cantando clásicos criollos a todo pulmón con su melódica voz de barítono. Era un estudiante carismático pero indisciplinado, muy conocido en la Universidad Católica por sus discursos elocuentes y por el abrigo de cuero naranja que llevaba. Mirko Lauer, analista político y editor, se hizo amigo de García cuando ambos eran estudiantes. Lo describe como alguien aparentemente lleno de confianza, pero, en realidad, ofuscado por la incertidumbre y obsesionado con el estatus. «En el lugar donde podría haber estado un vacío en realidad había una gran ambición», me dijo Lauer. «García nunca parecía *estar* ahí. ¿Qué es lo que pasa con la gente que no *está*? Suelen ser estupendos candidatos porque todo el mundo puede proyectar en ellos más o menos lo que quieren».

García pasó cinco años estudiando Derecho y Sociología en Europa. Volvió al Perú en 1977, momento en el cual su ascenso dentro del partido resultó aparentemente imparable. Fue elegido como representante de la Asamblea Constituyente de 1978, a los veintinueve años, y ganó un escaño en el Congreso dos años después. A los treinta y tres años, era el secretario general del partido y, entre los muchos que querían ser el elegido de Haya de la Torre, García logró ser el candidato presidencial del partido en 1985. Su elección aquel año fue histórica, la culminación del sueño que el APRA

acarició por décadas —fue el primer (y, hasta la fecha, único) presidente del APRA— y la primera transición pacífica de un líder elegido democráticamente a otro en casi cuatro décadas. García tenía treinta y seis años, la mitad de la edad del presidente saliente del Perú, y era el jefe de Estado más joven de América del Sur en ese momento.

La historia que más se cuenta sobre García es que él estaba predestinado, el más talentoso discípulo de Haya de la Torre. El Elegido. Y ciertamente había algo mesiánico en el Alan García de 1985; era un instigador, un visible antiimperialista, un héroe popular de la izquierda. Lleno de promesas y brío, se sentía como en casa frente a la multitud, a la que podía llevar a un tipo de éxtasis con su discurso descaradamente grandilocuente. «Más dramática y difícil no podría ser la tarea», García declaró en su discurso inaugural, «pero a la vez más hermoso y trascendental no podría ser el reto». Su primer discurso como presidente estuvo lleno del tipo de gestos populistas que se convertirían en su especialidad: propuso recortar su propio salario y reducir el pago de la deuda externa de Perú al diez por ciento de sus exportaciones. Prometió duplicar el castigo a los funcionarios públicos que violasen la ley, y lealtad a sus compatriotas peruanos: «El futuro será nuestro. Ese es mi compromiso y aquí está el testimonio de mi vida y mi promesa ante la muerte».

Un mes después de comenzar su mandato, el índice de aprobación de García superaba el noventa y cinco por ciento, y durante un par de años sus políticas parecieron funcionar: congeló los ahorros en moneda extranjera, fijó los precios e incluso tuvo cierto éxito en el control de la inflación. La economía se expandió en casi un diez por ciento anual, una tasa de crecimiento sorprendente para cualquier país. Al mismo tiempo, sin embargo, Perú comenzó a tener grandes déficits, un problema que García abordó imprimiendo más dinero. Para 1987, las reservas internacionales de



Perú casi habían desaparecido, y García, sin el apoyo total de su gabinete, anunció un plan para nacionalizar los bancos. El proyecto fue finalmente derrotado por la protesta pública, incluyendo manifestaciones encabezadas por Mario Vargas Llosa, el novelista y futuro ganador del Premio Nobel.

La hiperinflación es lo que la mayoría de los peruanos recuerdan cuando piensan en finales de los años ochenta. Los precios podían cambiar varias veces al día, y se requerían bolsas llenas de dinero en efectivo para comprar artículos básicos para el hogar. Nuevas denominaciones de billetes se imprimieron con una serie interminable de ceros, y los ahorros de la clase media se volvieron de repente inútiles. Durante los tres últimos años del primer mandato de García, el PIB de la nación cayó una cuarta parte, una de las recesiones más dramáticas en la historia del Perú. Para 1990, alrededor del sesenta por ciento de los peruanos vivía en la pobreza.

Si hay un factor atenuante a toda esta incompetencia presidencial es que García estaba luchando en esa época con el grupo terrorista más sanguinario de Sudamérica, Sendero Luminoso, y contra otra insurgencia menos violenta pero también desestabilizadora, el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, o MRTA, dirigido por un exaprista y antiguo amigo de García, Víctor Polay. Como si esto fuera poco, el grupo paramilitar Rodrigo Franco, que llevaba el nombre de un mártir del APRA asesinado por Sendero Luminoso, fue responsable, hacia el final del mandato de García, del asesinato de varios sospechosos de pertenecer a grupos armados. Una violencia política como esta hubiera puesto a prueba a cualquier jefe de Estado, pero la respuesta de García fue particularmente catastrófica. Presidió una campaña contra Sendero Luminoso que costó miles de vidas. Sus fuerzas armadas respondieron a los motines carcelarios de Sendero Luminoso matando a cientos de guerrilleros, incluso mientras se rendían. Esto hizo poco para contener la amenaza terrorista, y los extremistas

aprovecharon el caos económico. Hacia 1989, Sendero Luminoso había destruido más de mil torres eléctricas, y Lima se había acostumbrado a los apagones. Las bombas en la capital también eran frecuentes, y en el interior la situación era aún peor: según algunos cálculos, más de medio millón de peruanos en las zonas rurales fue desplazado por la violencia política. Entre los analistas políticos, los historiadores, y los peruanos comunes, existe el consenso de que la primera presidencia de García fue la peor de la historia peruana contemporánea. Su popularidad se desplomó al seis por ciento, y, cuando visitó el Congreso para su discurso de despedida, en 1990, los miembros de la oposición golpearon sus escritorios y corearon «¡Ladrón!» tan alto que, durante varios minutos, él no pudo hablar.

Cuando García dejó el Palacio Presidencial, su reputación como la joven y brillante promesa de la izquierda latinoamericana estaba destruida. Fue acusado de corrupción y enriquecimiento ilícito a través de contratos turbios, incluido uno para una línea de tren eléctrico que permanecería inacabada durante más de dos décadas. El nuevo Congreso inició investigaciones sobre los cargos, que fueron abruptamente suspendidas en abril de 1992, cuando el presidente Alberto Fujimori disolvió el Congreso y llenó las calles de Lima con tanques. Los soldados fueron a la casa de García para arrestarlo, pero él disparó al aire y huyó, saltando de su balcón a una casa vecina, donde se escondió en un tanque de agua vacío. Finalmente, García entró de forma clandestina a la embajada de Colombia, en Lima, y, desde ahí, al exilio.

Después de una temporada en Bogotá, García se estableció en París, donde compró un apartamento en el Distrito XVI. Mirko Lauer, quien visitó a García en aquellos años, me dijo que era un clásico apartamento parisino de techos altos, pero «una mansión no era, de ninguna manera». Mansión o no, el hecho de que García, quien alguna vez juró ante las autoridades

tributarias que sus únicos bienes eran su casa en Lima y el reloj en su muñeca, pudo comprar un apartamento de cualquier tamaño en París fue motivo de sospecha.

Ricardo Pinedo estaba trabajando para un congresista del APRA en 1995, cuando recibió un correo electrónico de alguien que decía ser Alan García. «Era un fantasma en esa época», me dijo Pinedo, y por eso contestó, advirtiéndole al remitente que no hiciera bromas a una cuenta de correo electrónico oficial del Congreso. Minutos después, su teléfono sonó: era García, que llamaba desde París. «No pude hablar dos minutos. Se me hizo un nudo en la garganta», me dijo Pinedo. El expresidente estaba en sus horas más bajas, deshonorado y marginado. Aun así, para Pinedo, García seguía siendo un héroe, el hombre que había llevado al APRA al poder. A través de llamadas nocturnas desde París, cultivaron una amistad y, juntos, idearon un plan: Pinedo compró un altavoz y una grabadora, y el expresidente, que alguna vez se había dirigido a decenas de miles de personas, declamaba para una audiencia de uno, abordando, en sus típicos tonos eruditos, aspectos de política nacional o internacional. Pinedo ofreció a pequeñas estaciones locales de radio en las provincias peruanas esas grabaciones exclusivas, de forma gratuita, con la condición de que las emitieran sin editar. «¡Claro que se reían! ¿Alan García? ¡Lo pensaban muerto!», me dijo Pinedo. Pero, eventualmente, el proyecto comenzó a despegar y, en su pico, veintidós estaciones de radio estaban transmitiendo las grabaciones de Alan García.

Fue la prehistoria de una de las resurrecciones políticas más inesperadas de Latinoamérica. Para 1999, García, desde París, obtuvo el control del APRA, y comenzaron a aparecer grafitis alrededor de Lima anunciando su inminente retorno: «Alan vuelve» (Yo vi más de unos pocos de esos

anuncios transformados en una referencia a los millones que se creía que había robado: «*Alan devuelve*»).

En el año 2000, cuando el régimen de Fujimori se derrumbó en medio de su propio épico escándalo de corrupción, con políticos de todos los partidos grabados en videos aceptando sobornos, García —quien había estado en el exilio durante la mayor parte de los años del mandato de Fujimori— fue uno de los pocos que salieron indemnes. El año siguiente, sin pronunciarse sobre los méritos de ninguna de las investigaciones contra García, la Corte Suprema reconoció que estas habían prescrito. El escenario estaba listo para su regreso. Y aunque no logró recuperar la presidencia en 2001, llegó bastante más lejos de lo esperado, aupado en parte —destacan muchos críticos— por los nuevos votantes que eran demasiado jóvenes para recordar su primera presidencia. No había perdido nada de su carisma. «No escuches a Alan García», era el consejo que se oía a menudo en esos días, «te puede convencer».

En el año 2006, sí ganó. Pasó raspando a la segunda vuelta y prevaleció pintando exitosamente a su oponente, Ollanta Humala, como un títere del presidente de Venezuela, Hugo Chávez. En un país lleno de cicatrices por el terrorismo de izquierda, Chávez y su revolución socialista fueron el anatema de muchos. Para García, la narrativa de esa victoria fue una de transformación personal y política: de un joven presidente impetuoso que había fracasado terriblemente a un jefe de Estado disciplinado y maduro que había aprendido de sus errores; de un populista, un político de tendencia izquierdista que hablaba el lenguaje del antiimperialismo a un neoliberal de derecha que decía que los indígenas peruanos «no son ciudadanos de primera clase» y los regañaba por obstaculizar la vía del progreso económico. Arrastró a su partido hacia la derecha, preocupándose por cada marca ascendente en la tasa de inflación, sin importar cuán

insignificante fuese. «Estaba traumatado», me dijo Mercedes Aráoz, quien trabajó en el segundo gabinete de García. «No quería ser conocido como el presidente de la hiperinflación».

Los apristas y otros aliados a menudo dicen que la segunda presidencia de García fue un gran éxito, y algunos incluso la llaman la mejor presidencia en la historia peruana. Pinedo me recitó los logros de García: se firmaron trece tratados de libre comercio, incluidos pactos con Corea, Japón y China; un promedio de crecimiento anual de casi siete por ciento en el PIB; treinta hospitales construidos; millones de peruanos con acceso a agua potable por primera vez; y la tasa de pobreza reducida casi a la mitad. Pero gran parte de ese crecimiento del PIB —casi la mitad, según algunos cálculos— puede atribuirse al alza global de los precios de los metales, y aunque el APRA tenía más de un tercio de los escaños del Congreso, García no hizo reformas estructurales importantes. Algunos analistas argumentan que su predecesor, Alejandro Toledo —el primer presidente indígena de Perú— logró hacer más a pesar de tener un índice de aprobación alrededor del diez por ciento. Para sus críticos, García —siempre muy consciente de las fallas de su primer periodo— fue tímido cuando debería haber sido osado, se contentó simplemente con supervisar un periodo de relativa prosperidad y estabilidad fiscal.

Si bien los resultados económicos del segundo mandato de García fueron mejores que los del primero, sus administraciones tuvieron un rasgo en común: múltiples denuncias de corrupción bien documentadas y creíbles. Hay, para ser francos, demasiados escándalos para nombrarlos todos, pero del segundo mandato de García quizás el más dañino en términos políticos se conoció como *narcoindultos*, un esquema que involucraba la venta de indultos presidenciales. Una comisión de investigación formada por su sucesor, Ollanta Humala, encontró que García había conmutado o reducido

las sentencias de más de tres mil narcotraficantes condenados y había acortado un tercio de todas las sentencias de prisión en el país.

Según Sergio Tejada, un excongresista que dirigió la comisión, el escándalo reveló algo esencial sobre el carácter de García: una fijación con las expresiones de poder absoluto y, en particular, con el ejercicio de la misericordia. «Alan era su propia ley y él sentía que hablaba con Dios», me dijo Tejada. La influencia de García sobre el poder judicial fue inmensa, incluso después de dejar el cargo. Jueces cercanos al APRA complicaron los trámites, agregó Tejada. Las investigaciones se cerraron arbitrariamente, a veces incluso antes de que su comisión hubiera presentado su informe sobre el asunto. Un testigo potencial dio su testimonio en privado, y luego fue a la prensa, alegando que Tejada le había pagado para incriminar a García. Tejada fue llevado ante el Congreso para responder a estos cargos, mientras que el testigo huyó a Brasil y nunca más se supo de él. «Ha sido uno de los momentos en los que yo más me he dado cuenta de lo mafiosos que pueden ser», dijo Tejada de García y sus asociados. Al final, un aprista, que había encabezado el comité de indultos, fue condenado por el caso *narcoindultos*, pero se negó a decir si era parte de una conspiración más grande. Él todavía está en la cárcel. «Sí, era sorprendente» me dijo Tejada, casi desconcertado, cómo los seguidores de García «eran capaces de inmolarsse por él».

El mismo Tejada pagó un precio por su trabajo en la comisión. Sometido a una campaña de difamación y amenazas, fue acusado de ser terrorista y miembro de Sendero Luminoso, e incluso fue atacado por militantes apristas, pero no se arrepiente. «Nunca le tuve miedo», dijo, de García. «Toda la vida de Alan fue estar al borde de la ley y evadir la justicia. El día que él sintió que ya no la podía evadir más, se mató».

García aún estaba vivo cuando llegó al hospital y fue sometido a una cirugía de emergencia. En cuestión de minutos, las fotografías de su cuerpo en la mesa de operaciones se compartieron ampliamente en las redes sociales. Sin embargo, muchas personas parecían poco dispuestas o incapaces de creer lo que había sucedido. Un primo mío me envió una foto que andaba circulando de una mujer alta y corpulenta en el aeropuerto, con un vago parecido con García, suficiente para alimentar la macabra especulación de que su suicidio fue un engaño. Por supuesto que se había salido con la suya. ¿No lo había hecho siempre? Su familia y amigos se reunieron en el hospital, y cuando se confirmó oficialmente su muerte, justo después de las diez de la mañana, comenzó el debate sobre su significado.

Sin duda, el suicidio de García fue un golpe para el APRA, aunque sus aliados rápidamente lo clasificaron como el sacrificio digno de un hombre inocente que se negó a ser atormentado por sus perseguidores. Para los enemigos de García, que habían estado esperando ansiosamente su caída, simplemente había eludido la justicia una vez más. Rosa María Palacios, una exabogada y periodista política que había cubierto a García desde su regreso a Perú, en 2001 —y se vio obligada a salir del aire por sus reportajes— interpretó su suicidio como la decisión de un hombre culpable que se dio cuenta de que estaba arrinconado. «Sabía que se iba a la cárcel por un largo tiempo... No como un mártir aprista, sino como un vulgar ladrón», me dijo.

El caso al que se refería giraba en torno a Odebrecht, un gigante brasileño de la construcción cuyo nombre se ha convertido en la abreviatura de un escándalo regional de sobornos sin precedentes. Desde México hasta Colombia y Argentina, algunos de los actores más poderosos de la política latinoamericana han sido implicados y, con excepción de Brasil, donde se originó el escándalo, ningún país ha sido tan golpeado como Perú. Los

documentos presentados en 2016 como parte de un acuerdo de culpabilidad del Departamento de Justicia de Estados Unidos con Odebrecht, demostraron que la compañía había pagado setecientos ochenta y ocho millones de dólares en sobornos en toda América Latina, incluidos millones en Perú.

García no fue el único político peruano bajo sospecha: se emitió una orden de arresto internacional para el expresidente Alejandro Toledo, quien está acusado de exigir más de veinte millones de dólares en sobornos para la construcción de la Carretera Interoceánica, que conecta Perú con Brasil. Toledo está viviendo en California —fue arrestado por embriaguez en la vía pública en el condado de San Mateo, en marzo de 2019— y se ha negado a regresar a Lima para enfrentar cargos. Ollanta Humala, presidente de Perú de 2011 a 2016, y su esposa, Nadine Heredia, pasaron nueve meses en prisión preventiva. (La legislación de Perú sobre la detención preventiva, que fue escrita con las bandas de narcotraficantes y el crimen organizado en mente, permiten a un juez autorizar encarcelamientos de hasta tres años si se considera que hay riesgo de fuga de un sospechoso o que puede interferir en una investigación). Pedro Pablo Kuczynski ocupó menos de veinte meses el puesto de presidente antes de ser obligado a renunciar en 2018; la mañana en que murió García, los fiscales estaban discutiendo ante un juez que Kuczynski, ahora con más de ochenta años, también debería ser puesto en detención preventiva. (Al final, fue puesto bajo arresto domiciliario). En octubre de 2019, un juez ordenó la detención preventiva por treinta y seis meses de Keiko Fujimori, la hija de Alberto Fujimori y excongresista, quien es también una candidata perenne a la presidencia. (Todos los acusados han negado cualquier delito). Y, además de Toledo, otros ocho políticos implicados en el escándalo están escondidos o han huido del país.



Cuando le señalé a Palacios que una posible respuesta a todo este trastorno era sentir orgullo, después de todo, ¿no estaba en curso una lucha histórica contra la corrupción? ¿No estaban los fiscales ejerciendo presión contra todo el espectro político?, ella negó con la cabeza. «Toda la gente que viene de afuera nos dice eso», me dijo. «Pero acá lo que hay es un gran sentimiento de vergüenza. ¿Cómo es posible que votemos por esta gente que nos roba?».

A pesar de que había estado bajo un intenso escrutinio, García murió antes de que se presentaran cargos formales contra él. En el involuntariamente poético lenguaje del sistema legal peruano, después de su muerte, todas las investigaciones pendientes se «extinguieron». El actual presidente, Martín Vizcarra, ofreció un funeral de Estado, pero la familia de García lo rechazó. En cambio, el cuerpo de García fue llevado a la Casa del Pueblo, donde una gran multitud de simpatizantes, militantes y dolientes coreó «Vizcarra, asesino», acusándolo de haber orquestado la crisis legal que había condenado a García. Otros culparon a los fiscales a cargo de las investigaciones, o a Gustavo Gorriti, el director de IDL-Reporteros, un equipo de periodismo de investigación que ha pasado años cubriendo a Odebrecht y que ha publicado una historia tras otra sobre la presunta participación de García. Los *hashtags* como #GorritiCapoDeLaMafia aparecieron en todas las redes sociales.

Si existían dudas sobre la intención política incluida en el dramático acto final de García, la carta que dejó para sus hijos las disipó. El viernes 19 de abril, ante miles de dolientes, Luciana, su hija de treinta y tres años, leyó las palabras de su padre en voz alta. «He visto a otros desfilan esposados, guardando su miserable existencia. Pero Alan García no tiene por qué sufrir esas injusticias y circos», leyó, con voz temblorosa. «Por eso, les dejo a mis hijos la dignidad de mis decisiones. A mis compañeros, una señal de

orgullo. Y mi cadáver como una muestra de mi desprecio hacia mis adversarios». El mismo día, Federico Danton, de catorce años e hijo menor de García, se sumó oficialmente al APRA y firmó el papeleo sobre el ataúd de su padre. «No hay que darle el gusto a nadie, a ningún enemigo que esté en las redes o que esté en las calles», dijo el día anterior. «Hay que hacer que este partido vuelva al gobierno, de cualquier manera».

La tensión y el drama del momento parecieron haber tomado por sorpresa a muchos de los oponentes de García. Humala, quien está esperando el resultado de una investigación sobre sus vínculos con Odebrecht, trató de visitar la Casa del Pueblo para presentar sus respetos, solo para ser rechazado por Federico Danton, quien se negó a dejarlo entrar. Muchos de los más conocidos críticos de García permanecieron en silencio durante el fin de semana de Pascua, o intentaron, como Vizcarra, encontrar un equilibrio difícil entre expresar sus condolencias y defender la legitimidad de una investigación a la que muchos partidarios apristas culparon por la muerte de su héroe. En una entrevista el domingo de Pascua, Vizcarra le pidió al poder judicial que reconsiderara el uso de la detención preventiva. «Se está aplicando una medida excepcional casi en la totalidad de los casos», dijo a un entrevistador, pidiendo más «equilibrio».

La justificación de la orden de detención de García fue que se aproximaba el testimonio de Jorge Barata, el ejecutivo de Odebrecht en Perú, quien durante años había vivido y trabajado con la elite peruana, sobornándola cuando era necesario. Estaba programado que Barata pasara varios días en una Procuraduría de Curitiba, Brasil, a partir del martes 23 de abril. Él y García habían sido amigos, y los medios de comunicación brasileños informaron que Barata estaba perturbado por el suicidio. ¿Cómo eso podría afectar su testimonio? Nadie lo sabía realmente.

El domingo antes de la muerte de García, Gorriti y su colega Romina Mella publicaron un artículo que detallaba cómo Luis Nava, secretario presidencial durante el segundo mandato de García, había recibido más de un millón de dólares de Odebrecht a través de una cuenta en Andorra. La revelación planteó varias preguntas nuevas e incómodas. Por ejemplo, por qué, exactamente, el secretario presidencial, que no tenía poder para dar luz verde a ningún proyecto de infraestructura, recibiría dinero de una empresa constructora. Los fiscales habían congelado las cuentas de Nava, y su hijo, que también estaba implicado, había huido a Miami. (Desde entonces, su hijo ha regresado a Perú y está colaborando con la investigación). Los fiscales del equipo que investigaba los tratos de Odebrecht en Perú habían viajado a Brasil y estaban seguros de presionar a Barata para revelar a quién estaba destinado el dinero en el extranjero.

Gorriti no hizo ninguna declaración pública sobre la muerte de García hasta el martes siguiente, cuando publicó un editorial en el sitio web de IDL-R, defendiendo los informes de su personal y denunciando los llamados a la violencia contra periodistas cada vez más estridentes que venían de algunos simpatizantes del APRA. Se anunció en las redes sociales un mitin frente a las oficinas de IDL-R, para «protestar en contra de los que dirigieron las acusaciones y persecución».

El antiguo casco colonial de Lima alberga el Palacio Presidencial, la Plaza de Armas, el Palacio de Justicia y el Congreso, todos edificios majestuosos con historia e influencia, pero estos son solo los símbolos del poder, no el poder en sí mismo. Las personas que hacen que estos lugares funcionen viven en otros lugares, concentrados cuidadosamente en unos pocos distritos costeros, relativamente tranquilos en esta ciudad peligrosa y extensa de casi diez millones. El rencor y la polarización de la política en el Perú pueden parecer, desde esta perspectiva, insulares, pequeños, una pelea

de barrio, sin importar cuáles sean los impactos reales. La oficina de IDL-R, en el distrito de San Isidro, está a poca distancia a pie de las casas de antiguos y actuales ministros, jueces, miembros del Congreso, políticos y muchos periodistas, y a escasas cuadras de la clínica donde el expresidente Kuczynski pasó sus primeros días de arresto domiciliario mientras recibía tratamiento por una afección cardíaca.

Llegué a las oficinas de IDL-R unas horas antes de la protesta programada, para encontrar a unos quince policías con equipos antidisturbios que al parecer protegían la casa de al lado. Hacía calor, explicó uno de los oficiales, y no había sombra frente a las oficinas de IDL-R. Ninguno de los periodistas adentro parecía especialmente preocupado. Antes habían sido objeto de protestas, y Gorriti ha pasado cosas peores: amenazas de muerte, un secuestro, el exilio. En una carrera larga y notable, ha escrito el libro sobre Sendero Luminoso, denunciado a traficantes de drogas y el lavado de dinero en Panamá, y mucho más.

En su oficina, con el aire acondicionado a toda máquina, Gorriti esperó los informes de Mella sobre el testimonio de Barata en Brasil. A los setenta y uno, Gorriti tiene el aspecto de un aventurero canoso, aún muy en forma, con cabello y barba blanquecinos. Seis veces campeón de judo de Perú, es conocido por un cierto estilo de reportaje pugilístico. Cuando le pregunté por las amenazas, me dijo que su táctica siempre había sido ir directamente hacia ellas. Muchos periodistas de todo el mundo estaban en peligro, dijo, operando «con valentía inmensa, pero pasiva. Me enferma pensar que enfrentan sus últimos momentos indefensos». En IDL-R, todos los periodistas toman cursos de defensa personal como parte de su entrenamiento.

Gorriti había escuchado la noticia del suicidio de García poco después de las siete de la mañana del miércoles. Su primera reacción fue de sorpresa

ante el camino que eligió García. Si la situación de este hubiera sido un juego de ajedrez, dijo Gorriti, todavía habría estado a tres o cuatro movimientos del jaque mate. La detención ordenada por el juez era solo preliminar, y podría haber sido tan breve como diez días, ¿y luego? Incluso si la investigación hubiera progresado, García podría haberse defendido. Gorriti también admitió sentir algo parecido a la tristeza. «Si hubiéramos tenido la conversación que a veces tienen enemigos después de la batalla, yo le hubiera dicho: escribe», dijo. «Pero escribe con sinceridad de alma y vas a ver que te va a salir una gran obra». Hizo una pausa. «Digamos que no era una persona que yo hubiera tenido como amigo».

El segundo pensamiento de Gorriti fue sobre lo que la muerte de García y la forma de esa muerte podrían hacer a la investigación. Estaba seguro de que se usarían para desacreditar lo que veía como una lucha épica contra la corrupción. La retórica en contra de la prensa y la ira dirigida a los fiscales y a otros críticos de García señalaban los peligros por delante. Incluso entre los que apoyaron la investigación, había una sensación de que el suicidio de García hizo difícil, o inapropiado, discutir sus méritos.

A medida que se acercaba la hora de la protesta, Gorriti y algunos miembros del personal de IDL-R se dirigieron a la puerta, para colocarse detrás de las cancelas de hierro y mirar a la calle. La policía permanecía tranquila en la sombra de al lado, esperando. Al final, los manifestantes no llegaron.

En 2016, García se postuló para la presidencia por última vez, con la esperanza de cumplir un tercer mandato sin precedentes y presidir las celebraciones del bicentenario del país, en 2021. Esta vez, sin embargo, sus instintos políticos le fallaron. Su punto más bajo llegó durante un debate, cuando otro candidato, un antiguo antagonista llamado Fernando Olivera, revisó una lista de los presuntos delitos de García. «Usted encarna la

impunidad», dijo Olivera, con voz enfurecida. «Usted ha pervertido los valores del Perú». García, en respuesta, ensayó solo una sonrisa incómoda. Recibió menos del seis por ciento de los votos, y el APRA obtuvo solo cinco escaños en el Congreso. Después, García anunció su retiro de la política y se mudó a Madrid con Roxanne Cheesman y su hijo.

En su ausencia, las investigaciones sobre Odebrecht en Perú se aceleraron, y una reorganización en el poder judicial colocó a cargo a dos nuevos fiscales, ambos en sus cuarentas: Rafael Vela, quien fue nombrado coordinador de la investigación, y José Domingo Pérez, quien se convirtió tal vez en su cara más visible. En poco tiempo, el expresidente Toledo fue acusado y el expresidente Humala fue encarcelado, pero fue la detención de Keiko Fujimori, en octubre de 2018, lo que realmente impactó a la clase política. Que alguien tan poderoso pudiera ser arrestado demostró cuán dramáticamente había cambiado el panorama legal.

En noviembre de ese año, García regresó a Lima para asistir a una declaración programada por los fiscales para abordar nuevas revelaciones que lo vinculaban con el dinero de Odebrecht, que él negó rotundamente. Cuando la declaración en la Fiscalía fue cancelada abruptamente, García comenzó a sospechar que había sido una artimaña para que regresara al país. Pinedo me dijo que fuentes dentro del poder judicial le habían advertido que se estaba preparando una orden para prohibir que García saliera de Perú. Esa tarde, García dio una entrevista a reporteros en la puerta de su casa y, después de responder varias preguntas, pareció perder la paciencia. «Demuéstrenlo, pues, imbéciles. ¡Demuéstrenlo! ¡Encuentren algo!», espetó.

Dos días después, cuando un juez aprobó la orden, García declaró: «No es ningún castigo o deshonor estar dieciocho meses en el Perú». Sin embargo, en pocas horas había buscado asilo en la embajada de Uruguay en

Lima, afirmando que las investigaciones sobre sus tratos con Odebrecht equivalían a una persecución política. Uruguay, finalmente, rechazó su solicitud y García entregó su pasaporte a los investigadores.

El principal antagonista de García —los apristas podrían decir «tormento»— a lo largo de este proceso legal fue Pérez, el joven fiscal que se ha convertido en un héroe popular para muchos peruanos. Con pelo negro corto, cara cuadrada y gafas de montura negra, Pérez es quizás el símbolo sexual más improbable de América Latina, una especie de estrella de rock *nerd* para una generación de jóvenes peruanos. Se han escrito canciones de amor sobre él; los memes lo representan como un superhéroe. Cuando habla en universidades locales, los estudiantes corean su nombre, como lo harían con una estrella de fútbol.

En vísperas de Año Nuevo, el fiscal general, Pedro Chávarry, viejo aliado de Keiko Fujimori y su partido, destituyó abruptamente a Pérez y Vela de sus cargos en las investigaciones de Odebrecht. Vela y Pérez se negaron a aceptar su despido, y Pérez corrió al centro de la ciudad para sellar sus oficinas, a fin de proteger la integridad de la investigación. A medida que se difundió la noticia del despido de los fiscales, cientos de manifestantes se reunieron en la calle estrecha frente a la oficina del fiscal general llevando una bandera peruana y letreros hechos a mano. «Obviamente nos hemos jugado la carrera», me dijo Pérez. «Si es que finalmente no había ese respaldo popular, probablemente estuviéramos en este momento fuera de la institución, procesados por desobediencia». Los manifestantes inauguraron el año nuevo dándole una serenata a Pérez con el himno nacional peruano. El presidente Vizcarra los apoyó y, en pocos días, Vela y Pérez regresaron a sus puestos, y Chávarry renunció a su cargo. «Me parece que no se dio cuenta de que el Perú ha cambiado. Que el Perú

rechaza la corrupción», me dijo enfáticamente Pérez. «El Perú ya no la tolera».

Una semana después de la muerte de García, el foco de la política peruana se dirigió a miles de kilómetros de distancia, a Curitiba, en Brasil, donde Barata estaba testificando en cooperación con un acuerdo más amplio, que incluía que Odebrecht pagase casi doscientos millones de dólares al gobierno peruano.

El primer día de testimonio se evitó el tema de García, quien, por supuesto, ya no podía ser juzgado por nada, aunque Barata confirmó haber pagado doscientos mil dólares para apoyar su campaña presidencial de 2006. Esa suma era parte de una larga tradición de comprar favores con los políticos; en el transcurso de una década, Odebrecht había canalizado millones de dólares a las principales campañas políticas de Perú. Barata también reconoció haber realizado un pago de catorce millones de dólares a figuras de alto rango en la segunda administración de García, que tenía la intención de conseguirle a Odebrecht el contrato para construir dos líneas del servicio de tren eléctrico de Lima. Quizás el momento más inesperado del proceso se produjo durante una breve pausa, cuando Erasmo Reyna, el abogado personal de García, se acercó a Barata. Hablaron por un momento y, al día siguiente, se filtró una grabación de la conversación a un canal de noticias peruano:

*Reyna:* El doctor García le tenía mucho respeto.

*Barata:* Y yo a él, respeto y admiración.

*Reyna:* Es una pena lo que ha pasado con él. Usted sabe que él nunca le pidió algún favor.

*Barata:* Yo sé.

*Reyna:* Nunca le pidió algún favor, él es una víctima de todo esto.

*Barata:* Yo sé.



*Reyna:* Soy amigo de él, soy su hermano, soy su abogado. Una pena, señor. Espero que hable usted con la verdad.

*Barata:* Ese es mi compromiso. Mi compromiso es con la verdad. Y él sabe de eso. Él nunca me pidió nada. Y eso es lo que voy a decir.

*Reyna:* Listo, señor, le agradezco. Estoy aguantando mi dolor en el proceso. Se mató. Llegando a su casa, me he encontrado con un charco de sangre. Lo he visto en los últimos minutos de su vida. Era como un hermano mayor para mí.

*Barata:* Yo no entiendo por qué, sabiendo lo que hizo, llegó a este punto.

*Reyna:* No quería que lo vieran como querían verlo, esposado.

*Barata:* Él más que nadie sabía de eso.

*Reyna:* Él nunca le pidió un favor.

*Barata:* Nunca me pidió, nunca me pidió.

Reyna negó haber hecho la grabación, pero, para los defensores de García, este incómodo intercambio fue el testimonio más verdadero de Barata, una prueba de la inocencia del expresidente.

Al día siguiente, en respuesta a las preguntas de los fiscales peruanos, Barata abordó directamente las acusaciones relacionadas con el secretario presidencial de García, Luis Nava, quien, según se dijo, había actuado como testaferro, recibiendo millones en pagos en nombre de García. Barata declaró que los pagos estaban destinados a comprar el silencio de García sobre el tema de sobornos anteriores relacionados con el proyecto de construcción de la Carretera Interoceánica, que aún no se había terminado. IDL-R había informado que el nombre en clave de Nava era Chalán. Barata aclaró esto: uno de los apodos de García era «Caballo Loco»; un *chalán* es alguien que cuida a los caballos. Barata confirmó que había pagado a Nava, primero en efectivo, y, más tarde, cuando Nava se quejó de que el efectivo era demasiado lento, con transferencias. Hablar con Nava era como hablar

con García, le dijo Barata a Pérez. (Nava niega haber cometido algún delito). Además de su testimonio, Barata entregó aproximadamente cuatro mil páginas de documentos, que dijo que respaldarían sus declaraciones.

Para los críticos de García y los periodistas que lo habían estado investigando, esto era más que suficiente. Fue una reivindicación. El viernes, un periódico local publicó una caricatura de Barata como un pájaro cantor, defecando en las cabezas de los políticos peruanos. Por supuesto, García, cuyas investigaciones se habían extinguido, no estaba entre ellos.

En la sala central de la Casa del Pueblo, las letras rojas deletrean un eslogan: «Cuando un aprista muere, nunca muere». Una gran estrella, delineada en rojo, símbolo del Partido, lleva los nombres de los mártires del APRA. Algunos de ellos, debería decir; la estrella tendría que ser mucho más grande para que entrasen todos.

Estuve allí el domingo de Pascua, y el salón estaba casi vacío, a excepción de una veintena de estudiantes en una clase para hablar en público, repartidos en unos pocos bancos de madera. Atrás quedaron los dolientes, las cámaras, las luces y las fuertes oleadas de emociones que habían llenado el espacio tras la muerte de García. Lo que quedaba era utilitario: un podio, un par de altavoces, un piso de concreto agrietado y polvoriento.

Pero ese eslogan —«Cuando un aprista muere, nunca muere»— se quedó conmigo. Se escuchó una y otra vez en el largo y emocionalmente agotador funeral de tres días de García: un canto, una llamada y una respuesta, en que la primera mitad de la oración es ofrecida por una sola voz, mientras que la segunda mitad —la negación de la misma muerte— está destinada a ser gritada por una multitud.

Sin embargo, más allá de la sede de APRA, el eslogan se transformó en algo completamente distinto. Una noche me encontré discutiendo con mi

tía, mi tío y mis primos sobre si García estaba realmente muerto. No había misticismo en su argumento, nada espiritual; de hecho, fue todo lo contrario, el profundo cinismo que los peruanos llevamos con nosotros a todos lados, una presencia tan constante que apenas nos damos cuenta de cómo colorea nuestra realidad. El hombre que había escapado tan a menudo seguramente se había salido con la suya, dijeron mis parientes. Las elites políticas nunca condenarían realmente a uno propio. *Nunca muere*. Un autodenominado «profeta» local había publicado un video donde decía que García estaba vivo, y varias personas me lo enviaron, como si fuera prueba de una conspiración. *Nunca muere*.

El APRA, repentinamente sin líderes y más débil de lo que había sido en décadas, había entrado en un período de transición como ningún otro en su historia; nadie sabía muy bien qué pasaría después. Mientras tanto, la leyenda del propio García comenzaba a desvanecerse: en una encuesta publicada a mediados de mayo, casi un mes después de su suicidio, más de la mitad de los encuestados creía que todo era un engaño. En la misma encuesta, más de tres cuartos de los peruanos calificaron a García de «corrupto» o «muy corrupto», y más del noventa por ciento pensaba que era culpable en el caso Odebrecht. Para cualquier político, particularmente uno que tenía tan grandes ambiciones sobre su lugar en la historia, ese nivel de desconfianza también es una especie de muerte.

1 Este artículo fue publicado en inglés, en la edición impresa de *The New Yorker*, del 8 y 15 de julio de 2019, con el título «Executive Decision», y traducido por Sabrina Duque.

## Primera muerte de García

Rafaella León

«A la hora en que te jodes, te jodes solo». Alan García  
*La revolución imposible*. Guillermo Thorndike

Cuatro días antes de matarse, Alan García llamó por teléfono a Ricardo Pinedo, su leal secretario personal.

—¿Dónde está usted?

—Acá en la oficina —respondió Pinedo.

—¿Y qué va a hacer?

—Me voy a quedar, hay un sillón para dormir...

—Véngase acá, quiero hablar con usted.

García siempre fue un hombre solitario, pero en los últimos años había que arrastrarlo para asistir a reuniones sociales y le costaba atravesar la puerta de su casa si no era absolutamente necesario. Con frecuencia se hacía negar por el teléfono —sin cuidarse de bajar la voz— y había construido su mundo alrededor de un buen televisor y de su cama: allí vivía, leía, comía. Pero luego de la orden de impedimento de salida del país —en noviembre de 2018—, pasaba muchas horas al día mirando por la ventana del segundo piso de su casa, en Miraflores. El mal humor se le instaló entre las cejas y cualquier cosa —un poco de azúcar regada en la mesa, un periodista fisgón en la puerta— era una ofensa terrible. No quería ver a nadie y hablaba muy poco con los compañeros. Tenía la impresión de que lo evitaban, quizá

hartos o desconcertados por las declaraciones que sobre él iban llegando desde Brasil. «No me hacen caso, el partido ya no quiere saber nada», comentó por aquellos días. La detención de Pedro Pablo Kuczynski, en medio de las investigaciones del caso Lava Jato, empeoró las cosas. Estaba convencido de que el siguiente sería él. No solo porque los fiscales encargados del caso empezaron a centrar sus pesquisas en los últimos cuatro gobiernos, sino porque era muy supersticioso. Había personas que no recibía o mantenía lejos porque decía que le traían mala suerte; más de una vez mandó retirar cuadros de Palacio por la misma razón. Aquel arresto era una mala señal.

Algo más lo tenía perturbado: un informe periodístico acababa de revelar que Luis Nava, secretario general de la Presidencia durante su segundo mandato —Lucho, hombre servil y eficiente—, había recibido cuatro millones de dólares de la Caja 2 de Odebrecht en colusión con el exvicepresidente de Petroperú, Miguel Atala («veía a Atala todos los días en la oficina de Nava. Faltaba que durma ahí», me comentó un empleado de Palacio). Parado al borde de las ventanas, observando al habitual contingente de seguridad apostado en la vereda, García sentía que le habían visto por completo la cara de idiota y se preguntaba si acaso por eso, solo por eso, no merecía morir.

Frente a dos tazas de café aquella noche, el secretario Pinedo observó que el expresidente hacía esfuerzos por sonreír. Era evidente que quería conversar de cualquier cosa menos de abogados, investigaciones, fiscalías. Pinedo aprendió desde el comienzo que había preguntas que no podía hacer. «Nunca me haga preguntas bobas». Tenía que pensar rápido, entender los mensajes, pescarle las bromas. «No entiende, ¿no? No la capta, ¿no?». Aquello podía significar que no le hablara tres días. Se dio cuenta, además, de que una sugerencia casi siempre era una orden y que si le decía algo de

frente era mejor pluralizar. «Presidente, creo que estamos cometiendo un error». Acató también las dos únicas reglas que instaló el exmandatario cuando lo convirtió en su asistente. «Uno: no hablamos de temas personales. El partido no es para hablar de la tía, la abuela. Dos: todas las personas que están a mi alrededor terminan mal. Lo que no pueden hacerme a mí se lo hacen a mi gente. Si quiere trabajar conmigo, tenga en cuenta eso».

Se conocieron por casualidad en 1995, cuando buscaba por internet el correo electrónico del despacho del congresista Agustín Mantilla. «Agustín, soy Alan». Pinedo, entonces secretario del ex hombre fuerte del primer gobierno aprista, no estaba para bromas y largó al remitente. «Por favor, este es un correo institucional, déjese de estar fastidiando». García insistió, le pidió su número de teléfono y marcó desde París.

Aún era pronto para iniciar su plan de regreso al Perú y Pinedo no imaginaba que iba a ser él quien le ayudase a volver, terminada la década fujimorista. Alan García había guardado silencio tras el autogolpe de 1992. No daba declaraciones políticas, no escribía artículos, nadie sabía dónde ubicarlo. Cuando Pinedo le comunicó a Mantilla que su exjefe quería retomar el contacto, el exministro del Interior en la segunda mitad de los convulsos años ochenta respondió con un agónico «ya me jodí». Le mandó decir que esperara, que no lo iban a dejar volver y que ya no quería trabajar para él. Alan insistía para verlo; incluso lo citó en Colombia, punto medio seguro en sus años de procesado por enriquecimiento ilícito, pero Agustín se bajó del avión y dio media vuelta. Con un pasado de señalamientos por la matanza de los penales en 1986 y la existencia de un grupo paramilitar a su cargo, sumado a una diabetes rampante, ya no estaba para ser soldado de nadie. El año 2001, instalado en el Perú como candidato presidencial, García intentó borrar de su pasado la imagen de su antiguo colaborador,

hundido tras aparecer en un vladivideo recibiendo treinta mil dólares. «Pedirle dinero a cualquiera, menos a Montesinos», me dijo en una entrevista para el diario *Liberación*. «Comenzó a adquirir el síndrome de Estocolmo (...), lo que me hace pensar en términos hormonales».

Pinedo ocupó el lugar de Mantilla y se ganó la confianza de García publicándole en tiempo récord varios libros en el Perú y manteniéndolo al tanto de las noticias nacionales con reportes cada dos días. Había una prueba de fuego: conocer y llevar encargos a Nytha Pérez de García. «La compañera es cosa seria», le advirtió Mantilla. «Es él, pero en mujer». Pinedo le cayó en gracia rápidamente. «Oiga, mi mamá lo va a adoptar a usted, le hace caso en todo», le decía Alan. En 1998, Nytha declaró a *Caretas* que sería «muy tonto e infantil» que su hijo volviese al Perú. «Él tiene un juicio muy lógico, totalmente diferente al mío. Como buena arequipeña, yo sigo siendo combativa». Hoy, de noventa y tres años y sin poder ver, siente que todos a su alrededor son Alan y a todos pregunta: «¿Por qué me has abandonado?».

Alan García decidió volver apenas se ordenó la prescripción de los delitos por los que tenía orden de captura internacional. Hasta antes de eso, era común oírlo decir que jamás se dejaría arrestar. «Yo me meto un balazo, a mí nadie me tiene con marrocas». Ocho años, siete meses y veintitrés días después de haber dejado el Perú, declamó ante una abarrotada plaza San Martín el colofón de aquel periplo: «No sé si me lleve la muerte, pero aquí estoy otra vez». Para aquella noche de bienvenida, García había encargado a Pinedo no poca cosa. El expresidente no solo quería recuperar su vieja camioneta Wagoneer blindada, sino que también ordenó que le buscasen el mismo reloj, la misma casaca y los mismos zapatos —que nunca botó y siempre lustraba— que usó la noche en que huyó de las balas militares por los techos y cayó al patio de su vecino, Juan Carlos Hurtado Miller, el 5 de

abril de 1992. No quería usar otra cosa. No quería otra escolta; reclamaba a sus antiguos hombres de resguardo. Le entregó a Pinedo también una relación de diez nombres. «A estos no los quiero ver». Rómulo León era uno de ellos.

Los recuerdos se agolpan en la mesa donde ahora hay dos Coronas.

—Oiga, una pregunta. ¿Usted se puede quedar?

—¿Quedar? —quiso entender bien Pinedo.

—Sí, a dormir.

Era la primera vez que García le pedía algo así en más de veinte años de trabajar para él. Se preguntaba en qué momento quedó atrás el hombre que regresó del exilio para comerse el mundo, decidido a borrar de la memoria colectiva los errores de su primer mandato. «Como en el matrimonio, la gente solo se acuerda de la última parte (...), del último año y medio con una inflación así...», dijo a *Liberación*. Aquellos primeros meses de 2001, su campaña consistió en querer «pasar el examen de la historia» —en una entrevista con Jaime Bayly se «jaló» con 08 y no descartó la pena de muerte para los corruptos— y en echar pestes a la teoría «fanática» del neoliberalismo. «Con el “cuco” del desastre aprista hay quienes quieren persistir en el modelo del absoluto libre mercado, y eso es a lo que yo me opongo». Dos huevos ilustraban los folletos de campaña: «Lo que el Perú necesita», se leía en ellos. Hugo Otero, comunicador y cerebro de la estrategia de imagen del candidato carismático y moderno de 1985 (lo acompañó también en las sucesivas campañas presidenciales), estaba convencido de que había que dirigir un mensaje a la juventud, que no lo conocía. Mejor si se hacía con un poco de sentido del humor. «No te metas con mis testículos», se negó García, aceptando más bien el grito de «Alan vuelve», con letras de grafiti sobre un fondo de ladrillos en los afiches definitivos.



Su amigo y excanciller José Antonio García Belaúnde le comentó que no parecía estar esforzándose lo suficiente para ganar. Alan le acercó papel y lápiz: «Anótame quiénes serían mis ministros». No tenía equipo para ser presidente, nadie le iba a aceptar ningún puesto, los economistas advertían sobre una posible fuga de capitales y lo último que quería Alan era que un nuevo gobierno suyo acabase siendo como el primero. Alejandro Toledo lo venció en segunda vuelta, pero en algún momento García pensó que quizá era mejor haber perdido. Aquel 47 % frente al 52 % de votos de Toledo lo tomó más bien como una dulce derrota. Entendió que debía reconstruir su imagen, empezando por hacer que su fotografía enmarcada —que durante sus años de ausencia había sido retirada de la sala de presidentes del APRA, en la Casa del Pueblo— fuese colocada de nuevo en su sitio. Al lado de Haya de la Torre.

«Sabía que, para mí, la verdadera segunda vuelta sería en 2006», confirmó años después en unas memorias que fue registrando en su grabadora desde 2017, y que una secretaria transcribía. En esos primeros años de cambio de milenio empezó a instalarse en su lenguaje el concepto de «anclaje ideológico» como un defecto que impedía a su partido mirar las tendencias del mundo. Él en París y desde Lima los compañeros, observaron que la social democracia europea emprendía un giro importante. Había que apostar por una doctrina económica más pragmática, proceso al que empezaron a llamar el «aggiornamento». Algunos amigos de García se preguntan aun hoy si él era consciente de que llegó tarde a las dos citas de la vida. Primero con un proyecto estatista de izquierda, frente a un muro de Berlín cayendo muy poco después de su primer gobierno. Y luego con un vuelco de 180 grados a la derecha cuando el neoliberalismo comenzaba a hacer agua en el mundo.

En la vieja casona de Alfonso Ugarte, aquel nuevo discurso se recibió con

recelo. «¡Esto no es el APRA!», se opusieron los defensores del antiimperialismo hayista. «¡Viven en el siglo XVIII!», recibían por respuesta. Se encomendó a Jorge del Castillo el plan de gobierno desde el año 2004, y este convocó a Luis Carranza y Mercedes Aráoz, entre otros técnicos que no dejaban dudas sobre la orientación económica que se buscaba. Lo demás quedó a cuenta del ingenio de García, quien alguna vez dijo que su profesión frustrada era la de «titulero» de diario: acuñó para siempre el mote de «candidata de los ricos» a Lourdes Flores Nano y de «títere de Hugo Chávez» a Ollanta Humala. También solía aclarar que no todo lo que se dice en los discursos de campaña es aplicable. Solo unos días después de ganada la elección de 2006 dejó de lado su propuesta de «restituir» y actualizar la Constitución firmada por Haya de la Torre en 1979 y de someter a revisión las condiciones de la firma de tratados de libre comercio, así como los contratos suscritos con las grandes empresas, e hizo exactamente lo contrario.

Un amigo del expresidente describe en pocas palabras lo que vino después. «El 28 de julio de 2006, levantó el mentón y no lo volvió a bajar». Adquirió un estilo muy distante y el lenguaje corporal de la arrogancia. Algo quizá heredado de su abuela materna, Celia, pequeña de estatura. El mentón siempre arriba lo hacía ver desafiante, recordaba García. Ya no era el joven monarca de los inicios de su primer gobierno, el «Kennedy» de América Latina, como lo calificó *Newsweek*. Alguna vez comentó que podía estar en algún pueblo de los Andes, decir «qué pena que no hay un piano de cola» y comprobar que a los cinco minutos aparecía alguien trayéndole uno. Ahora era un hombre de cincuenta y siete años obsesionado con evitar a toda costa el fantasma de sus pesadillas: la inflación y el descalabro fiscal. Hacia 2008 debía buscar un reemplazo para su ministro de Economía, Luis Carranza. El premier Del Castillo le llevó dos nombres: Jaime Saavedra y Luis

Valdivieso. Había que correr la ola de la expansión económica de esos años, así que García optó por el segundo, de la escuela del FMI. «En economía más funciona la confianza que los números», pensaba.

El rumbo conservador se acentuó con un artículo que tituló «El síndrome del perro del hortelano» (octubre de 2007), en el que reprendía a quienes dejaban sin uso recursos y tierras comunales «por el tabú de ideologías superadas, por ociosidad, por indolencia». Reafirmó su teoría el año 2011 cuando en un programa de televisión el presidente volvió a hablar de «fórmulas primitivas: no toque ese cerro porque es un apu (...). Oiga, si llegamos a eso, no hagamos nada, ni minería...». Parecía lejano el tiempo en que aseguraba que los comuneros eran «los verdaderos dueños del Perú milenario», en el Rimanakuy de 1986, en Puno.

Si alguna vez se le oyó decir que no lo iban a tener encerrado en Palacio —«yo quiero hablar con la gente»—, durante su segundo mandato eligió su escritorio. «Desde acá se gobierna», le decía a Del Castillo. «Tienes que salir; abrir el caño, prender la luz, inaugurar algo», le insistía el premier. Es pérdida de tiempo, respondía el presidente. A su canciller Joselo García Belaúnde también le costaba llevarlo a compromisos del sector. «Se desconectó», recuerda. Despertaba y se acostaba con el discurso de las obras —incluso adoptó la popular frase de Odría: «hechos y no palabras»— y decía que en los últimos treinta días de su gobierno inauguraría cuarenta más. Al dejar Palacio en 2011 mandó a empastar cinco tomos con las 152 000 obras de su gestión y los exhibió durante los siguientes años en conferencias de prensa y entrevistas.

Con frecuencia pensaba en el poder, quizá como una forma de trascendencia. alguna vez le comentó al psicoanalista Max Hernández que había quienes creían que no hablaba de otra cosa. «No es cierto, porque cuando no lo tengo, lo busco; cuando lo tengo quiero conservarlo; y cuando

lo pierdo quiero recuperarlo. ¿Dónde está el monotema?». Irónico e intrigado, sentía que no todo el mundo podía comprenderlo.

Los expertos en la psiquis podrían concluir que ese poder era el camino para lograr su objetivo mayor: asegurarse un lugar en la historia. Desde que leyó las *Memorias de Adriano* por primera vez —«yo traje ese libro al país»— enfrentaba el tema como el personaje de Marguerite Yourcenar, pero no en Roma sino en el Perú. Cómo le gustaría ser recordado después de muerto fue muchas veces el tema de conversación con sus más cercanos amigos. «Como el que trabajó por la grandeza del Perú», repetía siempre. «Ese es un sueño de emperador, no jodas», le bromeaban. No era extraño entonces que sin haber culminado su segundo mandato ya pensara en un tercero. «Personificar a la nación es el mayor honor al que he podido aspirar y mi vida no tiene otro sentido», dijo en 2010.

Parecía seguro de que su legado de obras serviría para mantenerse vigente. Pero la escasa votación en las elecciones parlamentarias de 2011 —la bancada se redujo de 36 a 4 integrantes— golpeó la imagen del partido. Ese año el APRA llegó sin candidato presidencial a la contienda, resultado del pleito entre Jorge del Castillo y la exministra de Economía y frustrada aspirante al cargo, Mercedes Aráoz. El desenlace abonó en favor de quienes pensaban al interior del partido que era mejor saltarse un periodo en silencio y apostarles todo a las presidenciales de 2016. García no se jugó por nadie y nunca formó a nadie. Aun sin tener el control absoluto del APRA, siempre fue un sauce y nada creció bajo su sombra.

En mayo de 2014 tenía el cálculo de los días que llevaba fuera de Palacio de gobierno: 1021. Una resta imaginaria le daba la cantidad de días en los que él esperaba volver. «Solo quería respeto a mis obras», decía a *El Comercio*, y «no habiéndolo obtenido (...) voy a seguir en la escena pública». Las encuestas ese año lo colocaban con 10 % de simpatías, después de Keiko

Fujimori y Pedro Pablo Kuczynski. Una Megacomisión investigaba los escándalos de corrupción de su segundo gobierno (entre ellos, los 5500 indultos y conmutaciones de pena a condenados por la justicia; narcotraficantes en la modalidad agravada, inclusive). «Si no les gusta [la política de indultos], no voten por mí», respondía ante los congresistas de la comisión, con el mismo tono soberbio que había trasladado compulsivamente al Twitter.

Enrique Zileri, entonces director de *Caretas*, detectó rápidamente lo que había empezado a ocurrirle. «La “obsesión constructiva” de Fernando Belaúnde Terry (...) aparece más que las ideas del propio Víctor Raúl Haya de la Torre». En aquella entrevista, García aseguraba que se necesitaba una locomotora en Palacio y que «ha venido una gentuza de bajo nivel a canibalizar de nuevo la política». Decía también que no le obsesionaba ser presidente pero que «el pueblo peruano no quiere caos ni ensayo». Ante cualquier otro entrevistado, podría haber pasado desapercibida esta respuesta clave, pero se trataba de García: «La vida da fortalezas y deja cicatrices. Lo que importa es el balance al final». Le había costado demasiado trabajo instalar la idea de que se reivindicó del desastroso pasado hiperinflacionario con un segundo gobierno de inversión y responsabilidad fiscal, para que fuera borrada de un plumazo por sus adversarios.

Todo aquello le hacía pensar en un personaje que había idealizado desde muy niño: Simón Bolívar. En los primeros años de su exilio en Bogotá se obsesionó con la lectura de sus cartas e interiorizó el mensaje cifrado en ellas: «En sus aciertos y excesos está la clave de la libertad de América», resumió García. Peregrinó varias veces hasta su tumba ubicada en el museo hacienda San Pedro Alejandrino, donde Bolívar murió muy solo. Acostumbraba recitar en voz alta sus últimas palabras: «Lleven las maletas

a la fragata. Aquí no nos quieren». «Alan está hablando de sí mismo», apunta Jorge del Castillo recordando la fascinación del expresidente por el personaje. «En el balance de la historia, sentía que era mucho más lo que había hecho por el Perú». Recorría la habitación del libertador, con su vieja cama, que en ese tiempo lucía descuidada. En una de sus visitas se acercó al guardia del lugar. Le hizo la observación y el hombre respondió que se repararía en cuanto llegase algún presupuesto. García sacó dinero de su bolsillo: «Arregle esa cama, pero no le cuente a nadie de dónde vino el dinero». Años después, recordando con un amigo el episodio, comentó: «Que se sepa que algún día me preocupé de él como un hijo». En una entrevista para la revista *Newsweek* durante su primer gobierno, lo ubicó entre sus héroes más admirados. «Fue un incomprendido en su época». A nadie le permitía hablar mal de Bolívar. Ni siquiera a su madre, Nytha, sanmartiniana. Si el tema aparecía en la mesa, el secretario Pinedo sabía que en menos de diez minutos García se pondría de pie y se marcharía ofuscado. Alguna vez estuvo a punto de publicar un libro crítico sobre el militar argentino, a lo que se opuso férreamente Pilar Nore, otra defensora de San Martín. De aquel borrador no se supo más.

Terminado su segundo mandato, Alan García disfrutó por un tiempo de los aplausos con los que era recibido o despedido en los restaurantes a los que iba. «Era una persona bien orgullosa y había aprendido a bañarse en aceite», me comenta un familiar. Eso le hacía pensar que estaba preparado para emprender una nueva campaña presidencial. La noche anterior a aceptar su postulación llamó por teléfono al Instituto de Gobierno. Quería anunciarles a Max Hernández y a Hugo Neyra su «decisión más importante». Hizo anotar en su agenda un desayuno con ambos, pero a la mañana siguiente se canceló. Casi como un anticipo de lo que pronto ocurriría. El expresidente que alguna vez dijo que la política es como un sacerdocio solía comentar

también que la vigencia de un político no excede los treinta años, y que él sentía que ese ciclo ya se le había cumplido. Pero al mismo tiempo creía ser el elegido para encaminar al APRA nuevamente al poder. Si en 1985, cuando era candidato presidencial, decía «Dios me ha puesto a prueba», más tarde —en su libro de memorias— aseguraba que aquel era su destino. Lo tenía grabado en la frente desde el tiempo en que se preparaba en Europa, patilludo y anarquista, para «hacer la revolución», como escribió Luis Alberto Sánchez. Había sido becario en un estudio jurídico en Madrid y, a su retorno, antes de ser elegido miembro de la Asamblea Constituyente del 78-79, visitó a su antiguo profesor Luis Jaime Cisneros. El entonces director del diario *La Prensa* le preguntó para qué volvía. «Luis Jaime, yo he venido a ser presidente del Perú».

En su última campaña presidencial supo siempre que el camino sería cuesta arriba. Llevaba la cuenta de la cantidad de titulares que en los últimos años se habían publicado sobre él (3600, sin contar los noticieros) y aseguraba que tenía una imagen que defender. Por ratos, sin embargo, le asaltaba la sensación de estar caminando por el borde de una piscina. Temía elegir no lanzarse, o resbalar y hacer el ridículo. Empezó a indagar entre su gente de confianza si era conveniente aceptar la candidatura o no. «Esto es como una pelea de box. ¿De qué sirve que yo lo anime a subir al ring si usted no quiere estar ahí?», le respondió Pinedo. Preguntaba por encuestas y sondeos, necesitaba conocer el terreno que pisaba. Un día despertaba convencido de que el pueblo no vería con buenos ojos el que quisiera superar a Belaúnde y convertirse por tercera vez en presidente. «Caramelo una vez, caramelo dos veces, pero tres ya es mucho», reiteraba siempre. Y al día siguiente pensaba que podrían tener razón quienes le decían que la experiencia ganaría a la improvisación. «Tú te la llevas», le animaban. Después se acordaba del lema de su vida: «Para ganar una elección

presidencial tienes que morirte de ganas de serlo». Y él no tenía ganas. Toda la campaña le molestaba. «Es como empezar el colegio de nuevo». No sabía en qué lugar de su memoria había quedado el dinámico candidato de mediados de los ochenta que empezaba a disfrutar del despliegue de carteles y afiches con su nombre por todo el país. En aquella, su primera y emblemática campaña presidencial, entendió y adoptó las claves del *marketing* político que diseñaba para él Hugo Otero. Ya no podía ir por la vida pregonando que «el aprismo salvará al Perú», sino «mi compromiso es con todos los peruanos». Los puristas de Alfonso Ugarte levantaron una ceja, le exigieron reponer en la simbología del partido al imponente cóndor y dejarse de palomitas blancas, carajo. García, la promesa del APRA integradora, continuó su campaña sin mirar atrás.

Treinta años después, le daba flojera viajar. Desorganizaba de mala gana toda la estrategia de su equipo de campaña. Cancelaba mítines. «Suspéndame lo de Cusco. Suspéndame Huancayo». Y si viajaba, hablaba diez minutos sobre la tolva de una camioneta y se regresaba por donde vino. Amenazaba con gestos napoleónicos a los organizadores cuando hacía un cálculo rápido de la concurrencia y constataba que todo era un error. El peor de su vida política, escribiría después. Se encerraba en su local de campaña en Miraflores. No quería estar lejos de su casa. Las entrevistas en medios le parecían unas muy temprano, otras muy tarde. «No, donde ese no voy». No quería ver a nadie, ningún «quita aire» cerca, decía. En enero de 2016, durante un fin de semana en su casa de playa en Los Cocos, su amigo Joselo le preguntó cómo iba la campaña. «Si quisiera ser presidente no estaría aquí, sino subiendo y bajando cerros por todo el Perú», fue su respuesta.

Había desaparecido su asombrosa facilidad para crear eslóganes eficaces. A medida que seguía bajando en las encuestas, los compañeros —confiados



en su celebrado olfato político— esperaban que sacase un as bajo la manga, como tantas otras veces. Pero nada le funcionaba. Ningún apodo a los adversarios, ninguna advertencia sobre el incierto futuro que nos esperaba con los improvisados le hizo remontar. La primera muerte de García no es el balazo en la sien el día que iba a ser detenido, sino la apuesta que hace — y que pierde— contra su propia muerte política. El 10 de diciembre de 2015 —dos meses después de haberla presentado—, renunció a su candidatura por primera vez. Incluso lo puso por escrito en una carta que no se oficializó. «Estoy convencido de que mi candidatura no es lo más conveniente (...), considero haber cumplido mi misión (...), le falta al partido reencontrar la ilusión...». Había reunido a los miembros de la dirección política de la campaña —Gonzales Posada, Barreda, Velásquez, Del Castillo, Mulder, Arana, Quesada y Otero— y expuso durante largos minutos sus razones. «La situación es de derrota. Quiero oír sus opiniones». Sabía que no podía enemistarse con ellos, a quienes necesitaba como plataforma y bloque defensivo en el Congreso. El APRA casi siempre funcionó para él como una camisa de fuerza, pero era el partido que tenía. No conocía otra forma de vida política. La cúpula aprista, por su lado, necesitaba de su influencia como líder para posicionarse como bancada. Era una relación de dos agónicos: uno no sobreviviría sin el otro.

Todos fueron tomando la palabra. Algunos se mostraron optimistas, otros prometieron reunir a todas las bases y comités de provincias y rearmar cuadros para la recta final. «No les creo», pensó en silencio. «Esa campaña nadie la arregla». Solo Otero, en cuyas redes sociales compartía cifras alentadoras y aseguraba el triunfo, dijo que afirmarse ganadores no era cierto y que, por tanto, compañeros, estamos mintiendo. Todos lo odiaron profundamente, pero sabían que era así. «Tuvimos que convencer a Alan para que se quede», recuerda Del Castillo. «Éramos conscientes de que

siempre es bueno tener la representación parlamentaria».

Tres días después, al borde del plazo de inscripción ante el JNE, se presentó la Alianza Popular (APRA, PPC y Vamos Perú, del hoy detenido exalcalde del Callao, Juan Sotomayor). García creyó que podrían abrirse nuevas posibilidades, pero era infranqueable la resistencia a su candidatura en los sondeos. En enero volvió a plantear su renuncia. Parecía decidido, esta vez sí, a convencer a la dirección política de que había que ahorrarse la humillación de la derrota. Le aliviaba saber que no dejaría en el aire a la alianza: la elección de parlamentarios seguía su curso, aun sin candidato presidencial. Tampoco esta vez lo dejaron irse y tuvo que acatar. «Fue una decisión colectiva. Había que dar la batalla hasta el final...», dice Del Castillo. Para marzo, con Julio Guzmán y César Acuña excluidos de la carrera electoral, García recobró el entusiasmo. «Ya ganamos», comentó a un integrante de su equipo durante una gira por Pisco e Ica, suponiendo que los votos huérfanos recalarían en él. Pero el 4,3 % en las encuestas nunca más varió.

Mientras grababa con Otero el último mensaje al país como candidato, se apartó de la cámara, derrotado. No podía seguir. Alguien en el estudio le dio ánimos, pero fue peor. A setenta y dos horas de las votaciones no sabía si era preferible quedar como traidor, al abandonar a sus electores, antes que acabar como un perdedor. «Estoy cargando una cruz», le comentó por aquella época al periodista Fernando Vivas. Más de treinta años atrás le dijo algo parecido a Guillermo Thorndike, novelador de García en sus inicios. «Me pesa decirlo, pero tengo la impresión de no haber sido comprendido» (*La revolución imposible*). Nunca pudo entender por qué no se le reconoció lo suficiente el que haya llevado al APRA dos veces a la presidencia. A sus más cercanos confesó alguna vez sentir que todo lo que quiso hacer por el Perú no había servido de nada porque nadie lo defendió. Llegó a atribuir esa

falta de reconocimiento a la «cultura del derrotismo» del Perú, «un país andino, esencialmente triste (...), aquí todo está mal siempre...», como dijo el año 2009 durante un encuentro de empresarios. Quería pasar a la historia como un hombre inocente y gran estadista. Hoy, en el APRA, no hay quien lo contradiga. «Le tienen más miedo muerto que vivo», se murmura entre pasillos.

«Así es la política, no hay que molestarse, son circunstancias, ya veremos más adelante... Me regreso a España, pero el APRA va a volver...», se le oyó decir tras aquel tortuoso capítulo electoral, en el que no dejó de ser nunca un político del siglo XX tratando de encajar en el año 2016. No importaba. Nadie le quitaría de la cabeza que «quien construye sobre el pueblo, construye sobre barro», aunque citara mal a Nicolás Maquiavelo en sus *Metamemorias*. En agosto de 2018 conversó brevemente con su antiguo compañero de aventuras revolucionarias, Carlos Roca. Sentados en la biblioteca de Haya de la Torre, en Villa Mercedes, el hombre que pudo ser el otro sucesor del «Jefe» comentaba, en plural: «Hemos perdido credibilidad». Alan lo confirmó: «El drama es que la gente no me cree». La estrella del candidato hábil y popular de otro tiempo, en sus propias palabras, se había apagado. Detrás de ella se fue el gato que de vez en cuando lo visitaba en Palacio de Gobierno. Se llamaba Maquiavelo.

La casa se había oscurecido, pero las luces no se encendieron. A Pinedo no le pareció extraño. El expresidente solía ordenar que se apagara todo en Palacio, obsesionado con ahorrar en electricidad. «El que paga, apaga», repetía por donde iba. Aquella noche, las cortinas abiertas dejaban entrar un poco de luz de la calle. Las cervezas se habían terminado. El secretario se preguntaba qué sillón se le asignaría para dormir.

—Agarre el cuarto de Federico y duerma ahí, por favor —le indicó García.

Federico Danton, el sexto de sus hijos, vivía en Miami con su madre, Roxanne Cheesman, desde enero de 2018, pocas semanas después de que Uruguay negó el asilo a Alan García. Los planes de los tres habían cambiado varias veces desde noviembre, a partir de que el expresidente decidió acudir a una nueva citación fiscal en Lima, como en anteriores cuarentaidós ocasiones, según su propio conteo. (Semanas después le comentó a su amigo Joselo que le habían tendido una celada: «No me la volverán a hacer. No permitiré que me humillen para alegría de mis enemigos»). Antes de ir a Florida, el chico cursaba la secundaria en Madrid. Incluso sus padres se habían mudado a las afueras, a un piso algo más pequeño que el que ocuparon —de unos 150 metros— en la bonita calle Pintor Rosales, para estar más cerca de la escuela. Alan había decidido pasar una o dos semanas al mes en Lima. Pero cuando se dictó la orden de arraigo, después de aquella frustrada cita en Fiscalía —se suspendió y ese mismo día José Domingo Pérez solicitó el impedimento de salida del país —, Cheesman y su hijo regresaron. García ya estaba en la residencia del embajador uruguayo, a la espera de una respuesta oficial a la solicitud de asilo. «Nos volvemos a vivir a Lima», le dijo ella. Alan se negó. No quería que Federico perdiese el año escolar español, que acababa de iniciar. «Quédate en España y esperemos a ver qué pasa».

Diecisiete días después, el lunes 3 de diciembre, el asilo es negado y Cheesman y Federico retornan a Lima. «Nos volvemos», insistió ella. Él se sentía responsable de que su hijo tuviese que mover todo el calendario escolar, dejando amigos en el camino, por acomodarse a la situación de su padre. Tampoco concebía que un hijo suyo fuese a acabar la escuela a

destiempo. Ella levantó todo y antes de dejar Madrid, en una cena con amigos, comentó: «No lo van a llevar a la cárcel, primero se suicida».

Cheesman programó un viaje al Perú para el 18 de abril, con la idea de aprovechar juntos el feriado largo de Semana Santa. Él no quería. Puede pasar algo, pensaba. La maquinaria judicial iba por él y Federico no tenía por qué presenciarlo. «Has visto lo que le han hecho a PPK...», trataba de persuadirla. Un día antes de que ella se subiera al avión, su compañero de casi dos décadas se disparó en la cabeza y todo cambió para siempre.

Alan García no usaba pistola. Le ponía nervioso la función semiautomática y decía que en cualquier momento podría trabarse. Él prefería su viejo revólver 38 Smith & Wesson Special, que llevó consigo la noche que ingresó a la residencia del embajador de Uruguay, Carlos Barros, el 17 de noviembre de 2018. Horas antes algunos compañeros apristas movieron sus contactos con embajadores y realizaron llamadas, sin suerte (en la embajada de Chile nadie alzó el teléfono). El expresidente consultó a Joselo García Belaúnde si había alguna posibilidad de solicitar asilo a España. El excanciller en su segundo gobierno lo descartó, no solo porque no existe en este caso asilo diplomático sino territorial, sino porque el exmagistrado César Hinostroza acababa de ser detenido y se iniciaba en ese país el borrascoso proceso para su extradición. No era conveniente tocar esa puerta.

Tampoco lo fue buscar asilo en Colombia de la manera en que se hizo. A través del hermano de Iván Duque Escobar, quien fuera íntimo amigo de García y padre del actual presidente, le comunicaron a este el interés de solicitar asilo. La respuesta fue un no que llegó en pocas horas y que el expresidente sintió como una puñalada. Odebrecht también era una mala palabra en territorio colombiano y lo último que necesitaba el gobierno era atraer los reflectores. (Días después, el 18 de diciembre, el periodista

colombiano Luis Carlos Vélez, director de la emisora La FM de RCN, confirmó que hubo un intento —por canales no diplomáticos— de solicitar asilo a Colombia. Ese mismo día, García escribió en su cuenta de Twitter: «Eso de Colombia es una especulación, también en Panamá, el Salvador (sic), etc.». Parte de su familia también lo niega).

Uruguay respondió: si el expresidente Alan García se sentía perseguido, lo recibirían. Ricardo Pinedo y Mauricio Mulder confirmaron de boca del propio embajador Barros el ofrecimiento. García llegó con su maleta y mientras la acomodaba en el piso de la habitación asomó su arma. «Eso no va a ser necesario», le indicó el embajador. Pinedo guardó el revólver y días después Alan se lo reclamó de vuelta. Parecía muy nervioso, sobre todo después de la agresión contra Luis Alva Castro por parte de un grupo de revoltosos afuera de la residencia. «La policía va a dejar que asalten la embajada, tráigamelo», le insistió. Era un apista preparado para el ataque y la defensa, arrastrando la memoria de compañeros clandestinos o desterrados. «Nos van a venir a llevar», oyó durante toda su niñez.

Los días pasaban y no cabía más que esperar una respuesta definitiva del gobierno uruguayo. Había sido auspiciosa una llamada inicial directamente con el presidente Tabaré Vázquez, y luego con su canciller Rodolfo Nin Vázquez le pidió paciencia —«estos trámites suelen demorar»— y le ofreció conversar directamente en Montevideo. Tanta amabilidad le sonó a predisposición. Al fin una buena noticia después de muchos días amargos. «Los cagué a todos estos que quieren verme preso», comentó eufórico tras colgar el teléfono. Los siguientes días, la espera se transformó en angustia. «Hay que ver otro sitio», comentó a Pinedo. Necesitaba un plan B por si las cosas salían mal. Su impaciencia le jugaba en contra y no le quedaba un nervio sano para conservar la calma. No se sabe quién buscó un contacto en la embajada de Costa Rica o cayó del cielo alguna comunicación desde allí,

pero de cualquier manera existió una llamada que dio paso rápidamente a descartar esa posibilidad.

El 3 de diciembre, antes de las siete de la mañana, García llamó por teléfono a Pinedo. «Compañero, me están invitando a irme, véngase rápido». Llegó en minutos. En el primer piso se dispuso a organizar la salida. El embajador sugirió terminar de empacar, retirarse y un cuarto de hora después él saldría a confirmar a la prensa que García había dejado la residencia. En ese momento una detonación en el segundo piso los hizo subir a trancos la escalera. Al abrir la habitación a empujones observaron a Alan García sentado sobre la cama. Pinedo respiró: está vivo. El aire olía a piel quemada. La mano izquierda había sido atravesada por una bala, sin tocar un solo hueso. El secretario aplicó un torniquete con una toalla. El embajador reclamó que el revólver, contra lo que ordenó, hubiese vuelto a su casa. Todos temían que afuera los periodistas pudiesen haber oído el balazo. Pero nadie escuchó nada. Era momento de salir.

«Mi maleta, mis cosas», buscaba García encorvado, sin poder pensar con claridad. Había planeado quitarse la vida en la sala, apenas colgara la comunicación con Pinedo. Todos los días pensaba: hoy me van a detener. «A estos cojudos yo les voy a enseñar qué es dignidad». Él escribe en sus *Metamemorias* que estaba limpiando su revólver y el proyectil se disparó. Quizá algo tuvo que ver el reciente temblor en ambas manos, que nunca quiso hacerse ver. Con su plan inicial desbaratado, salió de la embajada en un auto alquilado de lunas polarizadas, recostado en el asiento de atrás. La mano derecha empuñaba el arma.

De vuelta en su casa de Miraflores, Alan García se sentó en su sala con la mirada en el vacío. No aceptó que le cambiaran la toalla llena de sangre y largó de un grito a un médico de la familia a quien se llamó para suturar la herida. Rendido, aceptó un segundo médico. Pinedo llamó por teléfono a

Del Castillo, que estaba reunido en su estudio con dos o tres congresistas más, esperando noticias. Exaltado, el secretario les rogó que fueran a la casa. Pensó que solo ellos podrían quitarle el arma a García. No les dio detalles y ellos prefirieron esperar. Después, cuando acabó ese oscuro día, lo visitaron varias veces. García recibió también a su amigo Joselo. Después de Uruguay no había ninguna posibilidad de pedir otro asilo. Intentando hallar una explicación al curso que habían tomado las cosas, el excanciller le comentó que quizá le convenía reforzar su defensa, conseguir mejores abogados. «Esto no es un tema legal, es un tema político», sentenció Alan. La mano vendada. Los días inciertos.

Algunas noches, como quien cierra los ojos para recibir un golpe, se imaginaba confinado en la Diroes. En setiembre de 2007, días antes de la extradición de Alberto Fujimori desde Santiago de Chile, comentó a su entonces ministro del Interior, Luis Alva Castro, que no quería fotos ni festín. «No me voy a ensañar». Indagaba si el penal de Barbadillo era un lugar «decoroso» para un expresidente. Al poco tiempo de ingresado Fujimori, se le permitió realizar trabajos de jardinería en el patio. «¿Cómo ven ustedes la Diroes?», preguntaba ahora García a los miembros de su escolta, asediado por las últimas investigaciones en su contra. «Es un hotel de provincia», le aseguraron a «Marfil», nombre en clave que por seguridad habían asignado al expresidente. Por momentos «Marfil» aceptaba la posibilidad del encierro, asumiendo desde su particular perspectiva el sentido del «deber» de su padre, Carlos García Ronceros, «El Cartujo», preso y en silencio durante ocho años.

En 2001, antes de asumir la derrota electoral frente a la prensa, ordenó que lo trasladaran al mar. En Los Yuyos, la playa de su infancia, quiso respirar a sus anchas un poco de la brisa de la mañana. Años más tarde contempló aguas más hondas, buscando quizá un alivio que nunca llegaba



ni llegó. El Alan García del segundo gobierno no se paraba frente al mar, sino que adoptó un extraño ritual: algunas noches, al final de la jornada, despachaba a su escolta de seguridad con cualquier pretexto y paseaba por entre los nichos del cementerio Presbítero Maestro deseando algún día comprarse allí uno. Tenía identificado el corredor por donde debía ingresar su ataúd, el área dónde se ubicaría la gente, el estrado para los músicos.

El vuelco inesperado de su vida convirtió su sueño político en cenizas.

# **Enemigos íntimos: la relación entre Alan García y Víctor Polay**

Santiago Roncagliolo

## **Los dos soles**

—En 1989, cuando estaba preso, Víctor Polay era como un presidente de la cárcel. Controlaba un pabellón entero de Castro Castro. Cuando lo fui a visitar, me dijo: «Yo no me explico por qué Alan sigue enfrentándose a mí, por qué sigue considerándome su rival. Alan escogió el camino de la democracia burguesa. Y respeto su decisión. Yo simplemente escogí la liberación de nuestro pueblo por otra vía».

Quien me habla, Carlos Rivas, vio crecer juntos a esos dos camaradas. Los conoció en los años setenta, cuando eran las jóvenes promesas de su partido, el APRA. Compartió con ellos labores de organización y movilización. Y, luego, vio separarse sus caminos hasta que los dos se enfrentaron como comandantes en jefe, enemigos en una guerra que se cobraría decenas de miles de muertes: el líder del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, Víctor Polay, y el dos veces presidente del Perú, Alan García.

Cincuenta años han pasado desde que se cruzaron sus historias. Y si entonces un adivino hubiera profetizado que uno de los dos acabaría preso y otro moriría por arma de fuego, nadie habría acertado cuál sería cuál.

Mi informante, Carlos Rivas, no siguió a Polay en su aventura armada. Se mantiene hasta hoy en el partido. Ha hecho política legal en las buenas o

en las malas. Las malas han sido muchas. Al momento de nuestra entrevista, se presenta en la lista al Congreso de la República. Tiene el número 21 por Lima. Recibe constantemente llamadas para apuntalar detalles de una campaña agotadora en un partido desorientado, cuyo líder supremo acaba de suicidarse de un balazo. Durante el primer gobierno de Alan, llegó a diputado y ministro de Economía, y tuvo que firmar algunas de las duras medidas económicas —devaluaciones y disparadas inflacionarias— que los peruanos de los años ochenta conocimos con el nombre de «paquetazos».

Fue precisamente en esos años cuando Carlos visitó a su antiguo camarada en la prisión. Para un político aprista, se trataba de una visita arriesgada, que podía dar pie a sospechas sobre la connivencia entre el gobierno y el terrorismo. Pero eso no lo detuvo:

—Lo visité en calidad de amigo fraterno —declara—, no por coincidencias ideológicas. Para mí, la amistad está sobre cualquier diferencia.

Esa vez, los dos hablaron de muchas cosas, pero Carlos recuerda especialmente la sorpresa del subversivo ante la actitud del presidente, al que acusaba de detestarlo a título personal. Hoy, tras contarme esa conversación, Rivas ensaya una explicación de esa amistad convertida en odio. Para él, solo hay una razón posible:

—Alan le tenía recelo a Víctor. Aunque él fuese un presidente y Víctor, un presidiario. Daba igual. Lo importante es que Víctor era un líder, y un líder de su mismo origen, que, llegado el momento, podía hacerle sombra. Y no podía haber dos soles en el cielo. Para Alan, en el firmamento del poder, solo había espacio para un sol. El suyo.

## **La familia**

—Si quieres entender la relación entre Alan y Polay, tienes que saber lo que era el APRA. No era un partido. Era una familia.

Fernando Arias nació en los años cuarenta en el pueblo de San Pedro de Lloc, situado en el norte del Perú, histórico bastión del partido. Su familia era muy pobre. De niño, para llevar a casa unas monedas, cantaba en los bares. Hasta que algún cliente empático le notó la voz llena de tristeza. Se preocupó por él. Le preguntó por su vida. Y, finalmente, lo invitó al local del partido, la «casa del pueblo».

—Ahí todos te trataban bien —recuerda Fernando—. No solo se hablaba de política. En el local del partido podías comer, estudiar, jugar fútbol, cortarte el pelo, y siempre había amigos. Es por eso que la gente como yo ha vivido y morirá aprista. Incluso si algunos cambian de partido, su mirada, su actitud, su alma siguen siendo apristas para siempre.

Fernando es tan militante que su tarjeta personal tiene una foto de Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador, ideólogo y líder histórico del partido. Cuatro décadas después de su muerte, para referirse a Víctor Raúl, Fernando sigue diciendo El Jefe. Y lo dice así. Con mayúsculas.

A finales de los años sesenta, Fernando integró el Buró Nacional de Conjunciones, un organismo fuera de la estructura formal del partido, que funcionaba como enlace personal entre El Jefe y los diferentes comités. Sus miembros eran jóvenes de máxima confianza de Haya de la Torre, que respondían ante él al margen de la burocracia de la organización.

Fernando me enseña un documento de ese Buró Nacional de Conjunciones. Una especie de agenda impresa en papel membretado de la Secretaría Nacional de Organización. Marca las visitas que los miembros del Buró deben realizar el 31 de marzo y el 3 de abril de 1970. El propio Fernando es enviado al sector 19, barrio de Pueblo Libre. Víctor Polay, al sector 13, Barranco. Alan García, al 6, centro de Lima.

Debe ser el primer documento en que esos dos nombres figuran juntos.

Pero ambos habían llegado ahí por iguales razones. Básicamente, hasta entonces, sus vidas habían corrido por los mismos cauces, con las mismas normas, en la misma familia.

## **Hijos de la revolución**

En sus memorias inéditas, Víctor Polay cuenta cómo la policía arrestó a su padre.

Fue en los años cincuenta. Gobernaba con mano de hierro el general Manuel A. Odría, un feroz antiaprista que había armado a una brigada de policía política. Los Polay tenían una ferretería en el Callao, y vivían en la trastienda. Los patrulleros llegaron una madrugada y rodearon toda la cuadra antes de golpear la puerta. Los «soplones» —así llamaban los apristas a estos policías— se llevaron al padre de Víctor, y luego se pusieron a registrar la casa. Abrieron cada cajón, cada ropero. Había una pistola en una caja de juguetes, pero cuando uno de los agentes se disponía a abrir la caja, la madre de Víctor le dijo:

—Eso ya lo han revisado sus colegas. ¿Para qué sigue mirando?

Por suerte para ella, el policía le creyó.

Después de eso, la madre intentó deshacerse de la pistola por todos los medios. Pero cada vez que salía a la calle, la seguían uno o más soplones. Al fin, planeó un intercambio furtivo de canastas del mercado, al estilo de las películas de espías, y le pasó el arma a una de sus hermanas. La pistola acabó enterrada en el jardín de la abuela. Con los años, el pequeño Víctor intentaría recuperarla sin éxito para sus propias misiones.

Para los fundadores apristas, eso era la rutina. El partido había liderado un levantamiento en Trujillo en 1932, que los militares apagaron con

fusilamientos colectivos. Y una conspiración en El Agustino en 1934. Y una revuelta de la Armada en 1948. Un militante aprista asesinó al presidente Luis Miguel Sánchez Cerro en 1933. Durante la primera mitad del siglo XX, las revoluciones peruanas no eran cosa de comunistas, sino del APRA.

Como hijo de esos rebeldes perseguidos, encarcelados y exiliados, las memorias de niñez de Alan García forman un eco de las de Polay. En las autobiografías de ambos se repiten escenas prácticamente iguales. Por ejemplo, Polay recuerda el día en que su padre regresó de la cárcel, y él salió alborozado a recibirlo a la calle. García, por su parte, narra una mañana de su propia niñez, cuando se presentó en la puerta de su casa un extraño con sombrero de fieltro y maleta de cuero. El extraño resultó ser su padre, quien regresaba de la cárcel de El Frontón, donde había estado recluido desde que el niño tenía memoria. En total, el señor García cumplió durante su vida ocho años de cárcel, cuatro de destierro y cuatro de clandestinidad. Y, por supuesto, tenía un revólver calibre 22, pero no en una caja, sino en el armario.

Ahora bien, más allá de sus paralelos, había una diferencia crucial entre esos dos perseguidos apristas. Cada uno ocupaba un extremo del espectro de poder. Incluso en el partido de la revolución, los separaba la clase.

El señor Polay no provenía de una élite intelectual. Ni siquiera estudió una carrera, aunque ejerció como periodista autodidacta y llegó a venerable de una logia masónica. Como secretario general del partido en el Callao, sus labores quedaban cerca de las bases, y según se desprende de las memorias de su hijo, tenían que ver con la lucha. Los compañeros que lo visitaban en su casa rememoraban acciones armadas, motines carcelarios, enfrentamientos con las autoridades. No pasaba hambre, pero tampoco lo

asustaba la pobreza. Cuando tuvo que esconderse del odriísmo, se refugió en una inhóspita Pucallpa, en una choza sin agua ni luz.

El señor García tenía otro estilo de vida: se graduó en Derecho por la Universidad de San Marcos y formó parte del círculo de confianza del Jefe Víctor Raúl. Sus cargos en el partido tenían que ver con la Economía y la Administración o, incluso, durante los periodos en que el partido era legal, con la diplomacia entre agrupaciones políticas. Se trataba de un hombre discreto y silencioso, que cumplió un destierro más bien cosmopolita, en Panamá, Ecuador y Chile.

La razón de esa diferencia se encontraba en la propia ideología aprista, que no reivindicaba la lucha de clases en el sentido tradicional. De hecho, los comunistas peruanos no habían organizado la revuelta obrera porque el Perú era un país sin industria y, por tanto, sin una clase obrera masiva y articulada. Uno de los aportes de Haya de la Torre al pensamiento de izquierda había sido precisamente incluir a las clases medias en la lucha política. En su origen, Polay y García representaban las dos caras, el alma dividida de ese partido.

La inscripción de Víctor como militante resultaba casi inevitable. Y, sin embargo, su madre trató de impedirla. Ella no quería que el niño llevase otra vida de clandestinidad y sobresaltos, y se oponía fervientemente a cualquier forma de activismo. Tarea inútil: todo el entorno de Víctor, incluida ella misma, lo intoxicaba de historias heroicas. Para colmo, a los nueve años, el pequeño enfermó de asma. Dejó el fútbol y comenzó a leer para llenar los ratos en cama y las noches en blanco. Su cabeza bullía de aventuras de Emilio Salgari, ideales justicieros de Émile Zola y alguna que otra novela carcelaria como *Papillon* de Henri Charrière.

Los sacerdotes marianistas del colegio San Antonio vieron en esas inquietudes claras señales de vocación religiosa. En efecto, borracho de ese

cóctel de heroísmo social, Víctor decidió hacerse misionero. Por entonces, el seminario se iniciaba al mismo tiempo que la secundaria. Su familia, aterrada, lo cambió de colegio para alejarlo de los curas. Su pobre madre no calculó que solo le estaba dejando abierta una vía de realización de sus aspiraciones. Y era precisamente la que ella más temía.

En 1962, a los once años, Víctor acompañó a su familia a la Casa del Pueblo para una kermés. Esperó a que sus padres se distrajeran y corrió a inscribirse a escondidas en el CHAP, la organización de apristas menores de catorce. Su entrada en el partido resultó su primer acto clandestino.

Precisamente ese año, el APRA estuvo a punto de alcanzar el poder. Ganó las elecciones, pero la decisión última quedaba en manos del Congreso. Para impedir la votación final, las Fuerzas Armadas dieron un golpe de Estado.

Aún adolescente, Alan García reaccionó lleno de rabia. También había mamado la cultura de la revolución, y ya mostraba ambición porque, nada menos, planeó todo un levantamiento. Sustrajo el revólver del armario de su padre, reunió a diez compañeritos de su edad y se dispuso a asaltar una comisaría, robar las armas de la policía y usarlas para sitiar la escuela militar de Chorrillos. Estaba lleno de ardor y convicción, pero no calculaba sus fuerzas con mucha claridad. Según cuenta en sus memorias, la absurda operación estuvo a punto de llevarse a cabo. Por suerte, alguien tuvo la sensatez de detenerla a tiempo.

—De pronto, llegó nuestro profesor de Matemáticas, quien, sobresaltado, nos habló de lo inútil del proyecto. Yo recordaría por siempre sus palabras finales: «no se desesperen; hay que confiar en el triunfo del partido».

En los siguientes años, mientras esperaban las elecciones que por fin le darían el poder al APRA, los dos jóvenes estudiaron sus respectivas carreras. La vida universitaria tendría efectos opuestos sobre sus vocaciones



políticas. En la recién abierta Universidad Nacional Técnica del Callao, Polay se convirtió en un combativo dirigente estudiantil, el secretario general del Centro Federado de Ingeniería Mecánica, Industrial y Naval. A un abismo social de distancia, en la facultad de Derecho de la privada Universidad Católica, García mantendría una pequeña célula de correligionarios, pero también sentiría la tentación de dedicarse a ganar dinero. La mayoría de sus compañeros estaban destinados a trabajar en los grandes bufetes de Derecho Mercantil. ¿Por qué no él?

Al final de la década, una nueva sorpresa política alteraría el rumbo del país y de sus vidas. El golpe de Estado del general Juan Velasco Alvarado volvió a frustrar las expectativas electorales apristas. Y esta vez, para colmo, no se trataba de un golpe normal, sino de una amenaza existencial contra el partido. El nuevo gobierno era una dictadura militar pero de izquierda, y puso en práctica muchas de las medidas socializantes que el APRA llevaba defendiendo desde sus inicios. También muchas de las que había abandonado en la última década para presentar una cara más moderada. En el seno del partido, se impuso un examen de conciencia: ¿Hay que apoyar a la dictadura en nombre de la justicia social? ¿U oponerse en nombre de la democracia? ¿Qué APRA es la verdadera? ¿La revolucionaria o la pactista? ¿El partido ha abandonado su esencia para participar en elecciones y ahora resulta que no hay elecciones? De puertas para adentro, los compañeros comenzaron a dudar del liderazgo absoluto de Haya de la Torre, que maniobraba en un mar tempestuoso para mantener la jefatura.

Fue entonces cuando Haya refundó un organismo del que había echado mano un par de veces a lo largo de los años: el Buró Nacional de Conjunciones, que llevaba sus mensajes a los diferentes órganos del partido sin pasar por todo el aparato. El Jefe necesitaba que su palabra se difundiese

sin distorsiones. Y que los militantes le transmitiesen sus opiniones sin intermediarios. No estaba formando un órgano de control, sino una patrulla de chasquis con acceso a toda la información. Los requisitos para ingresar: ser joven, leal y de indiscutible pedigrí partidario.

Fernando Arias provenía del sólido norte y, por su juventud, se atrevía a criticar públicamente a los camaradas mayores en los actos del partido. Fue uno de los primeros que Haya reclutó para el Buró. Y no olvida cómo fueron llegando los demás:

—El Jefe recibió la información de que había un dirigente joven importante en El Callao. Y que encima era el hijo de un miembro fundador del partido. Así que llamó a Víctor Polay. Víctor, en el Buró, fue siempre muy discreto y sereno. Nunca hizo alharaca.

Hacia diciembre de 1969, El Jefe decidió otro fichaje para el Buró. Volvió a reunir a sus miembros y les anunció:

—Miren, hay un chico que me dicen que es bueno. De hecho, puede ser brillante. Pero, además, su padre ha sido secretario de organización del partido en la clandestinidad. Quiero que lo reciban. Pero no lo fastidien. Porque ustedes son de universidades nacionales y él es de universidad privada. Y ya sé cómo son ustedes de fastidiosos con eso.

Alan García era un elemento totalmente anómalo en el Buró. No solo provenía de una universidad de elite. También carecía de experiencia en el aparato partidario. No había sido dirigente estudiantil, ni participado en movilizaciones importantes.

Y, sin embargo, aparte de su origen familiar, había una razón muy poderosa para incorporarlo al grupo:

Hablaba como los ángeles.

## **El guerrero cansado**

En 1954, Víctor Raúl Haya De la Torre abandonó la embajada de Colombia en Lima, donde había pasado asilado cinco años. Llevaba un cuarto de siglo tratando de tomar el poder por asalto. Y empezaba a agotarse. Sus viejos compañeros no se sentían mucho más fuertes. Tras las largas penas de cárcel, los fusilamientos, los exilios, el partido no podía luchar más.

A partir de entonces, la estrategia dio un giro. Con la esperanza de acceder al poder por vías pacíficas, el APRA apoyó al gobierno conservador del banquero Manuel Prado y Ugarteche. Más adelante, formó una coalición parlamentaria con el partido del represor Manuel A. Odría, el mismo general que había metido presos a los padres de Víctor y Alan, y confinado al propio Haya en la embajada colombiana.

El giro pragmático no convenció a sus militantes más radicales. Al contrario. Los que habían sido torturados y perseguidos, los que habían visto morir a sus compañeros en manos de sus nuevos socios, se sintieron engañados. Todo había sido una pérdida de tiempo. Toda una lucha arrojada al basurero de la historia.

Víctor Polay recuerda en sus memorias cómo empezó a notar el cisma:

—En las manifestaciones de cierre de campaña de las elecciones del 63, después de un mitin multitudinario en el Campo de Marte, los apristas desfilamos por las calles de Lima. Yo tenía doce años e iba cantando consignas con toda mi familia, cuando me agaché a recoger un volante. De repente, alguien me dijo: «¡Compañero, tire ese volante, es de los enemigos del APRA!». Fingí obedecer, pero me guardé el papel. Era del APRA Rebelde. Ya había visto esas siglas durante los actos del partido, pero al preguntar qué significaban, ningún compañero me había ofrecido una respuesta clara. Sentí una especie de atractivo, algo tabú, un aire de misterio. Además la palabra «rebelde» me resultaba muy atractiva.

El APRA Rebelde era una facción disidente liderada por Luis de la Puente Uceda, un exmilitante admirador de las revoluciones de Cuba y China. En 1959, debido a su férrea oposición contra la nueva línea política, de la Puente Uceda había sido expulsado por Haya de la Torre. A partir de entonces, se radicalizó aún más, hasta formar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. En 1965, mientras Alan García cursaba el primer año de universidad, de la Puente abrió un frente guerrillero en Cusco. Su objetivo era propiciar un levantamiento campesino que desembocase en la revolución. Pero fracasó en el esfuerzo de ganarse a la población nativa. Y, por supuesto, su entrenamiento militar, un curso exprés realizado en Cuba, resultaba penoso comparado con el de los batallones contrasubversivos del ejército. En cuestión de meses, el MIR estaba derrotado y sus principales cabecillas habían caído en combate. El cadáver de su líder tardó cuatro décadas en ser hallado.

Si bien no en la estructura del Estado peruano, el MIR sí consiguió una revolución en la conciencia moral del APRA. La historia del militante que había preferido morir antes de venderse al sistema no podía narrarse en el partido aliado de Odría sin una mezcla de culpa y vergüenza, como se narra una infidelidad. O una traición.

El espíritu combativo se mantenía vivo entre los jóvenes apristas. Lamentablemente para ellos, la izquierda se estaba adueñando a gran velocidad del discurso antisistema. Carlos Rivas, por ejemplo, reunió a una facción de estudiantes apristas radicales en un Frente de Insurgencia Revolucionaria. Al saberlo, El Jefe Haya de la Torre no puso objeción alguna contra sus ideas. Pero le hizo ver que había otro grupo con las iniciales FIR: un partido de trotskistas campesinos cusqueños. El comunismo les estaba robando hasta los nombres, hasta las siglas.

Mientras tanto, desde el Buró Nacional de Conjunciones, Víctor y Alan transmitían a los órganos del partido los mensajes de Haya. En una nueva contorsión del discurso, El Jefe trataba de argumentar que las medidas izquierdistas de Velasco habían sido inventadas originalmente por el aprismo, y que él no se oponía al régimen... Solo le recordaba sus derechos de autor.

En realidad, Alan García no mostraba especial entusiasmo por las labores del Buró. Ya tenía claro que su vocación era la plaza pública, y su arma, la oratoria. Las labores de enlace y organización no le interesaban especialmente. De modo que, en esos tiempos, Víctor Polay llegó a ser más cercano al Jefe que el futuro presidente.

Según el recuerdo de su hermana, Otilia Polay:

—Haya era muy temperamental. Un día te daba todo su cariño y, al día siguiente, te lo quitaba. Pero durante un tiempo, a principio de los setenta, Víctor fue su engreído. Si alguien llamaba a Haya «homosexual», aunque fuera de broma, Víctor se ponía furioso y se agarraba a golpes con el bromista. Haya percibía y retribuía esa lealtad. Siendo muy jovencito Víctor, lo mandó a Costa Rica para hacer un curso en el Centro de Estudios Democráticos de América Latina, viaje que Víctor aprovechó para conocer México y Estados Unidos. A Alan no lo mandó.

Las actividades de Polay no se limitaban al Buró. Ni su impetuoso carácter, a las grescas de machos.

A espaldas de la dirigencia, se incorporó en la Alianza Revolucionaria Estudiantil, que pretendía luchar contra la dictadura con muchas agallas, pero poca estrategia. En la ferretería de su familia, hallaba todo el material necesario para construir bombas y cócteles molotov, que arrojaba en casas de militares. Si hacían falta más recursos, asaltaba grifos con sus compañeros.

Los cómplices de esos primeros atentados también llevaban la revuelta en la sangre. Al fin y al cabo, eran más o menos sus primos. Por ejemplo, uno de ellos, Enrique Tello, descendía de Alfredo Tello Salavarría, un histórico dirigente de la revolución de Trujillo de 1932 que había participado en el feroz asalto al cuartel militar de O'Donovan. Tello Salavarría se había hecho famoso entonces porque, después de cuatro horas de lucha, había conseguido tomar el almacén de artillería. Y cuando el líder de la revuelta cayó bajo fuego militar, Tello había asumido el mando. Como si fuera poco, se había salvado del fusilamiento, y sus correrías clandestinas durante toda la década posterior lo habían convertido en una leyenda. De modo que, cuarenta años después, su hijo Enrique, el amigo de Víctor Polay, tenía pocos estímulos para convertirse en notario o farmacéutico. Su aspiración era la insurgencia.

Otilia Polay rememora uno de los atentados de su hermano:

—Una noche, puso una bomba en la Municipalidad del Callao. Nosotros vivíamos a una cuadra de ahí. Mi mamá se quejaba. «¿Quién estará poniendo bombas, caracho?». Y antes de que terminase de protestar, Víctor ya había regresado a la casa y entrado por el garaje, con sus compañeros.

Al joven rebelde no le sirvió el escondite. La policía acabó por descubrir sus actividades. Durante los interrogatorios, Víctor se preocupó mucho por no involucrar al partido ni al Jefe. Terminó cumpliendo ocho meses de condena en el penal de Lurigancho, acusado de destrucción de propiedad pública y tenencia ilegal de explosivos.

Su captura llevaría a su familia a tomar una decisión drástica. Según su hermana Otilia, la peor decisión de todas, la definitiva:

—Mamá ya había sufrido la cárcel de mi padre. Y no quería repetir la experiencia con Víctor. En cuanto lo liberaron de Lurigancho, lo envió a estudiar Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. A veces se

ha dicho que Víctor viajó becado, pero fue mi familia la que pagó sus estudios, por insistencia de mi madre, para alejarlo del peligro.

Una vez más, el tiro saldría por la culata. Arrancarlo del colegio religioso lo había arrojado a los brazos de la política. Arrancarlo del Perú y, por lo tanto, del APRA, lo contactaría con los latinoamericanos que hacían política en Europa, todos pertenecientes a la izquierda revolucionaria.

## **Europa**

El propio Polay escribe en sus inconclusas memorias:

«Cuando salí de Lurigancho mis padres me enviaron a Madrid, España. Ahí me encontré con Alan y se inició un mayor acercamiento y amistad. Él vivía en el Barrio de Argüelles con una pareja de comunistas dominicanos, con quienes terminó peleándose por problemas del alquiler. Como éramos amigos y nos veíamos todos los días en el comedor universitario de la Universidad Complutense, lo llevé a vivir a mi departamento que compartía con amigos españoles de izquierda, algunos comunistas y otros anarquistas, en el Barrio de Valdeconejos».

Su hermana Otilia Polay, que se mantuvo y se mantiene aprista, añade una anécdota de ese departamento madrileño, oída de boca de García, que da fe de la cercanía que alcanzaron:

—Los dos peruanos dormían en cuartos contiguos. Una noche, Alan se puso mal y comenzó a delirar, y Víctor vino desde su cuarto para darle su pastilla, un vaso de agua y un poco de atención. Alan nunca lo olvidó.

Como estudiantes ajustados de dinero, ambos se transportaban y alimentaban con vales universitarios. Por insistencia de Alan, se ofrecieron para cargar maletas a cambio de unas pesetas. Pero los árabes y gitanos de

la estación de tren de Atocha no aceptaron esa nueva competencia, y su situación financiera no mejoró.

Dada la precariedad, leían lo que robaban —Alan tenía un abrigo especial con una abertura para esconder libros— y viajaban haciendo autoestop. Con ese sistema, asistieron a las fiestas populares españolas: las fallas de Valencia, la feria y la Semana Santa de Sevilla.

Su viaje más largo los llevó a Burdeos y París para las fiestas del 73. En el camino, durmieron en albergues, e incluso en un carro particular estacionado, que Polay abrió para no pasar la noche a la intemperie. Llegaron a la capital francesa el mismo 24, escucharon la Misa de Gallo en Notre Dame y, durante los días siguientes, pasearon a pie por la Ciudad Luz para poder dedicar sus pocas monedas a comprar pan.

Los viajes no acabarían ahí. Estaban descubriendo el mundo. Y el mundo era muy grande. Escribe Polay:

«A fines de mayo del 73, me fui con mis amigos del departamento a trabajar a Ginebra. Alan se quedó en Madrid con la esperanza de encontrar algún trabajo, pero no lo pudo conseguir, así que lo traje a Ginebra, enviándole el pasaje. Cuando llegó, lo recogí en la estación del tren de Cornavin. Lo llevé a vivir a una comuna de anarquistas en un edificio ocupado por ellos, que quedaba en el barrio Jonction. Yo trabajaba en una fábrica de materiales de construcción, así que lo llevé y un capataz italiano lo contrató para trabajar como alimentador de una máquina mezcladora. Después, nos fuimos a vivir a una barraca de obreros y migrantes. El tiempo que estuvimos en Ginebra pudimos frecuentar a estudiantes españoles y latinoamericanos que también trabajaban en esa ciudad. Nos reuníamos con amigos de izquierda, anarquistas y comunistas, y Alan amenizaba los encuentros cantando rancheras y boleros de Los Panchos, además de canciones de la Guerra Civil Española y la izquierda latinoamericana».



Aún hicieron juntos un viaje más, a Portugal y Extremadura, después del cual Alan se quedaría en Madrid y Polay se mudaría a su destino más ansiado: París.

Mayo del 68 había dejado el aire cargado de electricidad. París ya no era solo la capital cultural del mundo, sino también, la política. El camarada del Partido Comunista Pablo Neruda reinaba entre los intelectuales, y jóvenes promesas como Gabriel García Márquez o Mario Vargas Llosa, ellos mismos exparisinos, debatían la Revolución Cubana. Por si fuera poco, los exiliados de todas las dictaduras latinoamericanas —tupamaros, montoneros, izquierdistas brasileños— se asilaban en Francia, veían las películas maoístas de Godard y escuchaban las diatribas filosóficas de Jean-Paul Sartre. Elena Iparraguirre estudió en esa ciudad antes de integrar el Comité Permanente de Sendero Luminoso. Guillermo Lobatón pasó ahí diez años antes de morir con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Ese mismo grupo acogería en su seno a Polay mientras seguía estudios de Economía Política en París VIII-Vincennes.

En 1974, Alan seguiría los pasos de su amigo, pero ya para entonces dejaban de moverse en los mismos círculos. Polay recuerda:

«Él se había hecho muy amigo de un mexicano con quien por las noches salía a cantar en los bares del norte de París, en los barrios de Pigalle y Montmartre. Los porteros los dejaban ingresar y, luego de cantar, ellos recibían el agradecimiento económico del público».

Polay prefería otras compañías: jóvenes que seguían creyendo en la revolución y, además, la consideraban una misión global, tan urgente en el Perú como en Palestina o Angola, e igual de irrenunciable en todos esos países. Ante ese coro de banderas y consignas, el bombardero de la municipalidad del Callao encontró a su antiguo partido pequeño, provinciano, perdido en componendas electorales miserables. Se vio con

Alan algunas veces, y los dos se trataron con cariño, aunque ya no podían llamarse «compañeros». La última de ellas fue en abril de 1977, y Polay la cuenta así:

«Nos vimos en la habitación que tenía en la Ciudad Internacional de Estudiantes Armando Rojas, único poeta aprista en París. Alan decía que volvía a Perú por poco tiempo, para viajar luego a Alemania, donde pensaba estudiar Filosofía, ya que, para entender a Marx, había que estudiar a Hegel en su propia lengua y no se podía hacer política si no se conocía verdaderamente el marxismo. En realidad, en el tiempo que estuvo en Madrid y París, fue un estudiante diletante, nunca terminó nada ni sacó ningún título porque le gustaba picotear por todos lados. Fue muy enamoradizo y permanentemente vivía romances».

No sabían, no tenían cómo saber mientras compartían vinos y conversación en la Ciudad Internacional de Estudiantes, que a partir de entonces ya solo se relacionarían como enemigos. Y no de cantinas o ideologías, sino de los que libran guerras con bombas y balas.

De hecho, esa posibilidad no tardaría mucho en notarse. Lo atestigua Otilia Polay:

—El regreso de mi hermano a Lima fue un escándalo en el partido. Los apristas éramos anticomunistas. Y, además, estaba el doloroso antecedente del MIR de de la Puente, que había causado una escisión. Mis padres estaban tristísimos, como si su hijo los hubiese abandonado. Los compañeros querían que Haya de la Torre lo lapidase. Le decían: «¡Jefe, Polay se ha vuelto comunista!».

Fernando Arias, su compañero del Buró de Conjunciones, también recuerda el cargamontón contra Polay alrededor del Jefe. Pero aclara:

—Haya siempre mantuvo su cariño por Polay. Justo en esos meses, otro compañero del Buró falleció en un accidente de tránsito. Y el Jefe nos

reunió a los demás y nos dijo: «Ustedes tienen que verse siempre como hermanos, hasta el final de sus días. Así como hemos perdido a uno, algún otro puede alejarse. De repente, alguno hasta se va a la vereda de enfrente. Pero véanse entre ustedes siempre como hermanos».

En el partido, sencillamente, dejaron de ver a Víctor. A partir de entonces, los acontecimientos se precipitaron. Él se incorporó al Ejército Revolucionario del Pueblo argentino. Formó «brigadas de autodefensa» para combatir a la policía durante las huelgas en el Cono Norte y Pucallpa. Colaboró con el M19 colombiano. Se integró en un nuevo MIR. Y, en 1984, tras la muerte de varios cuadros, bajo el alias de comandante Rolando, asumió el mando del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.

Alan García tardó más en regresar al Perú. Recién lo hizo en 1977. Pero su ascenso en el partido aprista fue igual de fulgurante. Un orador nato y además guapo, perfecto para la era de la televisión, llegaba justo a tiempo de tomar el relevo del Jefe, que no llegaría vivo a la siguiente década. Alan fue elegido para la Asamblea Constituyente en 1978. Parlamentario en 1980. Y presidente en 1985, a los treintaicinco años.

El país también se precipitaba. Hacia la guerra. Y los dos antiguos compañeros, los jóvenes mensajeros del Jefe, se habían convertido en generales enfrentados.

## **Enemigos íntimos**

En su libro *Revolución en los Andes*, Polay explica cómo recibió el MRTA la elección presidencial de su antiguo amigo. Quizá en parte por la confianza del comandante Rolando en Alan, los emerretistas le concedieron el beneficio de la duda:

—Él ganó en la primera vuelta, con un programa en muchos casos más radical que los actuales gobiernos de Correa y Evo Morales. Nos planteamos que, si bien su propuesta no era la nuestra, no podíamos desconocer la enorme expectativa que había generado, ni los votos que había conseguido de respaldo. Dimos una conferencia a mediados de agosto, dos semanas después de que asumiera el mando, declarando unilateralmente la suspensión de acciones contra el gobierno. Éramos respetuosos de la voluntad popular y le dábamos la oportunidad para que cumpliera sus promesas electorales.

La tregua no duró mucho. En julio del año siguiente, Alan respondió a un motín carcelario con la masacre de cientos de presos por terrorismo. Y el MRTA retomó las armas. Polay participó personalmente en una de sus acciones más espectaculares, la toma del poblado de Juanjuí, que lo volvió conocido. Su fama resultaba incómoda para el APRA, porque su grupo y Sendero Luminoso mantuvieron en jaque al Estado durante todo el periodo de gobierno.

En febrero de 1989, Polay entró de incógnito en Huancayo para organizar el frente central. Mientras dormía en el Hotel de Turistas, llegó a alojarse ahí mismo el primer ministro, su antiguo dirigente Armando Villanueva. En tiempos de la Alianza Revolucionaria Estudiantil, Villanueva había mostrado cierta simpatía por esos jóvenes alocados. Pero ahora se había convertido en el segundo hombre más poderoso de un país lleno de peligros. En el hotel, sus guardaespaldas interceptaron a la encargada de la seguridad de Polay. Le encontraron una granada y una pistola en el bolso. Minutos después, capturaban al mismo Polay.

Había sido un golpe de suerte tan increíble que la prensa especuló mucho sobre una supuesta reunión secreta entre el premier y el exmilitante aprista. En el avispero de mentiras y conspiraciones de la política peruana, las

teorías conspiratorias más extrañas podían resultar ciertas. Para mayor confusión, a pedido de sus padres, Villanueva en persona visitó a Polay en la cárcel. Quería asegurarse de que el compañerito no fuese torturado.

El escándalo forzó al presidente a manifestar su compromiso en la lucha contra la subversión. Alan se esmeró en llamar a Polay «delincuente terrorista» y mostrar en público su máximo desprecio.

No contaba con que pronto se vería obligado a pedirle un favor.

En octubre de ese año, un grupo de secuestradores detuvo el Mercedes Benz en que viajaba el magnate de la televisión Héctor Delgado Parker. Los atacantes rompieron los cristales blindados con una comba. Y se llevaron al empresario. Durante el rapto, perdió la vida el conductor del vehículo.

Casi de inmediato, Otilia Polay recibió un mensaje a través de su esposo, a la sazón ministro de Salud. El presidente la invitaba al palacio de gobierno.

Otilia se puso tacones para asistir a la cita. Nunca olvidará cómo arrastraba los pies por temor a resbalar en el pulido suelo de los elegantes salones. Alan la recibió con familiaridad y simpatía, y la llamó «Cielito», como hacen sus amigos. Pero Otilia no tenía dudas de cuál sería el tema del encuentro.

Ella cuenta la conversación así:

—Aun antes de que el MRTA reivindicase el golpe, Alan sabía que eran ellos. Decía que no podía tratarse de un secuestro económico. Que a Delgado Parker se lo habían llevado porque era su compadre. Me ofreció lo que yo quisiese, cualquier cosa, a cambio de ir a la cárcel y pedirle a mi hermano la liberación de su compadre.

Otilia obedeció. A la mañana siguiente, se encontraba en la cárcel de Castro Castro cumpliendo la misión presidencial. En sus propias palabras:

—Mi hermano me preguntó: «¿Cómo fue el secuestro?». Yo le conté lo de las combas, y él admitió que sí parecía una acción del MRTA. Pero en cuanto supo de la oferta de Alan, se puso furioso. Dijo que esas cosas no se podían «bastardear» a cambio de regalitos. Se quejó de que Alan lo había insultado en público. Sobre todo, recordó la reciente matanza de Los Molinos, donde el ejército había matado a sesenta y siete de sus compañeros sin hacer prisioneros ni dejar heridos: «¿Cómo es posible —dijo—, que Alan haya ordenado semejante masacre contra combatientes rendidos y luego se haya paseado entre los cadáveres frente a todo el país?».

Otilia transmitió al presidente las quejas de su hermano. Alan simplemente se disculpó. Dijo que había insultado a Polay porque la prensa le estaba pidiendo la dimisión del premier Villanueva. Tenía que mostrarse contundente. Explicó que, cuando llegó a Los Molinos, ya estaban todos los emerretistas muertos, con disparos en la frente. Él no había podido hacer nada. Fue entonces cuando le contó a Otilia de su amistad madrileña con Víctor, que seguía teniendo presente. Pero también le advirtió que, si ella revelaba esa conversación a alguien, él lo negaría todo.

—Por eso nunca lo he contado —justifica Otilia—. Pero ahora, supongo que ya no importa.

Delgado Parker permaneció más de seis meses en un zulo. Sus captores comenzaron pidiendo diez millones de dólares, pero tras una ardua negociación, se conformaron con alrededor de un millón. La entrega del dinero se intentó dos veces. Solo después de todo eso, el empresario fue liberado desde un auto en movimiento en Miraflores. Parece claro que Polay no echó una mano precisamente.

El líder del MRTA no solo se negó a colaborar con Alan. También le tenía preparada una última venganza.

El 9 de julio de 1990, tres semanas antes de que el presidente cediese el poder, Víctor Polay y otros cuarenta y siete emerretistas escaparon de la cárcel de Castro Castro por un túnel subterráneo de trescientos metros. El túnel, una obra de ingeniería asombrosa con sistemas de ventilación e iluminación, representaba una bofetada en la cara de las autoridades: el tiro de gracia para el gobierno al que el APRA había aspirado durante más de medio siglo, y que ahora terminaba dejando una herencia de hiperinflación, inseguridad, atentados contra los derechos humanos y caos general.

Muchos medios especularon con que García había dejado escapar a los emerretistas en honor de su antiguo compañero, algo que Polay niega. Al contrario, en *Revolución en los Andes*, deja claro que mandó a acelerar la construcción porque quería escapar durante el gobierno de Alan, precisamente para humillarlo:

—Fue un gancho a la mandíbula de Alan García y a toda su demagogia, nos generó una enorme simpatía y respeto entre la población, y de alguna manera muchos se sintieron identificados con esta acción, que ridiculizaba y castigaba a un gobierno que hizo caer todas las plagas de Egipto sobre su pueblo, plagas que no vuelvo a enumerar porque todos las sufrimos en carne propia.

Las cosas no terminaron ahí, sin embargo. A ambos examigos les esperaban más plagas. O solo una, pero bíblica: en 1992, el golpe de Estado de Alberto Fujimori los devolvería a ambos por igual a la categoría de prófugos.

El mismo día del golpe, una patrulla militar rodeó la casa de Alan, que logró escapar cruzando por los techos y se asiló, como había hecho Haya de la Torre, en la embajada colombiana. A diferencia del Jefe, él sí consiguió un salvoconducto para abandonar el país.

Polay cayó un par de meses después, en junio. Fue encerrado primero en la cárcel de Yanamayo y, a continuación, en la inexpugnable Base Naval del Callao, una prisión militar con menos de una decena de presos y sistemas extremos de aislamiento. Desde entonces, solo ha recibido de manera regular las visitas de su pareja y su hermana Otilia. Tras varias revisiones de pena, su condena quedó fijada en treinta y cinco años, que se cumplirán en 2026.

Indestructible, Alan García volvió al Perú en el siglo XXI, y a la presidencia del país, en 2006. Esa vez, su gobierno fue bien recibido por la derecha. Y, a partir de entonces, se convirtió en socio parlamentario del fujimorismo. Se repetía la historia del APRA con el partido de Odría.

Quizá no haya otra manera de hacer política: la democracia es pacto, y crea extraños compañeros de cama. Tal vez la fidelidad a una única idea sea solo el camino más seguro hacia la cárcel.

Desde el poder, Alan nunca mejoró las condiciones de encierro de su antiguo compañero. Pero en la intimidad del partido, entre quienes echaban de menos el pasado revolucionario, siempre fingió que lo haría. Al respecto, Otilia Polay recuerda una significativa anécdota, casi al final de su segunda presidencia:

—Mi mamá asistió a un acto del partido y se encontró con el presidente. Él la vio y, enfrente de todo el mundo, le dijo de pasada: «Dígale al compañero que dentro de poco...». No dijo más. Sus palabras dejaron a todos pensando que indultaría a mi hermano o, por lo menos, que le concedería un régimen más benigno. Nada de eso ocurrió. Alan decía lo que querías escuchar. O lo sugería. Pero no hacía nada sin recibir algo a cambio.

En sus *Metamemorias*, Alan cita un adagio árabe: «Párate en la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo». Víctor Polay se sentó en su



celda. Y lo vio pasar. Hasta el día mismo en que el expresidente se suicidó, el 17 de abril de 2019, nadie habría pensado que él moriría antes que Polay.

Hoy, desde su encierro, el viejo subversivo intenta dar forma a su propio libro de memorias. Repasa episodios. Apunta nombres perdidos en algún rincón entre la clandestinidad y el olvido. No es un escritor. Le cuesta desenterrar la humanidad entre su propio lenguaje izquierdista, cargado de siglas y abstracciones. Y, por cierto, tampoco le será fácil encontrar editor.

Como parte de su investigación, o acaso solo por curiosidad, ha leído vorazmente el libro póstumo de Alan; un relato del que, a pesar de sus años de convivencia con el autor, Polay ha sido cuidadosamente eliminado.

Para el otrora comandante Rolando, el expresidente acomoda a conveniencia los detalles de su pasado. Y su escrupuloso borrado no es el único ejemplo. Los hay incluso en lo anecdótico.

Por ejemplo, García escribe que conoció en un supermercado al histórico mandatario argentino Juan Domingo Perón, cuando este vivía exiliado en Madrid, y lo visitó dos veces en su casa, la famosa Quinta 17 de Octubre.

Según Víctor, las cosas fueron en realidad muy diferentes:

«Todos los días caminábamos por el exclusivo Barrio Puerta de Hierro, donde vivió Juan Domingo Perón. Un día, pasando por ahí, fuimos de curiosos a ver su casa, pero no pudimos acercarnos porque estaba rodeada de policías y patrulleros, además de una cola de argentinos que querían reunirse con su líder».

Otilia Polay admite que la historia de Perón enfadó especialmente a su hermano.

Y añade un argumento a su favor que parece irrefutable.

—Si lo piensas bien, es difícil de creer que Perón hiciese en persona las compras del supermercado...

## **Ha vuelto: mayo-junio de 2006**

Marco Sifuentes

«¡Sea aquí la sabiduría! Quien tenga entendimiento, que calcule el número de la bestia, pues es el número de un hombre y la cifra es seiscientos sesenta y seis».

*Apocalipsis, 13:18*

Sin darle tregua a su cuy chactado, Alan García me advirtió con la mirada de que algo iba a suceder. Las cejas se le habían arqueado a lo Jack Nicholson, como solía suceder cuando planeaba una maldad. Una maldad inofensiva, claro. Una que pudiera —que disfrutara— lucir ante los ocho periodistas que lo acompañábamos en esa chatarra voladora.

Volvíamos de un mitin en Andahuaylas. Los apristas del lugar le habían regalado una docena de cuyes preparados al estilo de la zona, y Alan los había repartido en pleno vuelo. La avioneta particular que nos llevaba de regreso a Lima era tan pequeña que apenas entrábamos una decena de pasajeros: solo reporteros gráficos —lo que importaba eran las imágenes—, además del candidato y su inseparable Jorge del Castillo. Una combi voladora.

Me senté delante del candidato, frente a frente, muy pegados. Por eso me eligió como cómplice de su mirada socarrona cuando se dio cuenta de que Del Castillo —solapa nomás— evitaba tocar el plato de fondo y prefería

entretenerse con la papa y el tamal de guarnición. En cambio, Alan ya había engullido la mitad del roedor.

—¡Compañero Del Castillo, cómo se ha aburguesado usted! —levantó de pronto la voz por encima de los esforzados motores—. ¿No se va a comer su cuy?

El congresista murmuró alguna excusa que se perdió bajo los borborismos de la avioneta. El candidato continuó con el *bullying*. Qué es esto. Qué limeñito. Qué roche. Todos reían. Incluido yo, que sudaba frío, tratando de ocultar que venía haciendo las mismas fintas que Del Castillo. Entonces, Alan me volvió a mirar. Yo lo miré. Sonriendo, sus cejas arqueadas señalaron mi cuy invicto. Oh, no.

—¡El secreto del sabor está en el pellejo! —gritó, como si siguiera lorneando a Del Castillo.

Pero era una clara advertencia. Para mí.

Debo decir que la rata no estuvo nada mal.

\*

Después, Alan repetiría el plato. Quiero decir, el cuy. Y también quiero decir la presidencia de la República del Perú. Yo estaba allí para ser testigo de ambos festines.

Era mayo de 2006 y mi trabajo como videoreportero consistía en cubrir los últimos treinta días de campaña aprista justo antes de una victoria que todos asumíamos segura. El candidato rival, Ollanta Humala, pertenecía sin rubor a la órbita del dictador venezolano Hugo Chávez, cuyo régimen era —para mayor ironía— una reedición contemporánea del primer gobierno de García: inflación, escasez, colas, especulación y colapso general, todo sazonado por una inflamante verborrea antiimperialista. Tener que optar

entre El Alan de los Ochenta Versión Caribeña y El Alan que Aseguraba Haber Aprendido de sus Errores, no parecía mayor dilema para una mayoría de peruanos: a inicios de mayo, las encuestas le daban más de diez puntos de ventaja.

Eso significa que el Alan que yo seguiría en esos treinta días sería un Alan en la cumbre de su ego colosal, más seguro de sí mismo que nunca, a punto de alcanzar el delirante sueño de volver a ser querido por un país que durante una década había escupido al pronunciar su nombre, una nación que se refería a él como el Reo Contumaz, como el Caballo Loco, como el Anticristo. Ya nunca más sería ese hombre que, durante los años noventa, era la respuesta fija a la pregunta: «¿Qué persona viva le parece despreciable?», en el *test* de Proust de *Somos*. Ese hombre sería olvidado, reemplazado por otro, sensato y seductor, uno por el que un 57 % de peruanos estaba dispuesto a coger un lapicero, ver su rostro en la cédula y decidir que sí, que este señor merecía volver a un Palacio que había abandonado dieciséis años antes entre pifias y abucheos. Que no solo pasaría a la Historia como el Peor Presidente del Siglo XX. Que se había ganado el derecho a ser otra cosa. A ser, ante la posteridad, algo más.

Era claro que esa inminencia del poder lo energizaba, lo elevaba a su máximo nivel, le otorgaba dominio absoluto de todas sus habilidades sobrenaturales, de esa maquiavélica capacidad de convertir a aliados y adversarios en piezas de ajedrez y de esa diabólica elocuencia que, en cada aparición televisiva, hacía exclamar a las respetables damas miraflores:

—¡Cambia de canal, que ahorita me convence!

Y yo tendría que vivir treinta días bajo su influjo directo.

Mi misión: un breve reportaje diario con sus actividades de campaña para *La Ventana Indiscreta*, un programa político nocturno que entonces se transmitía de lunes a viernes.

Era un encargo complicado por varios motivos. Humala me causaba quizás aún más reparos que a muchos peruanos. De primera mano, además: yo había hecho los primeros reportajes sobre su familia y la de su esposa (las semillas de lo que años después sería *H&H*) y mi novia de esos años acababa de pasar una temporada en Madre Mía, rastreando a sus víctimas. Acababa de abrir un blog, *El útero de Marita*, para contar el detrás de cámaras de mis reportajes, y se me había llenado de *trolls* izquierdistas, ilusionados con la proximidad de un gobierno afín y enojados con la información crítica. Y, aun así, a pesar de todo eso, me parecía que la cobertura desequilibrada —ya era un linchamiento mediático— que estaba sufriendo Humala no solo no era periodística, sino que terminaría jugando a su favor. Lo justo, lo correcto, lo inteligente, era ser igual de severo con García. Pero no me encontraba en el mejor espacio para serlo.

Con los años, *La Ventana* se había derechizado, siguiendo el derrotero ideológico de su directora, Cecilia Valenzuela. En la primera vuelta, el programa —como la casi absoluta mayoría de medios— apostó todas sus fichas por Lourdes Flores, candidata del Partido Popular Cristiano (PPC) y preferida del empresariado (su vicepresidente, su publicista y algunos de sus candidatos al Congreso habían sido «prestados» por el Grupo Romero).

Con frialdad de francotirador, García dedicó los primeros meses del año a demoler a Lourdes. Su lógica era sencilla: sería mucho más difícil enfrentarla en un *ballotage*, por lo que debía anularla desde el saque. La bautizó como «candidata de los ricos» y no hubo vuelta atrás. Como ya había ocurrido cinco años antes, Alan se volvió a interponer entre ella y la presidencia.

—No habrá tercera oportunidad, ja, ja, ja —dijo, malévolamente, ante mi cámara.

Fue el 4 de mayo. En la víspera —después de veinticuatro días de negación—, Lourdes Flores había salido a admitir, por fin, su derrota.

—Con la percepción de que mi eliminación se ha labrado en las mesas, no en las urnas —dijo, con los ojos hinchados, aludiendo a la leyenda urbana que les atribuía una eficiencia ladina a los personeros apristas.

Así que ese 4 de mayo —justo en mi cumpleaños— se inició oficialmente la segunda vuelta y mi cobertura de la campaña alanista con miras a la elección, exactamente un mes después, el 4 de junio. En un gesto simbólico, la única actividad de Alan en esa jornada inicial consistió en reunirse con Valentín Paniagua, expresidente como él, que había postulado en la primera vuelta por Acción Popular, un partido de centro. En las últimas tres semanas, García había rehuido las insinuaciones del *establishment* económico de establecer una alianza «democrática» de cogobierno con el PPC.

—Yo no seré quien encabece una coalición del 70 % contra el 30 % —dijo García, refiriéndose a la votación por Humala—, constituido fundamentalmente por los más pobres de nuestra patria.

No quería caer en su propia trampa: transformarse él en el «candidato de los ricos». Por eso rechazó el abrazo del oso de la derecha y —apenas se oficializó su condición de candidato aún en carrera— fue a fotografiarse agachándose, casi una reverencia, para estrechar la mano de ese símbolo de la equidistancia que era Valentín Paniagua.

*La Ventana Indiscreta* se emitía a las once de la noche, después de los noticieros de las diez. Esa era otra de las razones por las que mi encargo periodístico era complicado: ¿por qué los televidentes querían soplarle el mismo reportaje que ya habían visto una hora antes? Iba a tener que

ofrecerles algo distinto, siempre. No se me ocurrió, entonces, mejor salida que acercarme a García con una broma tonta sobre la breve estatura de Paniagua. Le estaba colocando la pelota, a ver qué hacía. Buscaba medir las reacciones de la persona que tendría que seguir durante un mes. Por supuesto, a diferencia de tantos políticos que había entrevistado, García no se iba a limitar simplemente a seguir la broma. Él tenía que lucirse. Él tenía que convertir todos los centros en goles.

—Simón Bolívar... Napoleón... —hizo pausas entre nombre y nombre, saboreando su propia rimbombancia— y muchísimas personalidades no necesitaron de gran estatura física para hacer cosas grandes por sus patrias.

Y se fue. No tuve más opción que cerrar mi primer reportaje sobre su campaña con esa elegante salida decimonónica. Alan quedó lindo. Chévere tu severidad periodística, Sifuentes.

\*

Los días siguientes se transformaron pronto en rutina. Noche tras noche me quedaba hasta la madrugada en el canal, así que —juventud, divino tesoro— solía despertar a las nueve, caminaba media cuadra al Vivanda, compraba una botella helada de jugo de naranja recién exprimido, volvía a mi covacha de soltero veinteañero, tomaba un sorbo del jugo, rellenaba la botella con un pequeño chorrito de vodka, agitaba, cogía mi cámara y salía a tomar el primer taxi rumbo al local de campaña de Alan.

Primera sorpresa: el cuartel general de García no quedaba en la Casa del Pueblo. No es secreto que consideraba poco menos que parásitos a los militantes que rondaban la histórica sede aprista. Además, la derruida edificación de Breña no era lugar para recibir visitas de empresarios y dignatarios. Por tanto, se había alquilado una casa sanisidrina de dos pisos

con una ubicación inmejorable: la cuadra 38 de Paseo de la República, a diez metros de Radio Programas del Perú.

Allí, García también había construido su propia rutina. Empezaba a las siete de la mañana, visitando —por ejemplo— a los pescadores del terminal de Chorrillos, continuaba a las diez con un grupo de mototaxistas en el Rímac, volvía a su local de campaña, recibía a un par de invitados al mediodía y concluía todo a la hora de almuerzo, cuando la prensa ya había saciado su hambre de imágenes. Entonces, José Chirito, su jefe de prensa, nos advertía que, a partir de ese momento, «el doctor» solo tendría actividades privadas. Y adiós.

(A veces García tenía eventos públicos de noche, pero no solía ser nada muy televisable: una charla ante empresarios en el Swissôtel o un pequeño mitin relámpago con simpatizantes de un distrito. A esa hora ya no ofrecía declaraciones políticas. A menos que fuesen bombásticas, era demasiado tarde como para que los noticieros nocturnos y los diarios del día siguiente le dieran el espacio que se merecía. Así que ya no valía la pena. Eso estaba calculado).

Pero yo no estaba allí solo para cubrir su rutina oficial. *La Ventana* tenía que mantener el filo político. Eso significaba mostrar el *backstage*.

Para los personajes más modestos y menos mediáticos no era difícil pasar desapercibidos, evitar las cámaras con las que, durante toda la mañana, grabábamos a todo el que entrara o saliera por la puerta principal. Para ellos, era cuestión de llegar a pie, coordinar con la gente de dentro y que les abrieran la puerta falsa, la que estaba incorporada en el frontis del garage. Al que más recuerdo transitando esa ruta es a Alfredo Marcos, entonces caricaturista principal de *La República* y uno de los tantos hinchas que Alan tenía en la prensa. Una vez lo vi esperar casi una hora, angustiado, agitado, soleándose en la calle, mientras autorizaban su acceso. Prefería eso



a arriesgarse a aparecer en los noticieros. Lo reconocí y me acerqué a él. Le tenía confianza: hice la finta de encender mi cámara, él se rio y me pidió que no le haga mucha luz. No se la hice. Pero no tuve la misma deferencia con otros en su situación.

Para sorpresa de nadie, eso también estaba previsto por la campaña de García. Porque había, por supuesto, otro tipo de visitantes. Los que ninguna cámara podría captar. Eran los que entraban directamente a la cochera del local. Algunos de ellos, en sus propios autos. Los más especiales, llevados por la mismísima camioneta del candidato. Casi nunca nos enterábamos de quiénes eran. Quizá uno de ellos fue Jorge Barata. Ahora sabemos que el mandamás de Odebrecht visitó a García, en esas épocas, en ese local, llevándole loncheras llenas de dinero. Se me ocurre que Barata puede haber sido uno de los que empleó este mecanismo.

Con todo esto quiero decir que la campaña de García podía jactarse de controlar, con muy buen grado de precisión, lo que aparecía en medios. No se iban a dar el lujo de caer en la rutina.

\*

Tanto Angélica Valdés como Fiorella Sifuentes, entonces reporteras de América y ATV, respectivamente, recuerdan haber seguido la camioneta de Alan después de que Chirito les dijera que ya no había nada.

—Ya, váyanse nomás, está yendo a almorzar donde su mamá.

En ambas oportunidades, las reporteras no tenían material suficiente para armar sus notas, así que no hicieron caso. Fiorella incluso lo siguió hasta una casa, a la que entró Alan con su fotógrafo y camarógrafos de campaña. Decidió hacerle la guardia.

—Uffff, se volvieron locos —recuerda.

Asesor tras asesor intentaron disuadirla de seguir allí plantada. Chirito insistía en que se trataba de un asunto familiar y que más tarde habría una actividad pública, reportable, para que ella pudiera sacar algo en su noticiario. Aun así, se quedó un rato más. No pasó nada y se fue. Meses después, Fiorella se enteraría, de primera mano, de que se trataba del primer cumpleaños de Federico Danton, el hijo que García mantendría oculto hasta poco después de asumir la presidencia.

Todo esto ocurrió durante la primera vuelta. Para cuando llegué, en la segunda, la dinámica con la prensa estaba afiatada y se había establecido una rutina predecible para los días en los que García no salía de Lima. José Chirito —un recorrido colega huachano que había colaborado casi veinte años con *La República*— tenía la calle suficiente como para asegurarse de que dejemos tranquilo al candidato a cambio de armarnos una agenda muy noticable. Esto iba en contra de mis ímpetus de balance periodístico, pero el costo-beneficio de emprender una persecución a ciegas —¿qué iba a encontrar?, ¿un almuerzo?, ¿con quién?, ¿y si no era nada noticiable?, ¿a cambio de pelear con la campaña y con mi jefa?, ¿de perderme el resto de la cobertura?— no se sostenía. Ya suficiente tenía con las miradas suspicaces del candidato.

—¡Allí está la ventanita humalista! —decía Alan, cuando veía aparecer mi cámara.

Jamás dio señales de haberse aprendido mi nombre, pero sí de que había visto mis notas. Era lo normal. El tipo trataba de leer todos los periódicos y de ver todos los noticieros. Y, sobre todo, estaba muy al tanto de qué medios —nacionales y extranjeros—, lo «querían» y cuáles no. Y ya sabía por dónde iba este reportero de *La Ventana*.

Lo más grave para García, imagino, es que podía ver cómo su distancia sobre Humala en las encuestas se iba acortando día a día. No cayó en el

error de culpar de eso a la prensa —que, por lo demás, se había entregado con fervor a la demolición del nacionalista—, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de fustigar al responsable de una cobertura poco halagadora. A pesar de eso, Chirito nunca perdió las formas. Solo un par de veces, cuando consideró que se me había pasado la mano, se puso tensa la relación, pero siempre con mucha cortesía.

El otro policía bueno en esa campaña era Ricardo Pinedo, el asistente personal de García. Su apariencia de contador y sus maneras afables te hacían olvidar su cercanía con el entorno de Agustín Mantilla, siniestro aprista condenado por corrupción y acusado de violación a los derechos humanos. Pinedo tenía cuarenta y pocos, además de una actitud accesible, y quizás por eso podía establecer cierta complicidad con los jóvenes reporteros, al menos conmigo. A diferencia de otros, su lugar privilegiado junto a García no lo había llenado de soberbia, sino de deslumbramiento.

—Pinedo lo admiraba demasiado —recuerda Carlos Fonseca, asignado a la cobertura aprista por Canal N—. Alan era su dios.

Años después, cuando su dios decidió suicidarse, Pinedo sería el elegido para custodiar y revelar al mundo su carta de despedida.

\*

Después de la muerte de García, el principal colaborador de la justicia fue Luis Nava, su mano derecha. Dentro del partido, su nombre se convertiría en sinónimo de traición. Pero en el año 2006, él y García eran uña y mugre. Inseparables, aprovechaban cualquier respiro de la campaña para coordinar a solas. Ambos no solo compartían secretos, sino también la misma coartada. En los noventa, Nava había estado preso por la estafa de Mutual Perú, la cooperativa estatal. Su versión de la historia, que le permitió

reciclarse en este nuevo siglo, utilizaba un argumento de inocencia idéntico al de García: patrañas de la persecución fujimorista.

Más que un secretario, Nava parecía verse a sí mismo como un asesor político de García. En realidad, era más bien un *micromanager*. Pretendía controlar desde el acceso de la prensa a las fotografías oficiales de campaña hasta el vaso de cerveza que Alan se secaba —para jolgorio de la concurrencia— al finalizar cada mitin. Era el único que acompañaba al candidato en su camioneta, siempre con su inseparable maletín de cuero negro.

—¿Y qué tanto lleva Nava allí, ah? —preguntó Angélica a un colaborador de la campaña.

—Allí va la comida del Jefe —le respondieron—. Y chocolate cusqueño.

Sería paradójico: usar un maletín para llevar la comida y una lonchera para guardar el dinero.

Pequeño, redondo y siempre ceñudo, Nava configuraba un dúo llamativo con su jefe alto, aún espigado y sonriente como buen candidato. Solía ponerse rojo bajo el sol de ese mayo inclemente, pero incluso más colorado que él era su hijo, José Antonio. Si su padre ya se daba ciertos aires, el joven Nava la pegaba aún más de bacán, mangoneando a los miembros de seguridad, supervisando los recorridos con la camisa remangada y lentes oscuros. Nadie entendía muy bien su rol en la campaña. Ya durante el gobierno aprista, su empresa, Transportes Don Reyna, se vería involucrada en los escándalos de los Sánchez Paredes, los Petroaudios y Odebrecht. Todos entenderíamos entonces.

Había un personaje aún más desagradable también inspeccionando las actividades proselitistas: Hernán Garrido Lecca. Lo que más recuerdo de él son sus chistes sexuales fuera de lugar y una actitud... hay un adjetivo que

me parece remilgado y hasta huachafo, pero mi memoria insiste en usarlo: una actitud vulgar.

—Medio gangsteril —dice Fonseca—. Una vez le pedí entrevistar a Alan y me miró y me dijo «ya, pero qué recibo a cambio». Así, todo matón.

Garrido Lecca era el jefe de campaña. Debe haber sido un auténtico pulpo. Había conseguido avionetas particulares —otra vez saltaba el nombre del Grupo Romero— para trasladar al candidato allá donde los vuelos comerciales no llegaban. A veces, como pasó en Piura, en un solo día García podía realizar un mitin y, además, sostener tres o cuatro encuentros con simpatizantes en distintas ciudades cercanas. Garrido Lecca tenía dos celulares con los que parecía monitorear el Perú entero; casi nunca se movía de Lima. Para operar *in situ*, en el resto del país, estaba Carlos Arana, otro personaje cercano a Mantilla. Y cerca de él, la fuerza de choque del partido, los compañeros encargados de mantener la disciplina: los búfalos.

Esta corte repulsiva reforzaba mi juramento privado de mantenerme crítico con el candidato favorito de *La Ventana*. Por desgracia, mi mayor obstáculo en el camino de la independencia político-periodística era García mismo.

\*

No creo que exista alguien que pueda haber permanecido indiferente al verlo en acción, en persona, en *modo mitin*. Antes de que lo presentaran ante el público, que lo aguardaba en medio del clamor de vítores incesantes, García solía permanecer pensativo, si podía, lejos de las miradas, sentado, solo, concentrado como un boxeador. A veces sacaba del bolsillo un papelito en el que había anotado una breve ayuda memoria con datos

pertinentes de la localidad que estábamos visitando. Me aliviaba saber que él, como yo en mis entrevistas, también necesitaba un plagio. Lo sostenía con una mano temblorosa, un detalle de su salud que ningún periodista — incluido este cronista— reveló jamás al público. Era un temblor muy notorio, que solo le vi antes de los mítines, casi como síntoma de la tremenda batahola interior que lo poseía en esos momentos.

No voy a insistir aquí en la capacidad oratoria de Alan García ni voy a tratar de reconstruir alguna de sus *performances*. Basta decir que cada una era como una sesión de jazz en la que existe una estructura de acordes previa sobre la que se improvisa, manejando las energías del público, incorporando los aplausos como parte del ritmo, expresando también lo que el solista lleva dentro. En ocasiones, llevado por su propia melodía, Alan recurría a referencias culturales o políticas muy personales, casi guiños, que el público no captaba, pero cuyo virtuosismo apreciaba. Era una forma de decir: yo soy el más preparado. Esporádica y casualmente, como si los conociera de toda la vida, introducía aquí y allá, sin desentonar, los datos que acababa de absorber del papelito tembloroso. Era una forma de decir: yo conozco tus problemas. Casi nunca mencionaba por su nombre a Hugo Chávez, mucho menos a Humala, solo aludía a aquellos que amenazaban con regresarnos a la escasez, al autoritarismo, al pasado. Era una forma de decir: no hay más opción que yo, soy inevitable, soy tu futuro.

García exigía una escucha atenta de su recital. Si alguien se atrevía a hablar en el estrado, o incluso en el público, García le cerraba la boca con gestos o, si lo ignoraban, interrumpía todo hasta que el imprudente se callara.

—Al doctor no le gusta que interrumpan su sesión de hipnotismo — decía Chirito, riéndose.

En el evento infrecuente de que Pilar Nores, su esposa, lo estuviese acompañando, ella también se encargaba de que nada distrajera al candidato. Callaba gente, daba órdenes y, si era necesario, ella misma cogía el cable de su micrófono para que su marido no tropezara.

El estrado siempre estaba cruzado por un cartel enorme con el eslogan para esa segunda vuelta, cuya paternidad se le atribuía al candidato mismo: el «Cambio Responsable». Pocas veces se dijo tanto con dos palabras: él iba a conservar la equidistancia entre Humala, el cambio radical, y Lourdes, la continuidad irresponsable. Su atuendo habitual para los mítines sintonizaba con el lema: un saco de terno, pero sin corbata y con camisa de manga corta. El antebrazo desnudo que asomaba era una forma de mantener su imagen alejada —pero no tanto— de la formalidad de las elites limeñas.

Si hacía calor aparecía sin saco —una camisa celeste o un polo rojo— y, entonces, podía dejarse llevar por la música. Intentaba controlar sus bailes desde que, en la primera vuelta, unas cámaras lo habían captado en el Callao ensayando unos pasos extravagantes y cogiéndose los pechos, una danza que la prensa bautizó como «El Teteo». A pesar de la burla, García siguió bailando. Su *soundtrack* de campaña fue otra de sus elecciones personales: *La vida es un carnaval*, de Celia Cruz. Solía corear con el público su parte favorita:

*Para aquellos que se quejan tanto*

*¡Bua!*

*Para aquellos que solo critican*

*¡Bua!*

En cada «¡Bua!» estiraba el brazo y movía las manos como expulsando de la plaza a aquellos que se quejaban y criticaban. Luego, se secaba un vaso de cerveza. La gente deliraba. Después, venían las clásicas señas

apristas del pañuelo y la paloma, ambos blancos. La paloma estaba amaestrada para posarse sobre él, generando un momento mágico para el público, que se iba a su casa pensando que habían estado delante de un elegido. A veces hasta yo pensaba lo mismo.

\*

Un día, en medio de la multitud, Fiorella perdió de vista a su camarógrafo. Todo el mundo corría de un lado a otro y ella no podía ubicar a nadie. Era una zona sin cobertura. Estaba entrando en desesperación cuando una camioneta negra con lunas polarizadas frenó en seco delante de ella y un miembro de seguridad aprista, que ella conocía, la hizo subir. Entró al automóvil, arrancaron y el copiloto se volteó hacia ella a preguntarle:

—¿Qué pasó? ¿Se perdió?

Era Alan. Se abrieron paso por la ciudad y el carro cogió la Panamericana a más de cien por hora. Fiorella no había terminado de explicar su situación cuando el auto dio un pequeño salto. Habían atropellado a un perro.

—¡Es usted un hijo de puta! —gritó García—. Pare inmediatamente. ¿Cómo se le ocurre seguir avanzando después de matar a un animal?

El candidato bajó, miró al perro muerto un rato, como meditando sobre la fragilidad de la vida o pidiéndole perdón al espíritu del animal, y regresó al auto sin decir ninguna palabra.

Tenía momentos así. «Humanos», decimos los periodistas, que pocas veces atestiguamos algo que nos separe de las otras especies.

\*



Otro día, le confesó a Angélica:

—Soy consciente de que mi primer gobierno le hizo mucho daño a la gente —Angélica no olvida que la palabra específica fue «daño»—. No fue ex profeso, por supuesto. Y ahora vivo obsesionado. Tengo que pasar a la historia como el mejor presidente del Perú.

Si alguien le interesaba, era capaz de recordar detalles muy concretos de esa persona. Sobre todo, con las reporteras, preguntaba por su familia y, en particular, por sus parejas.

—Me tocó en algunos viajes estar a solas con él —recuerda Fiorella— y cuando me acercaba para hacerle una entrevista, me coqueteaba. Justo cuando sabía que no había testigos.

A Angélica le preguntó si estaba casada o si tenía un pretendiente. Ella le habló de su novio, un piloto de la FAP. Él se rio, le aseguró que estaba perdiendo su tiempo.

—Escucha el consejo de un viejo —le dijo, acercándosele—: Qué aburrida es la fidelidad.

\*

El trato con los hombres era distinto. Fonseca recuerda haberlo escuchado «panudearse de su hombría», con el pecho inflado. En mi caso, debe haber notado mi interés por su historia política, porque, para matar el tiempo rumbo a Lima, contaba anécdotas de su primer gobierno, o incluso anteriores. La más memorable se remontaba a 1980, cuando Armando Villanueva era candidato del partido y García, su secretario de organización. La izquierda era muy dura entonces, dijo Alan. Cuando Armando iba a visitar un pueblo, yo llegaba un día antes con un par de compañeros de mi tamaño, nos averiguábamos quién era el líder, el más pleitista, y en la

noche, cuando ya estaba con su mujer y sus hijos, le íbamos a tocar la puerta de su casa. Abría y nos veía a los tres, recordaba Alan, burlón, imitando a un pobre tipo que miraba hacia arriba, amedrentado.

—¿Usted es Fulano de Tal?

—Sí, soy yo.

—Buenas noches. Permítanos presentarnos. Somos del Partido Aprista. Le traemos el saludo del compañero Armando Villanueva del Campo, que mañana va a dar un mitin aquí. Solo queríamos asegurarnos de que no fuera a haber ningún problema.

—Claro, claro.

García imitaba al dirigente izquierdista mirando hacia arriba, con cara de terror. Todos nos reíamos.

—Quedaban seditas —remataba, arqueando las cejas.

\*

García podía ser muy campechano y divertido, pero también aprendí que si querías hacerle preguntas incómodas, lo mejor era ingeniártelas para estar a solas con él. De lo contrario, si las realizabas en presencia de los otros reporteros, lo más probable era que se pusiera gallito y todo terminara en *show*. Incluso, en patanería. Delante de todos, su ego no soportaba la sensación de que querías humillarlo; en cambio, a solas, no resistía la tentación de enfrascarse en una esgrima retórica. Entonces era capaz de responder con altura a exactamente las mismas interrogantes que no aguantaba en público. Incluso, hasta podía tolerar que lo refutes.

Pero ni siquiera en privado aceptaba insinuaciones sobre su estado mental. Una vez, subiendo unas largas escaleras en un cerro en Lima, Fiorella le preguntó:

—¿Se siente mal? Lo he visto tomar una pastilla.

—No, no, no —respondió, hoscamente.

—No tiene nada de malo, yo también me he cansado subiendo.

García se rio, sin mirarla ni responder. Se había sentido atacado. Lo peor es que ella pensó que eran medicinas para la presión y no lo que seguramente, llevado por ciertos reportes periodísticos, el lector supone: algún tipo de tratamiento psiquiátrico.

El caso es que García no podía permitirse ni siquiera el más ligero atisbo de fragilidad. Conocía el ángulo para que su papada no destaque en las fotografías. Si le invitaban almuerzo en algún pueblo y tenía que engullirlo ante cámaras, se tapaba la boca para que no lo grabáramos. En incontables lugares tenía que congelar la sonrisa y hacerse el que no pasaba nada cuando alguna autoridad muy solícita se acercaba a regalarle un diploma — o lo que sea con su nombre inscrito— para «Alan Damián García Pérez». Sí, Damián, como el de *La Profecía*, chapa inmortal forjada por el cómico Carlos Álvarez en referencia al Anticristo que había desatado el *Aprocalipsis* de los años ochenta. Mucha gente, incluso hoy, cree que ese fue su verdadero y profético nombre.

Nunca sabremos cuánto lo perturbaba que lo asocien con el demonio. Aunque parezca delirante, el candidato era muy, muy supersticioso. Evitaba cualquier mención a la muerte, especialmente antes de abordar un avión. Y sí, creía en Satanás. Una vez, recordando sus nueve años fuera del Perú, me confesó que había encontrado consuelo en Dios.

—Me decía a mí mismo: «Estos eran los designios de Dios. En ningún momento voy a hacer un pacto demoníaco para que me libre de esto...».

No sé qué cara habré puesto, porque agregó con total seriedad:

—Hay gente que sí lo hace, no es una broma. Gente que, en vez de implorar a Dios, dice «Dios no me hace caso, entonces que venga el Diablo

y le entrego mi alma».

Cuando decidió suicidarse, García cogió un enorme crucifijo, de casi un metro de alto. Fue lo único a lo que se aferró antes de disparar.

\*

El 23 de mayo de 2006, Alan cumplió cincuenta y siete años. Llevábamos ya diecinueve días juntos. No recuerdo en qué parte del Perú estábamos, pero sí que, al finalizar el mitin de ese día, miles de simpatizantes le cantaron *Happy Birthday*. ¿Fue en Casa Grande? Quizá. Ese bastión trujillano, histórico, del aprismo auroral, sindicalista y martirizado enloqueció con el candidato. García se retrasó tres horas y aun así no dejaban de llegar más y más personas. Cuando apareció el candidato se encontró con un mar de gente vibrando, un oleaje humano incontenible que reventaba en el estrado, a sus pies. Yo no había visto nada igual. Fue el último cartucho de lo que hasta entonces se conocía como «el sólido norte». Desde entonces, todo ha sido cuesta abajo para el Apra, allí y en el resto del Perú. Nunca más, en ningún lugar del mundo, el aprismo volverá a generar un fervor semejante.

\*

El sur era distinto. La votación por Humala allí era casi absoluta. García intentó reforzar su presencia en esa zona, sobre todo en el eje Puno-Cusco-Arequipa, pero no parecía funcionarle. En esa última semana de mayo la distancia entre ambos candidatos se venía reduciendo de forma dramática. Todos andaban crispados.

Apenas llegamos al Cusco, un par de días después de su cumpleaños, los humalistas emboscaron a la caravana a piedrazos. Luego la cosa transcurrió con normalidad hasta las tres de la tarde, cuando Alan improvisó un mitin desde una ventana del hotel Savoy, su alojamiento en Cusco. Entonces Sonia Quispillo, una militante nacionalista de gran puntería, lanzó un par de huevos que impactaron en la cabeza del candidato. Los búfalos interceptaron a Sonia y la golpearon hasta mandarla al hospital. Cuando García se fue al aeropuerto, un grupo de apristas fue a buscar a los nacionalistas y los agarraron a balazos. Una docena de humalistas terminó con heridas de bala, dos de ellos graves, con riesgo de discapacidad permanente.

La versión oficial de la campaña aprista, ofrecida por Jorge del Castillo, aseguraba que los emboscados a balazos habían sido ellos, pero mi propio testimonio lo desmentía, así como los médicos con los que hablé y el parte policial que conseguí. Persistí con el caso unos cuantos días para molestia explícita de mi programa y del candidato (que, sospecho, debe haber llamado a quejarse). El incidente y las mentiras con las que quisieron cubrirlo solo sirvieron para disminuir aún más la popularidad del candidato en los andes sureños. Al final, dos de cada tres peruanos de esa zona votarían por Humala.

\*

La distancia seguía acortándose día tras día. Al final, los 14 puntos de diferencia iniciales terminarán convertidos en solo 4 el día de las elecciones. Por un momento, parecía que Humala podría alcanzar el empate. García arremetió con un combo populista: si el próximo Congreso no aprobaba la pena de muerte para violadores, él lo iba a disolver.

—¿De qué forma cerrar un Congreso ahora sería diferente a cerrarlo en 1992? —le pregunté.

—Oh, yo no doy un golpe de Estado para quedarme en el poder. La Constitución establece que usted puede...

—Más allá de las formas, el fondo. En el fondo usted le está diciendo al Congreso que, si no le hace caso, chau.

—No. Les digo: «Si este Congreso no hace caso a los cambios que debe hacer a partir de él mismo, chau».

El temor a Humala era tal que a nadie parecía hacerle ruido que el pretendido candidato de los sectores democráticos tuviera como caballito de batalla el cierre del Legislativo. A finales de mayo, el mismo Mario Vargas Llosa, que lo había combatido en los ochenta, afirmó que, frente al candidato chavista, García era «el mal menor si uno quiere que la democracia sobreviva».

Alan no rechazó el gesto en público —que le convenía—, pero sí se picó con el epíteto.

—Yo no quiero que en mi tumba diga: «Aquí yace el mal menor».

\*

En la recta final de la campaña, como si fuera un último recurso, apareció Vladimiro Montesinos, que llevaba cinco años preso en el penal de máxima seguridad de la Base Naval. El exasesor grabó una declaración contra Humala en la cual afirmaba que el levantamiento nacionalista de Locumba había sido una «farsa» orquestada por él mismo. El audio fue distribuido por varios medios en la última semana electoral.

Lo insólito es que en los predios apristas ya se rumoreaba la aparición de este anuncio. Yo no podía olvidar que solo pocos años antes mi jefa había

denunciado los acercamientos de Montesinos y García a fines de 2000, en el breve período en el que ambos estuvieron prófugos al mismo tiempo. Y, ahora, este conveniente audio me resultaba demasiado sospechoso por un detalle extra: Montesinos contaba que Humala había participado en la campaña de la segunda reelección de Fujimori, reclutando personeros. Lo extraño es que García había estado declarando lo mismo en los últimos días. Que Humala sirvió a Fujimori, que le puso personeros, etc. Idéntico. Exacto. ¿De dónde sacó ese dato que solo se conoció en esos días, gracias a Montesinos?

Por si fuera poco, el Frente Social del Apra —una etiqueta para acoger a políticos no apristas— estaba lleno de personajes a quienes se les había vinculado con Fujimori y Montesinos: desde Enrique Escardó, director de la nauseabunda revista *Gente*, hasta Eduardo Farah, célebre tráfuga de Solidaridad Nacional durante el desbarrancamiento del fujimorato. Curiosamente, la candidata a segunda vicepresidenta de García, Lourdes Mendoza del Solar, tenía un hermano llamado Miguel que también había transfugado de Solidaridad al fujimorismo, igualito que Farah. Y el otro vicepresidente, el almirante Luis Giampietri, venía de las filas de Chimpún Callao, liderado por el delfín de Montesinos y también amigo de García, Alex Kouri.

Sí, podía ser paranoia. Mi cabeza enredándose sola. Pero también podía resumirse en una sola frase: «El mal menor seguía siendo un mal».

\*

Por ley, en el último día de la campaña el candidato ya no puede hacer declaraciones políticas. No se puede confrontarlo por nada ni presente ni

pasado. Por tanto, nos sentamos a hablar de la muerte, la Historia y el destino.

Era evidente que iba a ganar. Quería aparentar cautela, pero estaba exultante. Más seguro de sí mismo que nunca. Le pregunté si Ollanta Humala no era lo mejor que le había pasado. García me respondió —con humildad, quizás sincera— que en política no ganaba el más simpático, sino el que le resultaba útil al elector. Luego insistió: a él le gustaba ser útil al Perú y entendía que quienes iban a votar por él «tapándose la nariz» estaban, en el fondo, haciendo una concesión muy importante.

—Todos queremos más de lo que tenemos —admitió.

Unos años antes me había impresionado verlo en el multitudinario funeral de Belaúnde. Al ver cómo el viejo expresidente era despedido por decenas de miles de personas, era obvio que García pensaba en su propio final. Le hablé de eso. Quiso evadir. El tema no le era grato. Por supersticioso, pensé entonces. Al final, sí me habló de la posteridad; de que, después de la muerte, el espíritu de uno va a estar intuyendo cómo lo recuerdan.

—Si no creyera en Dios, no haría nada. Comería, viviría, disfrutaría... No me metería en los líos en los que me meto. Pero como creo en Dios, creo que hay algo que hacer, aunque le peguen a uno.

Dios. Estuvo a punto de convencerme. Era un gran Adversario.

\*

Ese domingo 4 de junio no fui a votar. Me ofrecí de voluntario para cubrir las incidencias de la jornada electoral en el local aprista de Paseo de la República. De esa forma, el canal se encargaba de que no pagase la multa. Humala ya estaba decididamente descartado para mí y, después de todo lo



que había visto, no podría marcar la cara de García. Si ya tenía el voto de Montesinos, no necesitaba el mío. Así que me lavé las manos.

Ese día todas las encuestadoras coincidieron en darle la victoria. Por mucho menos margen de lo que se había proyectado, pero ganó. Yo deambulaba en medio de las celebraciones con un sabor amargo. Esa entrevista hablando de la muerte, la Historia y el destino no había sido transmitida. Debería haber sido lanzada el viernes, como cierre de campaña, pero el programa decidió pasarla para la semana siguiente. Meh. El periodismo depende mucho del contexto: una cosa era esa entrevista a un candidato y otra, muy distinta, a un presidente electo.

Sus compañeros celebraban en ese mismo local donde había entrevistado al nuevo presidente del Perú. No lo volvería a ver sino hasta esa misma tarde y ya nunca más lo volvería a entrevistar. Aquella vez, después de nuestra conversación, apagué la cámara, le di la mano y él se fue. Nava lo esperaba en el segundo piso. De pronto, Alan se volteó, cómplice, y riéndose me dijo:

—Bueno, se acabó la faena hasta 2016.

Y se rio, arqueando las cejas.

\*

Al final, la entrevista sí se puso al aire. Se programó el martes, el mismo día en que el conteo de la ONPE despejaba cualquier asomo de duda: Alan García Pérez volvería a palacio de gobierno.

Ese martes fue 6 de junio de 2006.

El sexto día del sexto mes del sexto año.

# **"CIUDADANOS DE PRIMERA"**

Guion y dibujos: Jesús Cossio / 2020.









Esas palabras fueron puestas a prueba apenas un par de semanas después de que García las pronunció.

El 14 de agosto de 1985, dos patrullas del Ejército asesinaron a más de 60 personas en Accomarca, entre hombres, mujeres, niños y ancianos.

Testigos:  
Clemente y  
Víctor Baldeón

## Los asesinos fueron soldados del ejército

Unos veinticinco soldados, con cinco perros, fueron los que llamaron a la población para hacer una Asamblea, para luego comenzar la masacre en Lloclapampa, dijo ayer uno de los testigos a la Comisión Investigadora del asesinato de 69 campesinos de Accomarca.

ancianos, y ubicados en tres casas antes de matarlos ametrallados y quemados.

**FUERON SOLDADOS UNIFORMADOS**

Al ser preguntados cómo

mo sabía que eran soldados, dijo que estaban uniformados y que usaban gorras, no tenían pasamontañas. También dijo que los sobrevivientes han fugado al Cusco, Ayacucho y Lima para no ser aniquilados por los soldados.



Sostuvo que no ha visto senderistas por la zona pero ha escuchado que merodean por los alrededores. Desde 1983 los militares incursionan por esos parajes hasta antes del 14 de agosto han asesinado once personas, precisó Clemente Baldeón. Al referirse sobre la masacre en Lloclapampa en Accomarca dijo que ayudaron a enterrar los cuerpos calcinados unas veinte personas que sobrevivieron.

Al conocer sobre lo sucedido en Accomarca y otros casos parecidos, García ordenó una investigación de las denuncias, que los jefes militares de la Región Militar presenten informes y cambió al presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas.

En noviembre de 1985, cuatro meses después de la masacre, García se reunió con pobladores de Accomarca y les prometió garantías y seguridad para que vuelvan a sus campos. Añadió que los responsables de la matanza deberían ser juzgados por el fuero civil y no por la justicia militar.

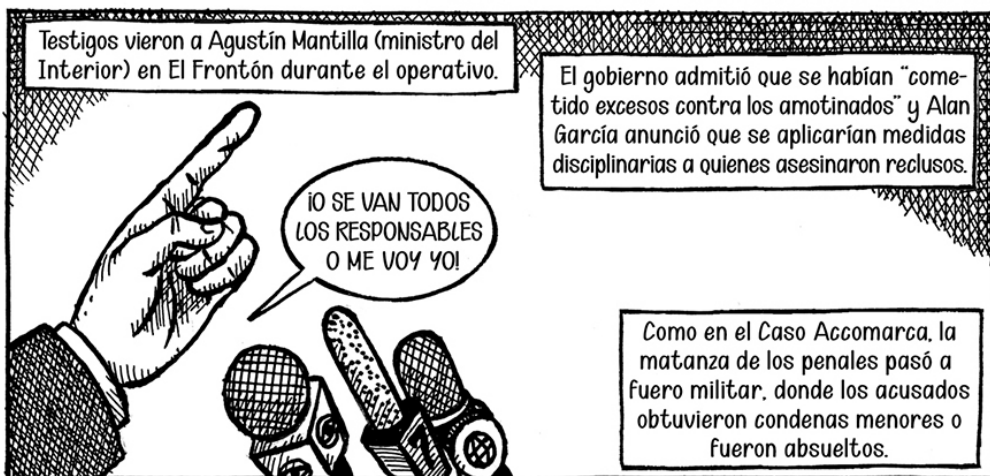
Pero durante los meses posteriores, varios testigos de la masacre fueron asesinados por miembros del Ejército para que no participen de la investigación judicial.

Los militares involucrados fueron procesados por el fuero militar y absueltos de los cargos de homicidio. Telmo Hurtado, el principal acusado, fue sentenciado en 1993 por cargos menores: abuso de autoridad y falso testimonio.

Los responsables militares de la matanza de Accomarca solo pudieron ser juzgados 25 años después del crimen.











No se fue García ni se fueron "ellos", los militares que cometían crímenes.

El 13 de mayo de 1988, dos camiones del ejército fueron emboscados por senderistas en las proximidades de la comunidad de Cayara.

Al día siguiente, el ejército realizó un operativo para capturar a los senderistas de la zona. En la práctica, fue una "operación de castigo" aplicada a los pobladores.

Año 7 N° 2.333 - Precio: L. 15.00

Lima, martes 24 de mayo de 1988

"Ningún exceso o error podrá manchar a instituciones"

## Alan da pleno respaldo a las Fuerzas Armadas

Fiscal de Ayacucho ubica 3 fosas comunes

# HALLAN 28 CADAVERES EN CAYARA

El 14 de mayo de 1988, más de 25 personas fueron torturadas y asesinadas por las patrullas militares. En las semanas siguientes, varios testigos fueron eliminados.

MUCHOS TESTIGOS QUE HAN DECLARADO AL FISCAL SON TERRORISTAS QUE PARTICIPARON DEL ATAQUE A LOS CAMIONES.

El general José Valdivia, jefe militar de la zona, argumentó que la versión de una matanza de civiles era una campaña de desprestigio contra el ejército.

ESOS HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS SON PARTE DE UN PLAN PARA DENUNCIAR UNA MATANZA QUE NUNCA OCURRIÓ.

El Congreso formó una comisión investigadora presidida por el senador aprista Carlos Enrique Melgar.

SENADOR MELGAR, USTED NO ENTREVISTÓ A LOS POBLADORES...

¿USTED CREE QUE SOY CHULLILLO DE ELLOS PARA IR CORRETEANDO TESTIGOS... IR A BUSCARLOS A LA CHACRA?

DICEN QUE HAY MUERTOS Y NOSOTROS NO LOS ENCONTRAMOS.

Melgar y el fuero militar descartaron procesar a los militares involucrados.





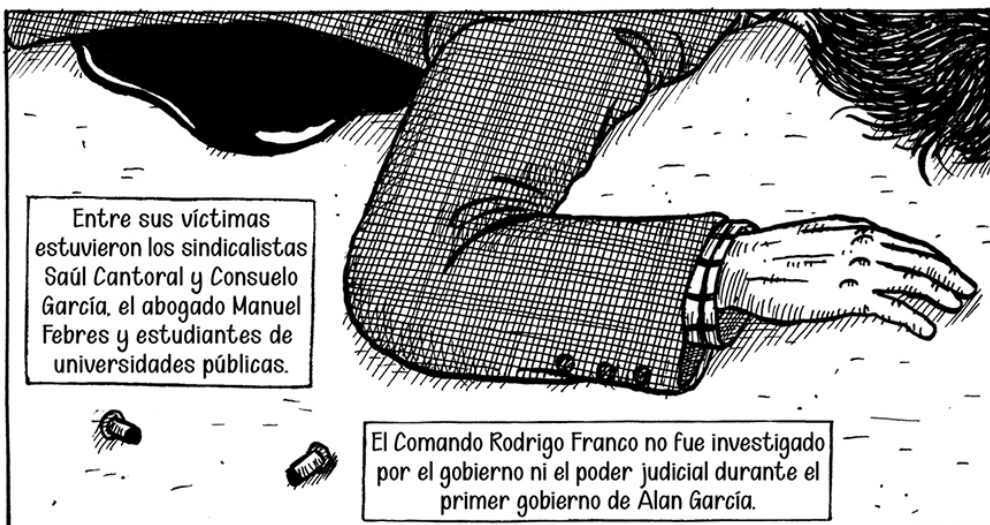


El Comando Rodrigo Franco asesinó a opositores del gobierno y personas a las que acusó de ser simpatizantes de grupos subversivos.



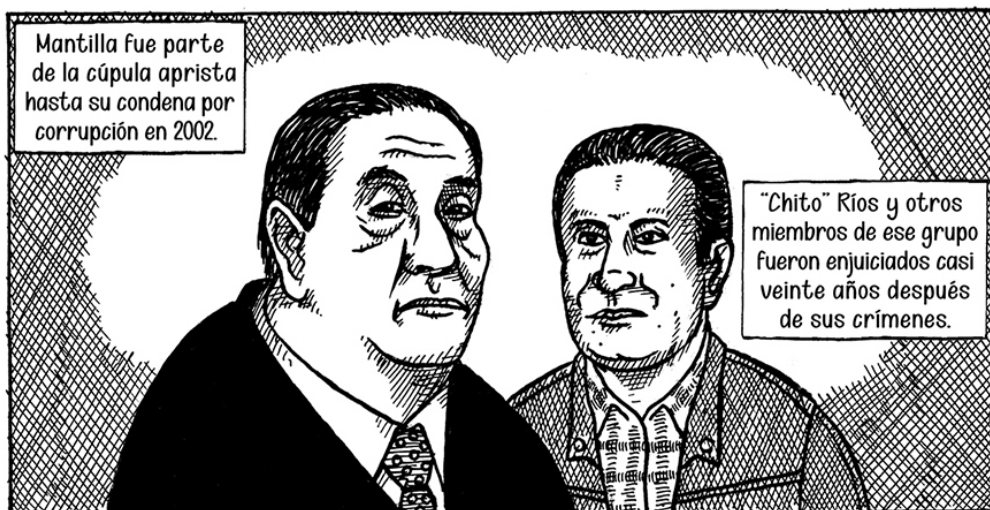
Sus miembros recibieron apoyo e información de la policía y del gobierno para sus acciones.

Entre sus víctimas estuvieron los sindicalistas Saúl Cantoral y Consuelo García, el abogado Manuel Febres y estudiantes de universidades públicas.



El Comando Rodrigo Franco no fue investigado por el gobierno ni el poder judicial durante el primer gobierno de Alan García.

Mantilla fue parte de la cúpula aprista hasta su condena por corrupción en 2002.



"Chito" Ríos y otros miembros de ese grupo fueron enjuiciados casi veinte años después de sus crímenes.



En su segundo gobierno, entre 2006 y 2011, Alan García tuvo que lidiar con conflictos ambientales. Expresó su posición al respecto en un artículo suyo publicado en *El Comercio* en 2007...

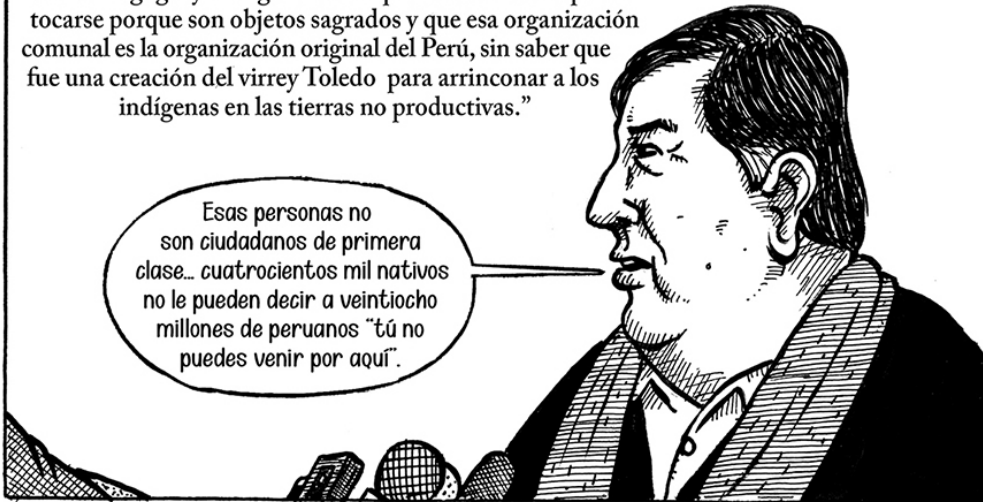
“Hay millones de hectáreas para madera que están ociosas, otros millones de hectáreas que las comunidades y asociaciones no han cultivado ni cultivarán, además cientos de depósitos minerales que no se pueden trabajar...”

“... hay muchos recursos sin uso que no son transables, que no reciben inversión y que no generan trabajo. Y todo ello por el tabú de ideologías superadas, por ociosidad, por indolencia o por la ley del perro del hortelano que reza: Si no lo hago yo que no lo haga nadie.”

“Dicen también que dar propiedad de grandes lotes daría ganancia a grandes empresas, claro, pero también crearía cientos de miles de empleos formales para peruanos que viven en las zonas más pobres. Es el perro del hortelano.”

“...la demagogia y el engaño dicen que esas tierras no pueden tocarse porque son objetos sagrados y que esa organización comunal es la organización original del Perú, sin saber que fue una creación del virrey Toledo para arrinconar a los indígenas en las tierras no productivas.”

Esas personas no son ciudadanos de primera clase... cuatrocientos mil nativos no le pueden decir a veintiocho millones de peruanos “tú no puedes venir por aquí”.



No fueron solo palabras: en junio de 2009, asociaciones indígenas bloquearon una carretera en Bagua en protesta contra decretos del gobierno que afectaban a las comunidades indígenas amazónicas. El gobierno de García no sabe manejar el conflicto y la crisis de violencia.



**MERCEDEZ ARÁOZ**  
Ministra de Comercio Exterior.  
Impulsora de los decretos.



**YEHUDE SIMON**  
Primer ministro.  
Responsable político.



**MERCEDEZ CABANILLAS**  
Ministra del Interior.  
Encargada de la policía.







El 5 de junio se producen enfrentamientos entre efectivos policiales y nativos.

23 policías y al menos 10 civiles mueren. Decenas más quedan heridos. El incidente es conocido como "El Baguazo".

Años después, el general de la policía Alberto Jordán contó su experiencia cuando tuvo que enfrentar una protesta similar en Moquegua en 2008, un año antes del "Baguazo".

ALAN GARCÍA ME DIJO: "MATA COMO SEA A ESOS CHOLOS Y LIBÉrame EL PUENTE".



En 2019, un colaborador de identidad protegida en la investigación por corrupción de García reveló que este le pagó 25 mil dólares a un fiscal para archivar la acusación en su contra en el caso de la matanza de El Frontón.





Al suicidarse en abril de 2019, Alan García huyó de los procesos judiciales que tenía pendientes por corrupción y delitos de lesa humanidad.  
Pero es posible imaginar un destino más digno de su legado.





# **Cartografía de un derrumbe o las dos carreras de Alan García**

Carlos León Moya

Claudia me despertó de varios sacudones. Lo primero que vi fue ladearse la pared de enfrente, moverse de un lado a otro. Desperté *de verdad* dos segundos después, cuando entendí lo que Claudia repetía: están deteniendo a Alan, están deteniendo a Alan.

Por mucho tiempo, casi desde 1990, los peruanos consideraban imposible la sola detención de Alan García por los delitos de su primer gobierno; qué iba a poder la justicia peruana con alguien tan hábil y cínico, con alguien que huyó del país. García ya era entonces la impunidad encarnada. Cuando finalmente regresó al Perú, en 2001, todos los cargos que se le imputaban habían prescrito. Como si nada hubiera pasado.

Durante su segundo gobierno, su invulnerabilidad se reforzó. Los varios escándalos de corrupción que apuntaban hacia él encontraron responsables solo a nivel de ministros y funcionarios medios, y las pruebas que podían señalarlo desaparecían en manos de las propias autoridades. Cuando dejó la presidencia en 2011, García volvió a encarnar la impunidad: aun sin controlar el Poder Ejecutivo, la Fiscalía evitaba investigarlo y el Poder Judicial, además de darle siempre la razón, anuló las investigaciones del Congreso en su contra.

Pero desde 2016, cuando García entró a la que sería la última etapa de su vida política, aquel deseo imposible de su detención fue volviéndose visible, cercano. Realizable.

Levanté medio cuerpo de un brinco, con mis piernas aún tapadas por las colchas. Al frente, el televisor con la transmisión en vivo desde la casa de García. Nuevos tiempos: la política peruana se había judicializado y transmitir una detención tenía mayor peso que las sesiones del Congreso. ¿Cómo así, a qué hora empezó? Lo acabo de ver, me dijo Claudia, lo vi y te desperté.

Miré la hora. 7.05 de la mañana.

Estábamos emocionados, eufóricos. Por fin Alan iría preso. Había imaginado mucho ese momento, preguntado a personas al azar qué harían ese día. Todos me decían celebrar, fiesta, tono, chelas. Muchísimos lo decían en serio. Un cambio mayúsculo en un tiempo muy corto: pasamos de enunciar el resignado «Alan nunca caerá» a preguntarnos «¿Cuándo caerá Alan?», y luego a la más detallista y alegre «¿Qué harás el día en que Alan caiga?».

Estábamos emocionados y eufóricos, pero no llegamos a estar alegres. No tuvimos tiempo suficiente para formar alguna emoción precisa. Dos minutos después, a las 7.07 de la mañana, uno de los reporteros televisivos anunciaba que Alan García estaba internado en el hospital Casimiro Ulloa. Se habría disparado en la cabeza.

\*

A las pocas horas, me encargaron un obituario de García. Esa noche, la monocorde cobertura televisiva —vergonzosa, acrítica, ramplona— me hizo pensar cuál sería realmente el recuerdo que quedaría de él. ¿Sería como esa indulgencia que veía en las pantallas, o las contundentes pruebas en su contra —que no cesarían de llegar— pesarían más en el balance?

Pero también tenía otra pregunta en la cabeza, una que había discutido por meses entre amigos y que me la habían hecho en más de una ocasión: ¿por qué se equivocaba tanto Alan García? ¿Por qué esa persona, que antes lucía invulnerable, se veía ahora tan ridículo? Para los peruanos menores de cuarenta años, García había sido parte inseparable de la política durante toda nuestra vida. Y como elemento estable de aquel paisaje, esperábamos ciertas cosas de él. Pero ese último García, el de la etapa final, se veía totalmente distinto. Torpe. Errático. Impostado. ¿Había una razón?

Debido a esto, en lugar de un obituario, aventuré sobre la marcha una respuesta a ambas preguntas. Un año después, creo que parte de esa respuesta aún se sostiene.

\*

Alan García tiene, sin duda, un merecido sitio en la historia política del Perú: dos veces presidente, cuarenta años en la esfera pública, líder indiscutible del partido más longevo del país. Todo en su vida fue político, desde su nacimiento hasta su muerte.

Sin embargo, hablar *solamente* de su carrera política sería engañoso y complaciente.

García tuvo, en realidad, dos carreras en paralelo. Su amplia carrera política fue también una larga carrera por evadir a la justicia. Ambas estuvieron todo el tiempo de la mano.

Precisamente cuando su carrera política llegó a su punto más bajo, en abril de 2016, empezó a perder lentamente su carrera contra la justicia. García iba quedando acorralado poco a poco, y su margen de escape se reducía más y más. No parecía haber luz al final de ese túnel. Aunque el



político más odiado de 1990 había logrado redimirse, no parecía posible que el político más desaprobado de 2019 pudiese hacer lo mismo.

Esta última etapa de la vida de García es la que me interesa abordar: su derrumbe. ¿Cómo así aquel García, poderoso e invulnerable, terminó encerrándose en su cuarto y apuntándose una pistola a su cabeza, mientras agentes de la policía y del Ministerio Público lo esperaban del otro lado de la puerta?

\*

Si asumimos que García es un político motivado principalmente por el poder, la última etapa de su vida empezó después de la elección presidencial del 10 de abril de 2016.

Aquel domingo, su renovado sueño presidencial se derrumbó. Él, que había logrado siempre resultados electorales asombrosos, obtuvo apenas el 5 % de los votos.

Obsesionado con su papel en la historia, García quería ser el único peruano elegido tres veces presidente y que su segundo gobierno sea recordado como el mejor de todos. No logró ninguno de los dos objetivos. A punto de cumplir sesenta y siete años, parecía acercársele la hora de la jubilación, la cesión de la posta. En otro político esto sería un acto normal y previsible. En García, en cambio, parecía la admisión de un fracaso.

Sin embargo, hay un hecho anterior igual de relevante.

Hasta entonces, García salía casi siempre incólume de cualquier entrevista, sea por la mediocridad de los periodistas, sea por su gran habilidad retórica. Evadía las denostaciones con su usual sonrisa. Nunca perdía la calma. Parecía confirmar lo que todos decían de él desde los

ochenta: es corrupto, pero inteligente. Habla y convence como nadie. Es un ladrón. Un genio. Un hipnotizador.

El 3 de abril de 2016, sin embargo, aquel García invulnerable se desmoronó frente a todo un país. Como corolario de una campaña desastrosa, le tocó por azar enfrentar a Fernando Olivera Vega en el debate presidencial. Y este hizo algo que nadie había podido hacer con García hasta entonces.

Humillarlo.

Olivera repitió una lista de delitos frente a un García desprovisto, enmudecido. García no podía responder debido al formato del debate. Su sonrisa era forzada, inútil. Cuando fue su turno ni siquiera contestó. Siguió con el aburrido y mediocre guion que llevaba escrito en un papel: aquel gran orador de plaza lucía triste y gris en este nuevo formato. Peor aún, su propio guion dio a Olivera la oportunidad de retrucar con una frase que luce hoy premonitoria.

—A ese Nuevo Sepa de la Amazonía (prisión que García propuso) usted irá a trabajar, condenado por la nueva justicia.

En el lado izquierdo de la pantalla, Olivera seguía con sus ataques. En el derecho, García aparecía perdido, incómodo, desencajado, mirando sus notas como si quisiera esconderse entre ellas.

La humillación suele estar acompañada del respaldo al humillado. En este caso fue al revés. ¿Cuántos en sus casas celebraron sus palabras? ¿Cuántos lo comentaron entre risas a sus amigos y familiares? ¿Cuántos dijeron «bien hecho» frente a sus pantallas? Era un desfogue: alguien por fin le decía a García «sus verdades». Un acto simbólico que reemplazaba a su casi imposible detención.

García no era ya aquel joven culto y persuasivo, aquel mito que dirigió el peor gobierno de nuestra historia republicana y aun así fue elegido

presidente por segunda vez. Un supuesto genio de la política.

García aparecía como un hombre mayor, torpe, desorientado, sin capacidad de convencer a nadie de las supuestas bondades de su segundo gobierno. No había rastro de genialidad. Ningún genio postula solo para ser vapuleado.

Ya no era el futuro diferente. Treinta y seis años después de aquella frase, García se había convertido en el pasado indeseable.

\*

En la política peruana todo es temporal, hasta la derrota. García pudo haber escapado a su derrumbe. Pudo haberse reconstituido. Esperar, agazapado, el mejor momento para volver. El rápido desgaste de Pedro Pablo Kuczynski, sumado al deterioro y soledad de Ollanta Humala, habrían aliviado en algo su dañada imagen. Hubiese insistido después en que fue el mejor entre los malos, mi gobierno superó al de los otros: el crecimiento, la pobreza, la anemia. Pudo. Pudo. Hubiese.

Pero el 21 de diciembre de 2016, ocho meses después de su derrota electoral, el Departamento de Justicia de los Estados Unidos reveló que la empresa brasilera Odebrecht había pagado 29 millones en sobornos a altos funcionarios del Perú entre 2005 y 2014. Y Odebrecht estaba dispuesta a delatar.

Desde entonces, el cerco judicial alrededor de García empezó a cerrarse lentamente. No de manera lineal, por supuesto. Nada en la historia del Perú es lineal.

\*

García, enfaticemos, tenía una larga carrera escapando de la justicia peruana. Y si su carrera política fue extraordinaria, también lo fue su carrera de escapista: nadie en el Perú ha sido tan hábil y eficiente como él para sortear a la justicia.

Sin embargo, el Perú que enfrentó entre enero de 2017 y abril de 2019 era muy distinto al que había enfrentado antes. Era un nuevo escenario, con seis elementos que no tenían los anteriores. La incapacidad de García para modificarlo, pese a sus reiterados intentos, fue lo que hizo posible su derrumbe.

En primer lugar, García ya no podía influir en la Fiscalía y el Poder Judicial con la misma eficiencia que cuando era presidente, y como lo siguió haciendo incluso fuera del poder.

Antes, las acusaciones en su contra terminaban atrapadas en la Fiscalía, o era simplemente excluido de los casos de forma vergonzosa. Durante el escándalo de los Petroaudios, la Fiscalía, en lugar de desentrañar la maraña de corrupción al interior de su gobierno, se enfocó casi exclusivamente en sancionar a los involucrados en la interceptación telefónica. Sumado a eso, la misma Fiscalía desapareció mucha de la información incautada a la empresa Business Track, la cual involucraba a lo más alto de su gobierno, y quizá a él mismo.

Fuera de la presidencia, García mantuvo su control a través del propio fiscal de la Nación, José Peláez Bardales, quien lideró la institución entre 2011 y 2014. Un hermano suyo había sido diputado aprista en 1980, una hermana suya había postulado al Congreso por el APRA en las elecciones de 2011, y el propio Peláez protegía siempre a García: desde declarar improcedente cualquier pedido nuevo para investigarlo hasta escoger un perito con militancia aprista para verificar su posible enriquecimiento

ilícito. Cuando esta investigación se archivó, en 2013, Peláez intentó darle una justificación científica: «No podemos alterar las matemáticas».

Si alguna investigación superaba el filtro de la Fiscalía, había al frente otra barrera de contención: el Poder Judicial. Entre 2011 y 2014, una comisión investigadora del Congreso revisó los actos irregulares cometidos durante el segundo gobierno de García. Sin embargo, cuando los indicios empezaron a apuntar hacia él, García acudió rápidamente al Poder Judicial con un solo objetivo: ser excluido de la investigación y declarar nulo todo lo recabado en su contra. Previsiblemente, lo consiguió.

Si revisamos hoy quiénes eran los dos jueces que fallaron a su favor, entenderemos mejor la influencia que tenía García en la institución. Uno fue Jesús Soller Rodríguez, virtualmente aprista: sus tres hermanos y su esposa eran militantes afiliados. El otro fue Hugo Velásquez Zavaleta, que hoy está sancionado por sus vínculos con la organización criminal Los Cuellos Blancos del Puerto, la cual, entre otras cosas, vendía los fallos judiciales.

¿Cómo así *justo estos dos jueces* fueron los encargados de resolver los casos de García? Una posible razón es la buena suerte. La otra es el control.

Sin embargo, en el escenario que se abrió después de la primera confesión de Odebrecht, García tenía como rival a un pequeño grupo de jueces y fiscales, fuera de su control y dispuestos a apresar a los peces gordos, algo tan inusual como suicida.

Seguramente, el desorden y lentitud inicial del Ministerio Público le hicieron pensar que, pese a no tener ya el derecho de antejuicio, estaba casi a salvo. Caían los débiles: Toledo, Humala, Villarán. Sobrevivían los fuertes, como siempre.

De pronto, las acciones y pedidos de este grupo de fiscales, sustentada en información conseguida por las colaboraciones eficaces y que años atrás

hubiese sido impensable obtener, empezaron a adquirir una velocidad y temeridad asombrosa. Ya no había José Peláez Bardales que pudiese controlarlos y, cuando el fiscal de la Nación, Pedro Chávarry, intentó detener su trabajo, terminó fuera del puesto.

Cuando los procesos llegaban al Poder Judicial, no había un equivalente a Soller Rodríguez o Velásquez Zavaleta, sino jueces como Richard Concepción Carhuanchó o Carlos Sánchez Balbuena, quien le dictó a García dieciocho meses de impedimento de salida del país. El Poder Judicial dictaminaba con severidad quizá excesiva, pero con una independencia que antes no tenía.

En segundo lugar, a nivel discursivo, García ya no podía evadir su responsabilidad en los actos de corrupción que había cometido. García el escapista fue siempre cuidadoso en evitar que las pruebas llegasen hasta él: en eso se basaba su supuesta inocencia. Siempre había testaferros, cuentas en lugares lejanos (antes Gran Caimán, ahora Andorra). Sus signos exteriores de riqueza no eran nunca visibles en el Perú, pues para eso estaba el extranjero (antes París, ahora Madrid). Y mantenía con los presuntos involucrados vínculos de lealtad que aseguraban el silencio (antes Agustín Mantilla; hasta su muerte, Luis Nava). Por eso, al responder, tenía siempre una salida: dónde están las pruebas, eso no me involucra, son especulaciones. Siempre dejaba la responsabilidad en algún funcionario medio-alto, «las ratas», pero aseguraba que no llegase hasta él. Él no tenía cómo saber, «yo no veo el corazón de las personas».

Pero en este nuevo escenario, sí había un delator: Odebrecht y sus funcionarios. El corruptor hablaba y entregaba pruebas. Y estas, aunque entregadas a cuentagotas, iban cercándolo más y más.

Y los fiscales, a diferencia de antes, las usaban. García lo sabía. Su intento de asilo en la Embajada de Uruguay, el 17 de noviembre de 2018,

no se explica sin la publicación, dos días antes, de documentos y correos de Odebrecht que probaban que García había recibido dinero de su Caja 2, aquella destinada al pago de sobornos. Tras esto, entendió que su prisión preventiva era inminente.

La firma del acuerdo de colaboración eficaz entre la Fiscalía y Odebrecht, en febrero de 2019, consolidaba el ritmo de las confesiones. Los siguientes destapes debieron ser para García como una marea que sube y sube con los meses, y aunque la quieras evitar, sabes que tarde o temprano te va a cubrir.

En tercer lugar, su poder sobre la prensa peruana disminuyó. En verdad, García aún podía tener relación directa con los directores de los principales medios de comunicación y sus periodistas estrella, o estos, en usual actitud cortesana, podían darle un trato preferencial sin que él se los pida (basta mirar las portadas de *Caretas*, *La República* y *El Comercio* del día siguiente a su muerte, o la lamentable cobertura televisiva). Pero no pudo lidiar con los nuevos equipos de investigación de esos mismos medios, o con portales como IDL Reporteros, inmunes a las presiones de los políticos de peso.

Por supuesto, mucha de la información que utilizaban no era dilatadas investigaciones propias, sino que venía de la propia Fiscalía. Pero la publicaban. Aparecía. García no tenía ya capacidad de censura. Y esa información era usada en su contra en las entrevistas, de donde ya no salía indemne, y cimentaba la idea de que él no era un perseguido político, sino un político asediado por su pasado y sus delitos.

En cuarto lugar, García utilizó el peor canal posible para sus respuestas. Aunque todavía podía manejar a los reporteros de la calle con su retórica habitual, se había vuelto sumamente vulnerable al escrutinio de las redes sociales. Acostumbrado a la impunidad que otorga el olvido, García solía negar frases suyas en las entrevistas: yo no he dicho eso, esos son inventos,

usted está mintiendo. Sus contradicciones son flagrantes y fáciles de encontrar.

Pero esa estrategia no le funcionaba en redes sociales. Con todas sus declaraciones al alcance, y todos los documentos en su contra disponibles, era rápidamente desmentido por periodistas o ciudadanos comunes, y muchas de las respuestas llegaban a los propios medios de comunicación. Siempre fue García una caja de mentiras, pero nunca hubo tantas personas dispuestas a desmentirlo de manera gratuita.

Esto sería solo una anécdota si no fuese porque el último García escogió precisamente a las redes sociales como el medio privilegiado para sus declaraciones de defensa. Y fue penoso. Las haya manejado él o un grupo de jóvenes, el García de Twitter lucía igual al García público: desorientado, perdido, atontado, lejos de la supuesta genialidad que se le atribuía antes. Ninguna de sus defensas virtuales fue eficiente. Al contrario, sirvieron para que un grupo cada vez más grande de personas pensase que ahora sí estaba cercado.

Repetía cualquier declaración de algún delator, sin contexto alguno, solo para concluir que ninguno lo había señalado. Se inventó a sí mismo un *hashtag* que era casi una burla involuntaria: #OtrosSeVendenYoNo. Subía fotos de las obras de su gobierno, aunque las imágenes fuesen falsas: en una ocasión, publicó «en esta foto de la tierra tomada desde la luna se aprecia Chavimochic y sus 100mil Hectáreas, obra del aprismo», junto a una serie de fotos que claramente no mostraban nada. Se dedicó a confrontar por semanas con Martín Vizcarra y a reclamarle por jugar tenis mientras el país supuestamente se derrumbaba.

Ninguna de estas publicaciones quedaba sin respuesta, y el efecto que conseguía era exactamente el opuesto al que deseaba. Si sus defensas televisivas de antaño lo mostraban seguro y confiado, el que no la debe no



la teme, el último García de internet lucía asustado y vulnerable. Hasta ridículo. Si sumamos el debate de 2016, parecería que García siguió siendo un político del siglo XX que no pudo adaptarse a los formatos de lo que va del siglo XXI.

En quinto lugar, García ya no podía manejar a la opinión pública con la misma facilidad de antes. En esto, había destacado claramente sobre el resto. Instalaba los debates. Ponía la agenda. Marcaba la cancha. Sabía muy bien cómo cambiar los temas de discusión, siempre apoyado por los grandes medios de comunicación que, incluso, después de su muerte, seguían de manera acrítica lo que García quería instalar.

García pudo arrinconar fácilmente a Ollanta Humala con sus declaraciones, especialmente con el término «reelección conyugal». Pero lo importante es saber cuándo lo hizo: el mismo día en que apareció el primer reportaje sobre los narcotraficantes indultados en su gobierno. Como el ataque pasó desapercibido ese día, García volvió a utilizarlo tres días después, rodeado de reporteros de todos los medios. Así, logró cambiar el foco de atención y también su rol en la comedia: de liberador de narcos a escollo en la reelección de los Humala. Esa solvencia suya, atribuida por extensión a su partido, lo hizo ser no solo respetado, sino también temido por sus rivales.

Pero esto ya no le funcionó con Martín Vizcarra. Intentó cambiar la discusión, llevándola de sus acusaciones por corrupción hacia el «desgobierno» y la «inacción», y fracasó. Intentó arrinconarlo con el aumento de la anemia y la inseguridad, y fracasó. Buscó finalmente mostrar a Vizcarra como un cruel dictador que lo perseguía, una vieja estrategia que utilizó antes con Fujimori («la corrupción de mi primer gobierno era en verdad un invento del dictador Fujimori para perseguirme») y con Humala

(«la corrupción de mi segundo gobierno es en verdad un invento del dictador Humala para marginarme»). Y fracasó.

La razón no está en la mágica muñeca de Vizcarra, quien optó simplemente por no responderle, sino en que las pruebas que Odebrecht iba entregando eran muchísimo más fuertes que sus intentos. Por supuesto, para cambiar la discusión pública también existen límites. Los otros políticos iban cayendo, uno tras otro, y era claro que él era de los próximos. Por eso, sus críticas a la indolencia del gobierno no eran vistas como preocupaciones legítimas, sino como acciones desesperadas ante su inminente derrumbe.

Sumémosle el sexto componente: esta vez García no podía escudarse en el poder político, ni utilizarlo para detener las investigaciones. No era presidente y su bancada era minúscula. Aunque su alianza con el fujimorismo permitió que no fuese tocado por la comisión investigadora del Congreso liderada por Rosa Bartra, no lograron detener el trabajo de la Fiscalía.

Su intento más avezado fue el 31 de diciembre de 2018, cuando el fiscal de la Nación, Pedro Chávarry, sacó momentáneamente del caso Lava Jato a los fiscales Rafael Vela y José Domingo Pérez. Pero a favor de los fiscales estaba el Poder Ejecutivo, y también la opinión pública. Al final, los fiscales permaneciesen en sus puestos.

Y es que García no solo carecía de poder oficial. También había perdido el respaldo de la gente. De hecho, la aprobación que tenía el equipo de fiscales que lo investigaba era inversamente proporcional a la suya.

Quizá solo había una forma de parar la investigación desde el poder político, y era a través de la presidencia. Quizá también por eso postuló García el año 2016, pese a que todo auguraba un fracaso.

Todos estos elementos conformaron, más que un nuevo escenario, una tormenta perfecta que García nunca había enfrentado antes. Primero, el

corruptor hablaba y presentaba pruebas. Segundo, la Fiscalía usaba las pruebas en lugar de ocultarlas. Tercero, un sector de la prensa difundía las pruebas y señalaba a los presuntos responsables. Cuarto, el medio que utilizaba García para su defensa le jugaba siempre en contra. Quinto, nunca pudo cambiar el tema de discusión como hacía antes. Y sexto, el poder político que tenía era insuficiente para parar las investigaciones en su contra.

La carrera del escape se había convertido en un laberinto.

\*

Desde el 31 de octubre de 2018 en que Keiko Fujimori fue trasladada a prisión, era claro que el siguiente en la lista era Alan García. Y desde entonces, tenemos al García más errático que podemos recordar. No solo era torpe para los estándares de García: era torpe para cualquier estándar.

Su huida a la embajada de Uruguay, por ejemplo, trajo dos conclusiones que jugaban en su contra. A diferencia de lo que repetía, García estaba dispuesto a huir y haría todo lo posible por evitar caer en manos de los fiscales. Y a diferencia de lo que pregonaba, nadie en el mundo veía con malos ojos lo que ocurría en el Perú. Nadie veía persecución. Nadie encontraba la supuesta amenaza dictatorial.

Y es que quizá a este último García, acorralado y desprovisto, debemos verlo con otros ojos. Sus constantes errores políticos pueden ser producto de un mal cálculo, pero también pueden ser producto del pánico.

«El que no la debe no la teme», decía en los noventa. Ahora, con la tormenta perfecta que lo acorralaba, es muy probable que García haya estado realmente afectado por el temor. Pudo ser una persona inmovilizada en una orilla mientras la marea sube hasta su pecho, luego hasta su cuello,

llega finalmente a su nariz, a sus ojos, y sabe que pronto lo va a tapar. El sábado anterior a su muerte, García tuvo quizá una chispita de esperanza con la caída de Martín Vizcarra en las encuestas, pero al día siguiente, 15 de abril, se conoció que Odebrecht había entregado 4.5 millones de dólares en sobornos a Luis Nava Guibert, lo cual apuntaba directamente a él. La noticia debió ser como si el agua llegase finalmente a su frente.

García tenía terror a la humillación. No estaba dispuesto a soportar otra más. Para él, aparecer esposado era humillante. Quizá, en la distorsionada narrativa que tenía de sí mismo, él solo era un expresidente elegido dos veces por el pueblo y no un acusado por corrupción que debía, como cualquier ciudadano, afrontar la justicia en lugar de escaparse de ella.

García no tenía la edad de Keiko Fujimori. Ella pudo aparecer enmarrocada y con un chaleco de detenida, pero guarda la esperanza de poder rehacer su vida política. García ya no. Pudo haber hecho eso a los cuarentaiún años, pero no a los sesenta y nueve. Sea por el peso de las evidencias, sea porque creyó en su propio mito del perseguido, García debió tener en claro que, si lo llevaban a prisión ese día, era para ya no salir.

Acostumbrado a escapar, estaba acorralado.

Acostumbrado al poder y su ostentación, estaba desprovisto de él.

Acostumbrado a culpar a los otros de sus problemas judiciales (Alberto Fujimori, Ollanta Humala, Martín Vizcarra), estaba a punto de responder por ellos.

Hay quienes sostienen que García no quería ser un trofeo de sus enemigos. Debe ser cierto. Pero no lo exculpemos. Una carrera escapando de la justicia se termina, precisamente, cuando la justicia te atrapa.

Sorprenden sobremanera los benévolos balances sobre García en la prensa nacional. Su trágico final cambió los términos de la discusión. Ya no hablamos de las pruebas de corrupción en su contra, sino de su vida, sus gobiernos, su oratoria, su familia. Si ese fue uno de los objetivos de García —yo sospecho que sí—, pues tuvo un gran éxito. Esta vez sí cambió la discusión, puso la agenda, arrinconó a sus adversarios.

Pero eso es el corto plazo. En el largo plazo, García pasará a la historia como lo que realmente fue.

Un buen candidato, pero un pésimo presidente.

Un opositor que siempre se dijo víctima del oficialismo, pero que trató con dureza a sus opositores cuando le tocó ejercer poder.

Una persona con dos carreras. Una persiguiendo el poder político. Otra escapando de la justicia.

Un político que nunca respondió por sus presuntos e innumerables delitos.

Y, de probarse las acusaciones de la Fiscalía, podríamos decir aún más.

Un presidente que hizo de la corrupción una política pública.

Un presidente que nunca asumió la responsabilidad de sus actos. Que prefirió siempre culpar a sus subordinados. Que llamaba persecución política a la búsqueda de justicia.

Un expresidente acorralado y desprovisto que, cuando por fin iba a ser detenido y llevado a un banquillo tras veintinueve años de evasión, subió las escaleras, se encerró en su cuarto, sacó una Colt .38 y se atravesó el cráneo de un disparo.

Según su secretario personal, García le narró cómo utilizó esa misma pistola el 5 de abril de 1992. Luego, le dijo: «Cuando disparé, sentí poder».

Tras la pronunciación de su muerte, la Fiscalía siguió allanando su casa.

## **¿Quién fue Alan García?**

Sonia Goldenberg

¿Quién fue Alan García, el presidente más joven del Perú, quien sedujo a multitudes con el embrujo de sus palabras y sus balconazos en la plaza San Martín, que encarnó la esperanza histórica de un pueblo al llevar a Palacio por primera vez a un partido legendario y popular al que nunca se le había permitido gobernar? Su carisma, juventud y audacia atrajeron la atención más allá de nuestras fronteras. Fue llamado incluso «el Kennedy de América Latina». Lo cierto es que también murió con un balazo en la sien, aunque Alan fue quien disparó el suyo.

Hay algo trágico en el destino de los presidentes del Perú. Muchos terminan derrocados, exiliados, presos o linchados, pero Alan García es el único que se suicidó. Triste final de un político fulgurante y talentoso que, sin embargo, siempre estuvo envuelto en escándalos de corrupción. Muchos peruanos están convencidos de que fue un bribón de alto calibre, pero pese a la podredumbre de su entorno más cercano y a una enorme cantidad de indicios y múltiples sospechas, esto no se ha llegado a probar. Los delitos de los que fue acusado en su primer gobierno prescribieron. Comisiones investigadoras del Congreso y perseguidores que dedicaron su vida entera a intentar atraparlo nunca llegaron a demostrar que fuera un ladrón. Y así murió, como un Houdini de dimensiones colosales que siempre supo escabullirse. Aún después de muerto, muchos peruanos creían que era un engaño, que en realidad se había escapado, que ya reaparecería en algún otro lugar.

Irónicamente, la leyenda del pillito que nunca pudo ser pescado sobrevive a su muerte y quedará por siempre en la nebulosa por un fiscal que, consentido por un juez, buscó apresarlos sin pruebas concluyentes en un operativo policial realizado con imprevisión. No era un secreto que el expresidente tenía armas registradas a su nombre. ¿Se hubiera prevenido el fatal desenlace deteniéndolo esa misma mañana en la audiencia judicial a la que iba a acudir? ¿Por qué se buscó sorprenderlo antes del alba, con cámaras de televisión que aguardaban en la puerta de su casa? Alan García, quien, con sus luces y sus sombras, vivió para la historia, decidió, con la gran teatralidad que lo caracterizó, que ese no iba a ser su final. A él no lo iban a humillar. Pienso que sería injusto no reconocerle este último acto de dignidad.

Los reflectores puestos en la figura de García por sus detractores y analistas del acontecer nacional giran casi exclusivamente en torno a episodios de corrupción. Por eso, en este intento de descifrar quién fue Alan García, me pareció pertinente escribir sobre sucesos que, junto a su suicidio, fueron los más violentos de su vida. Me refiero a las matanzas en los penales. Alude a ellas en sus memorias y sospecho que fueron su mayor tormento. Al principio de este libro, antes de escribir sobre las personas que marcaron su destino, como su abuela Celia, su padre Carlos y Víctor Raúl Haya de la Torre, dice textualmente: «No quería hacerlo, pero debo escribir estas *Metamemorias*, escribir, por ejemplo, del canto de los presos de El Frontón, antes de que mueran conmigo».

Me tocó cubrir estos acontecimientos cuando me iniciaba como periodista. Junio de 1986. Figuras de la socialdemocracia mundial estaban en Lima para el Congreso de la Internacional Socialista que tuvo lugar en el Hotel Crillón, donde estaban alojados trescientos delegados de cuarenta países, entre ellos, el excanciller Willy Brandt, Nobel de la Paz, artífice de



la Ostpolitik, y el expresidente venezolano Carlos Andrés Pérez. Era un momento de gloria, pero el día de la inauguración, los presos de Sendero Luminoso decidieron aguar la fiesta y se amotinaron simultáneamente en tres penales de Lima: Santa Mónica, Lurigancho y El Frontón.

En un precipitado consejo de ministros esa mañana, el gabinete decidió encargar a los militares restablecer el control de los penales lo más pronto posible. La orden expresa fue «actuar con la máxima energía que permite la ley preservando en lo posible la vida de los rehenes». Oficialmente se envió antes a una Comisión de Paz para dialogar con los internos, pero fue solo una pantomima. El guardián de la cárcel no les permitió entrar a Lurigancho bajo instrucciones del Instituto Nacional Penitenciario, dependencia del Ministerio de Justicia. En El Frontón, el presidente de esta distinguida comitiva, el neurocirujano Fernando Cabieses, solo pudo gritar a la distancia con un megáfono para exhortar a los amotinados a que se rindieran. La isla ya estaba rodeada por lanchas anfibias con más de cien marinos embetunados, apertrechados de armas de guerra, cañones antitanques, lanzacohetes, granadas y explosivos listos para el ataque.

Dado el ánimo vengativo que se sabía existía en las Fuerzas Armadas debido a los asesinatos a sus compañeros de armas y a las atrocidades que Sendero Luminoso cometía en Ayacucho y las zonas de emergencia, el resultado no fue del todo imprevisible. Deliberadamente, Abimael Guzmán quiso provocar un «genocidio» inmolando a sus propios militantes presos, y eso también se sabía. Era la oportunidad dorada para darle su merecido a los terroristas. El baño de sangre estaba cantado y ocurrió.

El 18 de junio de ese año, los presos de Sendero Luminoso en Lurigancho fueron exterminados. Aproximadamente veinte murieron durante la debelación dentro del Pabellón Industrial donde se encontraban los internos. Carecían de armas de fuego y resultó fácil reducirlos. El resto,

más de un centenar de presos que ya se habían rendido, salieron uno por uno a rastras con las manos en la nuca por el boquete que la Guardia Republicana había abierto con dinamita. Todos fueron asesinados de un tiro en la cabeza. Todos menos uno, Efrén Ticona Condori, de veintiocho años, con partida de defunción y supuestamente enterrado. Se salvó de milagro, escondido entre los muertos y logró huir de la zona. Fue ocultado en otro pabellón por los presos comunes y salió de la cárcel vestido con el uniforme de un vigilante. De película. El sobreviviente fue descubierto años después por Ricardo Uceda, quien lo entrevistó en el capítulo más estremecedor de *Muerte en el Pentagonito*. Fue un holocausto.

Recuerdo que, al día siguiente, fui a Lurigancho con un grupo de periodistas extranjeros que prefirieron dejar de lado la reunión de la Internacional Socialista para averiguar qué había ocurrido en los penales. Me encontré allí con el padre Hubert Lانسsiers, un sacerdote belga de los Sagrados Corazones quien, poco después de llegar al Perú, se convirtió en capellán de la prisión. Estaba parado delante del portón con una bolsa de medicinas sin poder ingresar. Recuerdo la amargura de su mirada. Veíamos camiones que salían del penal... ¿con muertos? No llegaba ninguna ambulancia.

Al día siguiente continuaba la debelación del motín en el Pabellón Azul de El Frontón a cargo de la Marina de Guerra del Perú. Alan García, consternado por la hecatombe, ordenó que quedaran sobrevivientes. La matanza se detuvo y de ciento sesenta presos se salvaron veintiocho. El 5 de julio entrevisté en la carceleta del Hospital Carrión a dos sobrevivientes. Jesús Mejía Huerta, de veinticinco años, con diez balas en las piernas, un brazo y el omóplato, contó que sobrevivió al pelotón de fusilamiento. Dijo que, después del primer bombardeo, quedaban con vida unos setenta presos. Los marinos los hicieron desvestirse y los sacaban de cinco en cinco para

ser ametrallados. Recuerda que abrieron una zanja y a él lo metieron en una fosa común con unos cuarenta fusilados. Echaron adentro una granada y dinamitaron los restos del Pabellón Azul, que cayeron encima de la fosa. Estuvo allí dos días enterrado, pero luego logró salir. Juan Tulich Morales, de veinticuatro años, narró que en el segundo piso eran más de treinta los internos que se habían rendido. A los que los marinos suponían que podrían ser cabecillas, los llevaron a la base militar de San Lorenzo a interrogarlos, y luego los fusilaron. Tulich se salvó porque se cambió de nombre. Sus dos hermanos fueron victimados.

Estos y otros testimonios recogidos por una comisión investigadora del Congreso presidida por el exsenador Rolando Ames y luego documentados por la Comisión de la Verdad, demostraron que también hubo fusilamientos y asesinatos selectivos en El Frontón. Testifiqué ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos en San José de Costa Rica por esos testimonios directos y, más de quince años después, también ante la fiscalía. El caso aún se encuentra en juicio oral, con treinta y cuatro oficiales de la marina procesados por crímenes de lesa humanidad. El aniquilamiento de los presos en Lurigancho fue visto en el fuero militar y rápidamente archivado. Solo un coronel y siete miembros de la Guardia Republicana fueron sentenciados a pocos años de prisión. Hace diez años la Fiscalía reabrió una investigación que allí quedó estancada.

Cuenta Alan García en sus memorias que lo más sorprendente fue que, en las semanas siguientes, aumentó su popularidad y la aprobación del gobierno subió en todas las encuestas. Más del 80 % de la población aplaudía lo ocurrido. La gente pedía mano dura. «Mátalos a todos», le gritaban en las calles. No sabían la verdad, pues no fue narrada por la mayor parte de la prensa, pero aun quienes sospechaban lo que sucedió el

18 y 19 de junio lo consideraron necesario, dice García. Había ocurrido una tragedia sin importancia que benefició al gobierno.

Nadie renunció. Ni siquiera el ministro de Justicia Luis Gonzales Posada, quien tenía a su cargo las cárceles y quien, con extraordinaria ineptitud, fue el responsable directo. Estaba desprevenido frente al motín que se veía venir y no estuvo preparado para manejar la crisis. Abdicó sus funciones aceptando transferir la responsabilidad a las Fuerzas Armadas, que no tenían ninguna preparación ni experiencia en esta clase de operaciones. Para asegurar la impunidad declaró con posterioridad a los penales «zonas militares restringidas». Dos años después fue nombrado canciller.

El crimen de los penales fue un punto de inflexión para la presidencia de Alan García. Estaba previsto que durante su gobierno afrontaría episodios violentos y, cuando asumió el poder, parecía que no toleraría las masacres. El 14 de agosto de 1985, doce días después de iniciar su mandato, llegó la noticia a los diarios de Lima que sesenta y nueve personas, incluyendo treinta niños, habían sido asesinadas en Accomarca por una patrulla del Ejército en represalia por un ataque terrorista. La población fue torturada y las mujeres, violadas. Había acontecido el primer exterminio de todo un pueblo. Solo sobrevivieron un anciano y tres niñas que lograron esconderse, pero posteriormente fueron eliminados para que no quedaran testigos. García inmediatamente relevó al presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas y al jefe político-militar de la región. Se inició el enjuiciamiento de los responsables. Era una señal de que no deberían repetirse estos crímenes. Pero después de la masacre en los penales hubo carta blanca para matar.

Me imagino que el poder es el mayor desafío que puede enfrentar cualquier persona y que las encrucijadas que obligan a tomar decisiones

revelan la verdadera naturaleza y el calibre de un gobernante. En el Perú de aquellos años esa prueba de fuego fue difícil.

En sus *Metamemorias*, Alan García describe el crimen en los penales como uno de los momentos más trágicos de su existencia. Y, sin embargo, treintaitrés años después de estos terribles sucesos, en un breve capítulo titulado «Los penales», no hay ninguna reflexión autocrítica de los acontecimientos más deshonrosos que mancharon su presidencia. El asesinato masivo de rendidos, un acto ignominioso que él mismo propició con una decisión insensata y apresurada que desencadenó la carnicería. ¿Qué impulsos lo dominaron? ¿Recordaba las llamadas que hizo durante esa noche al presidente del Comando Conjunto y al jefe de la Guardia Republicana, presionando para que los policías actuaran de una buena vez? ¿Cómo puede explicarse a sí mismo que él, un jefe de Estado de brillante inteligencia, no haya tenido la capacidad de prever lo que iba a ocurrir? ¿O en el fondo lo sabía? No tuvo el coraje para encarar la verdad en su despedida, en sus años de madurez. Escribió en sus memorias una historia fantasiosa salpicada de eufemismos, falsedades y omisiones. Tuvo la sangre fría para pegarse un tiro en la cabeza, pero no tuvo el valor para escudriñar en lo más oscuro de su alma. Se llevó a la tumba sus fantasmas. Sería iluso pretender que un político con un ego colosal no edulcore y embellezca los pasajes de su vida. Pero, aun así, ¿qué sentido tiene dejar unas memorias sin un mínimo intento de sinceramiento? Al leer estas páginas tuve claro que mi mirada sobre Alan García no podía eludir estos hechos macabros que no deben ser soslayados por la historia.

Entrevisté a Alan García en 1985, cuando era el candidato favorito para ganar las elecciones. Antes de iniciar la entrevista, lanzó un lapicero a lo lejos y le ordenó a Agustín Mantilla que se lo trajera. Mantilla, quien era su secretario entonces y luego viceministro del Interior durante los cinco años

de su primer gobierno, obedeció. Se me subieron las cejas. Acto seguido empezó la entrevista, donde Alan se lució con el brillo de su inteligencia, la claridad de sus ideas y la fuerza de su argumentación. Tenía sueños de grandeza y una ilusión contagiosa.

Quizás alguna vez Alan García se lo propuso, pero no llegó a ser un presidente de izquierda democrática o socialdemócrata. Su primer gobierno fue experimental y de tinte izquierdista. Con rebeldía e insensatez, García proclamó el no pago de la deuda externa, aplicó una política de sustitución de exportaciones e intentó estatizar la banca, con los resultados estrepitosos que todos conocemos. Nadie podría sostener que haya sido un demócrata cabal, porque abdicó su mandato constitucional al ignorar graves violaciones a los derechos humanos cometidas por fuerzas militares y policiales en la lucha contra Sendero Luminoso. Fue la gran desilusión. Dejó al país sumido en un estado calamitoso, empobrecido y con una inflación galopante. Arruinó las vidas esforzadas de millones de peruanos que aun así volverían a confiarle el destino del país.

También tuvo momentos de grandeza y, al final, dejó un legado que literalmente le costó sangre, sudor y lágrimas. No creo que le habría molestado que le aplicaran esta frase de Churchill. En su segundo gobierno intentó saldar su deuda con el Perú con un gobierno de corte pragmático y conservador, con logros notables en educación, disminución de pobreza, crecimiento económico y una destacada política exterior que negoció tratados comerciales, resolvió el diferendo limítrofe con Chile en la Corte Internacional de La Haya y creó la Alianza del Pacífico. No es poca cosa. A la luz de los gobiernos que lo sucedieron, sus éxitos se aprecian ahora con mayor relieve.

Sin duda, Alan García es uno de los personajes más importantes de los últimos cincuenta años en el Perú. Pensó el país, estudió su historia y llevó

dos veces al poder a un partido centenario que ojalá no muera con él. Merece una biografía. Nos deja ciertos trazos en sus memorias que revelan acontecimientos desconocidos en lo personal, como la figura de su abuela Celia, la rebelde; Carlos, el padre ausente, preso durante toda su infancia, quien representó para él la figura discreta del deber; y la emblemática omnipresencia de Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador en 1924 en México del único partido con fervor popular, mística y doctrina que además tuvo alcance continental. También revela los entretelones de conspiraciones contra el APRA y de episodios claves en sus dos gobiernos. Merecerían el acucioso *fact checking* de estudiantes de historia y ciencias políticas, lo cual daría para más de una tesis doctoral. Aquí solo dejo unos apuntes.

## **La política coimera y ahorada que nos dejó Alan**

Francesca Denegri

Cuando desde su asilo colombiano y a treintaicinco minutos de vencer el plazo de inscripción en el JNE, Alan García anunció su controvertida candidatura presidencial en enero de 2001, pocos le vaticinaban posibilidades electorales reales. Aunque días antes de su regreso al país la Corte Suprema había declarado prescritos los diversos cargos de corrupción que pesaban contra él, su imagen de estadista estaba ya muy golpeada y la desconfianza del público hablaba claro en las encuestas, dándole entre 6 y 8 %. García advirtió entonces desde Bogotá, con gesto dramático y voz sibilina, que más allá de las cortes, lo que le interesaba a él de verdad era demostrarles a sus compatriotas su absoluta inocencia frente a todo lo que arteramente le imputaban sus enemigos.

Nunca la demostró, por supuesto. Tampoco intentó demostrarla. Pero con su retórica rimbombante y su *gravitas* ahorado, escaló rápidamente en las encuestas hasta llegar a la segunda vuelta para disputarle el puesto a Toledo con un programa más cercano a la derecha empresarial que a las invocaciones socialdemócratas de su partido, y con un caballo de batalla de otro talante y otro color al que había montado durante su borrascoso primer gobierno. No solo no desafiaba a la banca y a los organismos crediticios internacionales, sino que su Plan Perú irradiaría a partir de una novedosa articulación económica y financiera con los centros imperiales de Europa y Estados Unidos. En la campaña fue implacable con sus ataques taimados al gobierno fujimorista por los casos de corrupción y de violación a los



derechos humanos, haciendo gala del descomunal cinismo que se convertiría en su particular marca registrada, como si su victoria en las cortes hubiera sido suficiente para que nos olvidáramos del prontuario que había dejado su propio gobierno precisamente en esos dos temas de vergüenza nacional.

Lo cierto es que desde el mismo momento en que en la ceremonia de transferencia de mando le colocaba la banda presidencial de rigor a su sucesor Fujimori, a García lo persiguieron los chasquidos de las temibles Euménides buscando justicia por los crímenes cometidos durante sus mandatos. Múltiples acusaciones que se reproducían incesantemente como tentáculos de Gorgona, pero que, por presuntas faltas de pruebas, eran declaradas una tras otra improcedentes, allanándoles el camino a sus sucesivas candidaturas en 2001, 2006 y 2016. Nunca convenció de su inocencia, pero una y otra vez cumplió con su promesa de derrumbar el tinglado judicial erigido contra él «como un castillo de naipes», para volver a levantar su cabeza de tenaz presidenciable. Sospecho como muchos que estaba confiado en que el plan Houdini, reforzado por los garrotes y zanahorias que colgó a lo largo de los años en los pasillos del Poder Judicial, le seguiría funcionando a pesar de todo para las elecciones del bicentenario. Pero su colosal soberbia no había contado con el celo profesional de la nueva justicia peruana. En ella y en su puñado de fiscales, García se encontró finalmente con su Némesis.

Fue pocos meses después de su llegada de vuelta a Lima, cuando trabajaba como voluntaria en la Asociación Civil Transparencia, que me tocó conocer al personaje de primera mano. El director me había dado el encargo de recibir al expresidente en la puerta del Hotel Marriott donde se realizaría el debate presidencial entre la primera y la segunda vuelta. A Toledo lo acompañaría otra voluntaria. Recuerdo que la víspera del debate,

mientras recibíamos las últimas instrucciones del encargado de protocolo sobre qué puerta y qué ascensor usar, qué decir y qué no decir, pensaba confiada en que el verbo generoso que se le atribuía a García sería suficiente para que mi tarea fluyera sin tropiezos y, por cierto, sin necesidad de recibir una capacitación tan meticulosa, dilatada y detallada.

Además, me había sentido profundamente conmovida con su discurso de inauguración de campaña a su regreso del exilio. Había sido un discurso memorable que terminó con la declamación del soliloquio de Segismundo sobre la vida y los sueños en una plaza San Martín desbordada de pobres, indigentes y ricos, niños y ancianos, mujeres y hombres que estremecidos rugían en cada pausa pidiendo más Calderón, más drama, más versos. Extasiado con el calor de la multitud, García había terminado trenzando los versos famosos del viejo príncipe en cautiverio con su presente de exiliado vuelto a la patria. «Y a mí me parece súbitamente un sueño estar frente a ustedes, y a mí me parece súbitamente que quizás he muerto y estoy frente a ustedes», mientras la plaza rugía cada vez más enloquecida de emoción. Esa noche su proverbial oratoria movilizó al país entero con una seguidilla de anáforas y retruécanos de los que se sirvió diestramente para elevar a drama nacional su historia personal, y con los que persuadió a impíos e incrédulos que su destino era morir como los héroes clásicos, entregándolo todo una y otra vez al servicio de la patria.

Las elecciones representaban la culminación de un largo y accidentado periodo de transición a la democracia, y el debate era su antesala, por lo que el encargo, aunque sencillo, debía ser ejecutado impecablemente. Había que esperar al candidato en la puerta asignada, acompañarlo a la sala de maquillaje, y finalmente llevarlo al lugar del debate, procurando en todo momento suavizar nervios y mitigar tensiones con gestos cálidos y palabras amables. Eso era todo. Es cierto que había quedado personalmente

impresionada por su *performance* pocos meses atrás en la plaza San Martín, pero además había escuchado mil veces que García era un seductor, y mis compañeros vaticinaban que con su proverbial labia y gran simpatía el trabajo lo haría todo él.

Lejos estaba de sospechar la escena que me esperaba en la puerta del hotel cuando, enfundado en su impecable terno oscuro y flanqueado de Jorge del Castillo y Hugo Otero, lo vi emerger del auto como un gigantesco cuervo de mirada siniestra y mal talante. Más lejos aún estaba de sospechar que ese trabajo sencillo y divertido se convertiría, ni bien comenzado, en la lenta tortura de tenerme inmóvil y de pie embutida en mi trajecito de maestra aplicada frente a una mirada impávida y silente, como la de esos felinos tenebrosos que en el norte llaman carbunclos y que caminan por las noches en las huacas buscando alguna sombra distraída para devorársela. Sería por el temor de que Toledo lo atacara por su pésimo récord o por los rumores a gritos de enriquecimiento ilícito, o porque la expectativa del debate —y la posibilidad del fracaso— borraba todo lo demás de su cabeza. Lo cierto es que nunca me había tocado pasar tanto tiempo encerrada con una persona que me mirara con ojos gélidos que pasaban a través de mí como si fuera una presencia transparente, sin cruzar ni una sola palabra, sin expresar ni una sola emoción, sin hacer un solo gesto. Ni uno, como si fuera invisible, misma hija del vidriero. Tampoco me había tocado hasta entonces subir a escena para sostener tan largamente una mirada ajena cargada de gratuito desdén.

Entre bambalinas y fuera de las cámaras García fue soberbio en su inapelable indiferencia, sin embargo, cuando estas se encendieron fue pura sonrisa y simpatía. Porque una vez en la plataforma el candidato recuperó su habitual elocuencia, aun si no logró desorientar al cholo sagrado que ahora se mostraba envalentonado por su liderazgo en la marcha de los

Cuatro Suyos. Mientras Toledo le recordaba el estado calamitoso en que dejó al Perú, el Segismundo criollo mantenía su sonrisa congelada para las cámaras. Apenas si movía las cejas pero lo miraba con cierto destello malévolos. Vi otra su maña achorada cuando al final del debate rompió el pacto convenido tras largas y arduas negociaciones entre los dos equipos, y se acercó a abrazar a su adversario con un gesto claramente calculado para subrayar las diferencias de estatura entre los dos personajes. Toledo intentaba zafarse del abrazo y él lo zarandeaba apretándolo más con su mirada de carbunclo y su sonrisa imperturbable. A pesar de todas sus artes, sin embargo, el debate no neutralizó como se esperaba la ventaja que le llevaba Toledo.

Era frente a quien él percibía como adversario que su retórica se retorció y se hinchaba petulante y amenazante. En una entrevista poco antes del debate, Rosa María Palacios le había preguntado sobre su responsabilidad moral en la matanza de los penales y García respondió erizado acusándola de ser igual que los comunistas extremistas. Cuando se sentía acorralado por el adversario como en la entrevista de marras, la entonación gala con la que regresó de su exilio se inyectaba de un sesgo inconfundiblemente autoritario y amedrentador. Ante la insistencia de Palacios para que respondiera a su pregunta, García la felicitó en tono de desprecio cachaciento por su posición política de oposición a él, tratando de desacreditarla profesionalmente por su supuesta falta de neutralidad, como si la objetividad del periodista estuviera reñida con la verdad oculta.

En realidad, ya antes de asumir el encargo como voluntaria de Transparencia, había sido presa, como la mayoría de mis conciudadanos, de las mil y un dudas que inevitablemente inspiraba el controvertido personaje. De los hechos de tortura, ejecuciones extrajudiciales y desaparición de personas en Accomarca, Cayara y Los Molinos, entre otros muchos

episodios de genocidio perpetrados durante los años de su primer gobierno se sabía mucho o poco, pero habría que esperar hasta la entrega del Informe Final de la CVR en agosto de 2003 para tener las evidencias testimoniales. Pero sí había leído y con atención el meticuloso informe sobre los sucesos en los penales de la Comisión Ames y sus gravísimas conclusiones frente a la actuación del expresidente.

En mi caso particular debo decir que eran dudas atenuadas por la fe que parecía inspirar el expresidente en algunos parientes cercanos y queridos. Nicanor Mujica, compañero aprista de la vieja guardia que había acompañado a Haya junto a Manuel Seoane, Augusto Townsend y Armando Villanueva, entre otros, fue siempre el tío bondadoso y austero, honesto y entregado, principista y ajeno a adulaciones, que luego de padecer varias veces la cárcel y el destierro había asumido a sus setenta y dos años, y tras cinco décadas o más de militancia, el cargo de ministro de la Presidencia de 1985 a 1987, y luego el de embajador político en París. Su participación de primera fila en el gobierno de Alan fiscalizando a los órganos de control del Estado debía representar para mí, de cierto modo, una garantía moral. De hecho, salió con las manos tan limpias como entró y nunca, que yo sepa, ni la oposición ni la prensa de investigación le hicieron cargo de actos deshonestos en su gestión. La sospecha que me queda zumbando es si García lo habría nombrado precisamente como el mascarón de proa que necesitaba como señal de los valores éticos y de la buena madera de la que estaba hecha su gobierno.

Lo más grave de toda la larga lista de imputaciones señaladas en la Comisión Ames eran las evidencias de que, lejos de haber perdido sueño angustiado por el imperativo de reducir costos humanos en el operativo militar en los penales, lo que verdaderamente le había preocupado a lo largo de esos pocos días era salvaguardar su imagen de hombre de Estado frente

al Congreso de la Internacional Socialista y a los quinientos periodistas extranjeros acreditados en Lima para cubrir el evento. El informe Ames detallaba una a una estas evidencias. García había insistido hasta el delirio en el argumento de que el motín había sido calculado expresamente para dañar ante el mundo entero su imagen y la de su gobierno. De sus declaraciones se desprendía que en el centro del universo había una estrella, él, y nadie más que él.

Más allá de su monumental soberbia en este trágico episodio que terminó con la vida de trescientos dos reclusos, el informe traslucía nítidamente el cinismo achorado de la cadena de comunicados que había sido difundida desde Palacio con el fin de pintar un Armagedón generalizado que persuadiera a la ciudadanía de la necesidad de optar por una solución militar y violenta como la que venían tramando. Señalaba también la serie de encubrimientos tramados sobre decisiones inculpatorias cuyo origen era la oficina del presidente. Al igual que la carta póstuma leída en sus funerales por una de sus hijas treinta y dos años después, las declaraciones que los diputados de la Comisión recogieron del presidente en el proceso de investigación parecían una copia torpe del *Ars Rhetorica*, repleta de inconsistencias de melodrama en la que se manejaba con igual dosis de cinismo y de soberbia la maña de qué decir y qué no decir. A ello se sumaban las afectadas *performances* ofrecidas en entrevistas televisadas en las que se refería con gesto de espanto acerca del «crimen horrendo» y «horroroso» perpetrado por la Guardia Republicana en Lurigancho, que cerraban con la promesa de una investigación penal hasta el final, «caiga quien caiga». A pesar del dictamen que recomendaba antejuicio político, los compañeros se las arreglaron una vez más para blindarlo. Con pulso firme y harto amedrentamiento a quien lo cuestionara, se echó sobre los hombros

del Segismundo criollo el manto de impunidad que lo protegería por décadas, pero no para siempre.

De los apristas de la vieja guardia oí muchas acusaciones cuando era chica, de su reiterada traición a los obreros que decían representar, de su felonía, de los temibles búfalos que echaban al ruedo para callar al adversario, de su demostrada perfidia, de su particular capacidad acomodaticia y un largo etcétera, pero no se hablaba de que fueran coimeros. Las discusiones a favor o en contra del APRA se centraban en matices ideológicos y estratégicos, lo que no se discutía era que Haya o sus compañeros de la vieja guardia recibieran sobornos. Como le señaló Josefina Townsend a un enfurecido Mulder, Haya murió pobre y en cama prestada. La muerte de Alan fue más turbulenta y espectacular. Si durante treintaicinco años de procesos judiciales logró siempre zafarse de los serios indicios de responsabilidad individual que pesaban sobre él en términos penales, la nueva justicia instaurada por los jóvenes fiscales y jueces del Equipo Espacial Lava Jato lo fue acorralando, y, como un alacrán, se clavó él mismo el fatal aguijón días antes de que su escudero Nava comenzara a cantar.

Me queda claro que la política coimera en la que están directamente comprometidos cinco presidentes de la República desde 1985 hasta hoy —y que ha embarrado a funcionarios públicos de todos los rangos, dirigentes de fútbol, empresarios, policías, alcaldes y gobernadores— fue inaugurada en el primer gobierno de García con los escándalos de Tralima y el tren eléctrico, la compra fantasmática de los Mirages, además de los famosos dólares MUC, entre otras muchas fechorías, bastante antes de que Odebrecht entrara en escena. Es cierto, como señala y demuestra Alfonso Quiroz en su libro pionero sobre la *Historia de la corrupción en el Perú*, que las prácticas corruptas resultan gravitantes a lo largo de toda la historia

peruana desde el virreinato hasta hoy, y que ningún gobierno se salva de ellas, pero lo que es particular a nuestra época contemporánea es la cultura política coimera y achorada que, si bien es cierto Fujimori sistematizó llevándola a niveles de refinada perversión, es sin duda una cultura que García nos dejó como su propio y aciago legado.



## **César Hildebrandt y Alan García**

(Entrevista, 2001)

### **Breve aclaración**

Entrevisté muchas veces a Alan García y nunca supe con quién hablaba, quién era, al fin, aquella persona que había creado un personaje que se había apoderado de su nombre y ocupado su piel.

Esta es la entrevista del retorno, cuando el hombre que llevó al APRA al poder y al infierno, simultáneamente, regresaba al Perú para intentar un segundo gobierno. Era el momento en que García pedía perdón por todo lo hecho y la prensa, incluyéndome, trataba de creerle. Después del gobierno de bandoleros que habíamos padecido —y que a mí me costó más de cuatro años de forzado exilio—, era casi un deber darle una nueva oportunidad al hombre que había sido perseguido por el fujimorismo y hubo de correr por unas azoteas para no caer preso el día del golpe de Estado de 1992.

Pero lo cierto es que fue Alan García quien había creado a Alberto Fujimori. Fue él, con el auxilio de Guillermo Thorndike, un sector del periodismo y un buen pedazo de la izquierda, el que le prestó al ingeniero del tractor y la yuca la asesoría, las barras bravas y la información de Inteligencia que resultaron decisivas a la hora de erguirse como alternativa de Vargas Llosa.

García perdería la elección que se produjo después de esta entrevista. La partida la ganó Alejandro Toledo, el cholo que prometía «hacer el segundo piso» del edificio fujimorista. Y vaya que lo hizo. Fue segundo piso con

*penthouse* y *sky room*. Un poco más y habríamos visto un rascacielos con algún Becerril de conserje.

Cinco años después de este diálogo, que tiene la ligereza típica de la televisión, García saciaría su ego llegando por segunda vez a la presidencia. Fue entonces que todos los fantasmas del pasado cobraron vida. Fue cuando la tentación hizo lo suyo, los porcentajes actuaron, las adendas cumplieron su cometido y la plata caminó sola hacia maletines y loncheras. Lo que había sido ensayo entre 1985 y 1990 se hizo obra maestra, ópera de la infamia. Don Luis Nava vigilaba la taquilla y el adoptivo andorrano señor Atala dirigía las relaciones exteriores de aquel consorcio.

Cuando la editorial que publica este libro me alcanzó la transcripción de esta entrevista de comienzos de 2001, experimenté una cierta desazón. La televisión demanda una temperatura determinada para que el contacto entre entrevistador y entrevistado se produzca y alcance cierto tono de intimidad. Eso exige, asimismo, concesiones. Y eso es lo que abunda en esta entrevista. No están aquí las preguntas que debieran haberse formulado sobre la corrupción de aquel primer gobierno de las colas por la leche Enci y la carne podrida en algún puerto. No se habla aquí de Zanatti, del tren de Craxi, del prodigio de la multiplicación inmobiliaria del insaciable doctor García. Como dije: salíamos del hedor fujimorista y supusimos, falsamente, que los que volvían a la fiesta democrática tenían derecho al reseteo. Grave error. Si hubiésemos mantenido la memoria al día y el puñal entre los dientes nos habríamos ahorrado el lodo que imperó —otra vez— entre 2006 y 2011. Ese lodo que terminó en suicidio, en fuga por algunas azoteas de la *petit histoire*.

## **Primer bloque**

**César:** Quizás, presidente, en su caso, doctor García, suene a profecía maldita. De repente, presidente será otra vez.

**Alan:** Bueno...

**César:** Para algunos, digo yo.

**Alan:** En ese caso, la profecía maldita...

**César:** ¿Ya se cumplió?

**Alan:** No, en su caso es una amenaza posiblemente, pero no. Para los periodistas no es ninguna profecía maldita porque usted recordará que durante el quinquenio de mi gobierno jamás hubo un problema con la prensa y hubo absoluta libertad, creo que eso se puede reconocer. **César:** Absolutamente, lo reconocí y lo reconoceremos siempre porque efectivamente no hubo ataques a la libertad de expresión. Eso está reconocido y por eso se le llama a usted presidente constitucional, expresidente constitucional.

**Alan:** Muchas gracias, muchas gracias.

**César:** Porque usted respetó la constitución, lo que no respetó es la economía. Y la economía se lo comió a usted, la economía lo devoró a usted, porque la economía evidentemente exige un trato muy, muy solemne. Con la economía no se juega, creo que ya lo entendió. La pregunta que yo le hago ahora es, creo, la que se hacen muchos televidentes. Este señor viene, muestra signos de arrepentimiento, queremos creerle, queremos olvidar la página del fujimorismo en donde este señor fue tan satanizado, pero la pregunta es: ¿se habrá arrepentido de verdad? ¿De verdad se ha arrepentido o es que nos está volviendo a jugar el cuento de «gran orador», «excelente y cautivador hipnotizador de multitudes», «maravilloso mago de la palabra»? ¿Pero y adentro? ¿Se habrá arrepentido de verdad? Doctor García, ¿usted cree que puede responder?

**Alan:** Sí, pero creo que eso lo puede responder mejor usted que conoce tan profundamente el alma humana, porque hace una radiografía de tal calidad que realmente atemoriza. Yo no usaría el término arrepentido. Diría que los años hacen pensar, reflexionar y por ende reconocer lo que puede haber habido de errores, sin dejar lo que ha habido de aciertos, en lo que no se puede ser mezquino. Y eso impone que ante nuevas situaciones se tenga que plantear propuestas diferentes, y naturalmente no se puede incurrir en cosas que ocurrieron antes. La inflación, que es lo característico del periodo final de mi gobierno y que es lo que ha quedado grabado en la memoria y que fue grabado durante diez años gracias al aparataje publicitario del régimen dictatorial...

**César:** Pero que fue un desastre.

**Alan:** Evidentemente.

**César:** ¿Qué iba a decir sobre la inflación? Lo he cortado, pero me interesa mucho.

**Alan:** Decía que la inflación es el punto subrayado del fin del gobierno.

**César:** Ok. ¿Y entonces?

**Alan:** Y por consiguiente sobre él tenemos que hablar, sobre él tenemos que reflexionar para no repetir errores que pudieron aumentar la inflación, que sin embargo no era privativa del Perú y que no era privativa de mi gobierno porque venía, como usted dice, de la época del presidente Belaúnde. La proyección enero-julio de 1985 era 250 %. Sé que luego aumentó mucho más, como en otros países del continente.

**César:** Dennis Falvy, que no es precisamente un enemigo suyo, calcula que la inflación en el periodo del 85 al 90 fue de 2 millones.

**Alan:** Claro, porque esa es una multiplicación día a día de la inflación.

**César:** Lógico, lógico.

**Alan:** Eso también tiene algo de demagógico por parte de Dennis.

**César:** Algo teórico.

**Alan:** Evidentemente, pero, César, también los salarios aumentaron, y lo que le importa a la gente es qué puede comprar, con inflación o sin inflación. Hoy día no hay inflación ¿Qué puede comprar la gente? Murillo, del Instituto de Estadística, reconoció que se podía comprar la mitad con los salarios de hoy.

**César:** Doctor, ¿usted defiende la inflación?

**Alan:** No, defendiendo la capacidad adquisitiva de la gente.

**César:** Pero se pierde con la inflación, que es la evaporación del salario.

**Alan:** De acuerdo, usted está defendiendo la teoría fujimorista por la cual todo tiene que ser sacrificado a la inflación.

**César:** No, yo estoy defendiendo la fortaleza de la moneda que usted dijo defender el otro día en Bogotá.

**Alan:** Sí, pero lo que estoy demostrándole con cifras del Instituto de Estadística es que la gente compraba más pese a la inflación, César.

**César:** De acuerdo, podía comprar más, pero era ficción, era pura ficción.

**Alan:** Lo que se come no es ficción.

**César:** No, no, permíteme, había colas en su periodo.

**Alan:** Naturalmente, pero lo que se come no es ficción. Lo que produce el Perú en agricultura, que era más en esa época, tampoco es ficción, e inclusive lo que produce el país en petróleo tampoco es ficción. ¿Por qué no lo reconoce?

**César:** Era una ficción porque las horas que ese obrero trabajaba para comprarse un chancay aumentaban todos los días. Porque el chancay aumentaba, pero su salario no aumentaba a la misma velocidad. La inflación llegó a ser de tal velocidad que solo los burócratas se indexaron los sueldos y produjeron más inflación porque había que emitir más dinero.

**Alan:** ¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo?

**César:** Claro. ¿Se da usted cuenta de lo que hizo?

**Alan:** En este momento la gente ya no trabaja 8 horas, César, trabaja 10, 12 y hasta 14 horas. Ese es uno de los gravísimos problemas del empleo actual y de los *services* que explotan a la gente y a los jóvenes. De tal manera que no me puede decir que en esta situación estamos mejor que antes.

**César:** Pero usted se ha confundido, doctor García, usted cree que está hablando con Boloña.

**Alan:** A veces me parece.

**César:** Está hablando modestamente con César Hildebrandt, que se enfrentó a Boloña.

**Alan:** ¿Modestamente?

**César:** Modestamente, con un señor que no es economista, y que no es Boloña, y que no está con el proyecto fujimorista de vender los puertos y vender los aeropuertos y robar todo lo que se pueda. No, señor, permíname, yo creo tener una mínima autoridad moral para poder decir que Fujimori ha sido un desastre.

**Alan:** Económico.

**César:** Pero usted también.

**Alan:** Económico.

**César:** Sí, doctor, pero usted también.

**Alan:** De acuerdo, de acuerdo, hemos tenido serios problemas, pero la receta con la cual dijeron que se iba a curar todo esto y que aplicaron brutalmente con diez años de dictadura militar resultó muchísimo peor, eso es lo que estoy diciendo.

**César:** Correcto.

**Alan:** Y encima digo: me comprometo a la estabilidad monetaria.

**César:** Eso es importante.

**Alan:** Estoy dispuesto a entregar el Banco Central de Reserva a la oposición, porque es importante que haya quien garantice la emisión de la moneda. Yo creo que estamos dando una válvula de seguridad para decir que dentro de la estabilidad monetaria sí se puede reorientar recursos de manera productiva hacia el empleo y hacia el salario.

**César:** Claro, dentro de la estabilidad monetaria.

**Alan:** Sí.

**César:** Lo cual significa, evidentemente, respetar ¿no es cierto?

**Alan:** Los macroequilibrios.

**César:** Los macroequilibrios.

**Alan:** Sí, sí, sí...

**César:** Los parámetros fundamentales.

**Alan:** Yo no he venido a defender la hiperinflación, César.

**César:** No se puede inventar el dinero, ¿no?

**Alan:** Yo no he venido a defender la inflación.

**César:** Yo creía que usted seguía en la etapa bonapartista, ¡mágica!, de suponer que usted con su liderazgo podía inventar riqueza.

**Alan:** Ja, ja, ja...

**César:** Porque usted creyó eso en un momento, dígame que no, usted creyó que inventaba riqueza y lo que hacía era, efectivamente, redistribuir de un modo brutal la renta, el ingreso, pero con consecuencias terribles, ¿no?

**Alan:** Bueno, supongamos que fue así, César, supongamos que fue así y que ese fue el error.

**César:** Fue un error de...

**Alan:** De buena voluntad, de buena voluntad. En diez años hemos visto errores, no errores, acciones de maldad, que eran diferentes. Entonces lo

que yo vengo a decir es eso, se lo he dicho al Perú y no tengo ambages ni problemas en decirlo. Oiga, para qué me presento como candidato si no es para decir: esto estuvo mal en el primer gobierno, esto es lo que hay que corregir y mantener en el segundo.

**César:** ¿Qué hay que corregir? Ya me dijo la inflación, la relación con la moneda.

**Alan:** También la relación del gobierno con el país, que debe ser mucho menos partido y mucho más país, ¿me entiende? Yo no creo ya en los sistemas cerrados, en las capillas cerradas e ideológicas. El mundo es mucho más abierto, cambia demasiado para que uno se encierre en cuatro libros o en cuatro teorías, y mucho menos en un grupo humano solamente. De manera que la relación de un gobierno que yo llamo de unidad nacional con el país tiene que ser completamente diferente al que fue entonces.

**César:** ¿No le hubiera convenido venir a reconstruir el partido que casi destruyó?

**Alan:** Como le gusta a usted decir cosas, ¿no? [risas]

**César:** En vez de apetecer la presidencia que ya probó, ¿por qué no se tomó estos cinco años? Tendría cincuenta y seis la próxima vez. Sería casi un adolescente de la política latinoamericana, que conoce de octogenarios y nonagenarios.

**Alan:** Cuando me propusieron la candidatura presidencial...

**César:** En resumen, doctor... ¿Por qué es tan ambicioso?

**Alan:** Yo pensé lo mismo que usted dice.

**César:** ¿Sí?

**Alan:** Yo no quiero dar la imagen de un ambicioso, César, entremos en materia. Así como hubo un fujimorismo dictatorial y político que usted combatió con enorme valentía —yo le reconozco algunas virtudes, como usted ve—, hay también un fujimorismo económico que peligra de



mantenerse igual. Lo que a mí me alarma es que los candidatos que se presentaron significaban un mantenimiento de ese fujimorismo económico. Hay mucho temor a hablar de regulación de tarifas y usted sabe a qué nivel están las tarifas en el país. Hay mucho temor a atacar esta institución nefasta que es el *service*. Hay mucho temor a volver a hablar de crédito agrario.

**César:** Pero cuando hay libertad no puede haber regulación de tarifas, porque las tarifas se regulan por el mercado.

**Alan:** ¿Entonces qué? ¿Inglaterra no es libre?

**César:** Pero usted quiere, ¿qué...? ¿El laborismo inglés de los sesenta?

**Alan:** No, el laborismo inglés de Tony Blair, de la tercera vía.

**César:** ¿Y cuál es el laborismo inglés? Es un laborismo que es tan capitalista que los obreros ya no reconocen nada de socialismo inglés.

**Alan:** Pero el laborismo inglés sabe controlar las tarifas, sabe aplicar impuestos al exceso de ganancias en las tarifas, y sabe concertar a los usuarios para que participen en la regulación de las tarifas.

**César:** Ese es un método perfectamente capitalista y civilizado. En Estados Unidos también hay regulación de tarifas.

**Alan:** ¿Y por qué no se ha hecho con Fujimori y por qué no se plantea activa y abiertamente por los otros candidatos?

**César:** Porque Fujimori es el esperpento del liberalismo, Fujimori no tiene que ver con el liberalismo. Fujimori fue un ladrón.

**Alan:** Pero los actuales candidatos no lo han planteado.

**César:** Pero escúcheme, usted dice: «los candidatos se parecen todos entre sí porque están planteando una especie de continuismo fujimorista».

**Alan:** Se ha dicho explícitamente: no hay fujimorismo sin Fujimori.

**César:** No creo que sea justo eso.

**Alan:** Se dijo eso.

**César:** Toledo no creo que quiera hacer continuismo, ni Lourdes Flores como socialcristiana. Lo que pasa, doctor García, es que a usted no le gusta que haya ciertos parámetros inamovibles de la economía. Es como entrar a un templo. ¿En el templo qué pasa? Hay incienso, hay fieles, hay una hornacina, hay santos, hay rezos, hay credo, hay credulidad. No hay otra cosa, no puede haber otra cosa. La economía tiene parámetros inamovibles que son de hierro, son corsés de hierro, doctor García.

**Alan:** No, no, perdóneme usted, César.

**César:** Ese es un gran tema, ¿podemos dar una pausa?

**Alan:** Sí, pero creo que está usted muy equivocado.

**César:** Son unos comerciales.

**Alan:** Vale la pena decir algo antes de los comerciales.

**César:** Vamos a seguir hablando.

**Alan:** Eso de decir que no se puede hacer nada por la gente... Por eso soy candidato, porque yo sí creo que sí se puede hacer algo por la gente.

**César:** Vuelve el doctor García a explicarnos.

[Pausa comercial]

## Segundo bloque

**César:** Estaba explicándonos algo.

**Alan:** Sí, la actitud de decir que nada se puede hacer porque hay leyes inflexibles y cánones es lo que a mí me parece absurdo. Todos los gobiernos hacen cosas. Europa, por ejemplo, paga a sus campesinos para que no produzcan. Estados Unidos juega con los aranceles de los espárragos impidiendo o permitiendo el ingreso de productos extranjeros. Nosotros somos los únicos que, con Fujimori, hemos adoptado canónicamente, religiosamente, esta teoría del libre mercado. Parece que el mercado lo

gobierna el país mientras el Estado solo se dedica a robar. Entonces yo sí creo que se puede hacer un proceso de reactivación por el cual las tierras que están abandonadas comiencen a producir y las industrias, que están detenidas, vuelvan a captar empleo. Yo pienso que esta es la mejor posibilidad que tiene el país aun en la crisis que vive.

**César:** Claro, usted tiene razón. Europa tiene regulaciones, tiene sistemas de defensa, tiene líneas Maginot arancelarias para proteger su propia y ancestral agricultura. Eso es cierto. Pero no olvide que la inflación media europea es 4.5 %, 5 % la más alta, la irlandesa, y están aterrorizados. La media europea es ahora 2.5 %. Claro, con una inflación así, y conservando desde luego la sensatez central de la economía dentro de ciertos parámetros, hay cosas intocables, hay esencias que no se pueden tocar.

**Alan:** Perfecto, pero vamos a ver qué es lo que se puede y se debe cambiar. Necesitamos orientar la agricultura, una cantidad de recursos de los que ha sido privada. Durante los últimos seis o siete años se han puesto menos de la mitad de los fertilizantes que antes se aplicaba a la agricultura del Perú, y eso abre un periodo de tierra desfosfatada muy peligroso para la agricultura. Necesitamos aplicar créditos sobre cientos de miles de hectáreas que en estos momentos no producen porque el crédito comercial, que vale el 20 % o 30 % en las provincias, es imposible de alcanzar para los campesinos. Entonces, lo que yo digo es: este crédito no es dinero tirado al viento, no es dinero inventado para echar al viento, va a fructificar, se va a utilizar.

**César:** Depende...

**Alan:** Sí, normalmente...

**César:** Depende, ¿no?

**Alan:** Es cierto que puede haber sectores que no lo utilicen bien, pero en lo básico...

**César:** La vez pasada el Banco Agrario no funcionó como usted quería, no se convirtió en semillas o en tractores, se convirtió a veces en casas en Cieneguilla.

**Alan:** Yo no lo dudo.

**César:** ¿No lo recuerda?

**Alan:** No dudo que pueda haber sinvergüenzas en muchas cosas, pero César, usted no me puede negar que el cultivo global de papas en el Perú era más grande en 1990 que hoy. Hoy importamos papas del Ecuador.

**César:** Pero ¿por qué no se preocupa por la agroindustria, que es la que nos va a dar divisas para que usted pueda gastar?

**Alan:** Ese es un segundo paso importante.

**César:** ¡Hay que admitir que el dinero no se inventa! El dinero es un reflejo del trabajo y de la riqueza social y productiva. A partir de eso usted puede hacer todos los ajustes. Puede tener una economía proestatista como la francesa, mixta como la sueca, abiertamente capitalista como la española, ¿verdad?, con rezagos feudales sin embargo en el sur, pero sobre bases muy ciertas, doctor García. Y es lo que quería decirle. No haga una caricatura de lo que yo dije.

**Alan:** Producíamos más maíz amarillo, más papas, más trigo, más azúcar.

**César:** Le concedo eso, pero le voy a añadir algo que a usted le va a parecer horroroso, desde luego...

**Alan:** Vamos a ver...

**César:** Y me va a poner una cara de asombro tremenda. La verdad es que yo no le daría prioridad al cultivo de papas, porque cultivo de papas al final de cuentas, ¿sabe qué cosa es? ¿sabe qué cosa es para mí? Es parte de

toda esta herencia horrorosa del yanaconaje, y de la explotación, y del autoconsumo, y de la economía piltrafuda de los Andes que no nos lleva a nada.

**Alan:** Perdóneme, César, pero acaba usted de decir una cosa atroz.

**César:** Así es...

**Alan:** En el mal sentido. ¿Usted prefiere que sigamos importando trigo extranjero en vez del nacional?

**César:** Perdóneme, se ha probado ya que el trigo no es fácil de cultivar en el Perú.

**Alan:** No, no es fácil.

**César:** Y vamos a ser importadores.

**Alan:** ¿Y por qué no cultivamos papa que es en lo que somos originales y expertos después de miles de años?

**César:** ¿Y por qué no somos agroexportadores como los chilenos?

**Alan:** Pero naturalmente, eso es un segundo...

**César:** Los chilenos, viviendo en una franja que podría ser perfectamente la prolongación del Perú, ¡hombre!, exportan en salmón mil millones de dólares, ¿y sabe cuánto...?

**Alan:** Creo que es un poco elevada la cifra del salmón.

**César:** No, en salmón solamente mil millones, pero en agroexportaciones: 6500 millones de dólares. ¿No los envidia usted?

**Alan:** No, absolutamente, pero ese es un complemento del cultivo andino de las papas. Tenemos una costa que es un invernadero, pero no olvidemos que tenemos cientos de miles de campesinos a los que llegar. De manera que yo me remito simplemente a los volúmenes producidos para decir que hubo más producción y por ende más comida. ¡Oiga! En Huánuco, en 1990, se cultivaban en Huallanca, y cerca a Huánuco, 18 000 hectáreas; en el 97, solo 3000 hectáreas por importar papa del extranjero.

¿Por qué tenemos que endeudarnos para financiar el trabajo de agricultores extranjeros en vez de financiar el trabajo de nuestros agricultores? Yo no dudo que la agricultura tiene que avanzar, habrá que dar todas las exoneraciones arancelarias, promocionar de mil maneras...

**César:** Pero usted tiene muy a flor de diccionario palabras como «exoneración», «estímulos», «subsidios», «préstamos». La economía no es así, doctor García.

**Alan:** Dígame usted por qué el Lexing Bank en Estados Unidos puede prestar a una tasa diferencial para las industrias que sí les interesan a los norteamericanos.

**César:** Bueno, porque manejan el mundo.

**Alan:** Manejan el mundo y manejan su economía. Comencemos por manejar nuestro pequeño mundo, César.

[Pausa comercial]

### **Tercer bloque**

**César:** El fujimorismo es hijo de Alan García, lo dice Alan García.

**Alan:** Yo rechazo esa paternidad o le adjudico a usted la maternidad de Fujimori, porque usted con un vigor extraordinario defendía al candidato Vargas Llosa, y Vargas Llosa dijo tantas cosas que asustaron a los peruanos. Por ejemplo, despedir un millón de empleados públicos cuando solo había 850 000, o presentarnos representados en un mono que defecaba en la televisión. Acuérdesese de eso.

**César:** Pero también dijo: vamos a enjuiciar a los bribones.

**Alan:** Y estaba rodeado de bribones, como usted sabe, y de abogados del Partido Popular Cristiano.

**César:** Pero usted inventó a Fujimori, de eso no hay duda, usted le dio consejos, ¿sí o no?

**Alan:** No, a Fujimori lo inventó la desmesura del candidato que amenazaba a todos y surgió frente a él alguien que decía: yo no haré nada de lo que él amenaza.

**César:** ¿Y usted no puso su manita?

**Alan:** No.

**César:** ¿No puso su talento? ¿Usted no le puso asesores a Fujimori?

**Alan:** No, no, en absoluto. En absoluto.

**César:** ¿Usted no le puso ideas?

**Alan:** No.

**César:** ¿Usted no ha contado que Fujimori le pidió que apagaran la luz?

**Alan:** Eso envió y me pareció una insolencia por parte de un candidato decir eso.

**César:** Pero lo dijo con la confianza que le tenía, doctor García.

**Alan:** No, ninguna confianza.

**César:** Apágame la luz.

**Alan:** Nunca, nunca, había tratado....

**César:** Sí.

**Alan:** No, señor.

**César:** Hugo Otero y Guillermo Thorndike lo ayudaron en la campaña.

**Alan:** Jamás, jamás...

**César:** Y eran gente suya.

**Alan:** Jamás, jamás.

**César:** Claro que sí.

**Alan:** El señor Thorndike no es gente mía.

**César:** Era gente suya. Él ha sido sucesivamente de otros, tiene lealtades sucesivas...

**Alan:** Usted ha coincidido con él, alguna vez.

**César:** Sí, pero nunca en sus cambios.

**Alan:** Pero volviendo al tema. La supuesta paternidad o maternidad de Fujimori yo creo que es una cosa del pasado. Fue una circunstancia en la cual se abrió un vacío de poder porque había un candidato que amenazaba mucho y había un gobierno que no iba a continuar.

**César:** Bueno, yo le voy a describir otro escenario.

**Alan:** A ver.

**César:** Un escenario que coincide en cuanto a las fechas, pero no coincide en cuanto al paisaje. Usted pinta que había un candidato a la derecha que aterrorizaba y luego viene un candidato que dice, precisamente, que se pueden hacer las cosas con suavidad, sin grandes cirugías, sin grandes torturas, sin grandes sufrimientos, y las vamos a hacer. Por supuesto, al final incumplió todo. Pero el escenario no era ese, doctor García. El escenario era dos millones de inflación.

**Alan:** Ya se enojó, César.

**César:** No.

**Alan:** Ya se enojó, César, y estamos volviendo al comienzo de la entrevista.

**César:** Un país ruinoso. Polay se escapaba por un túnel.

**Alan:** Como va a ser ruinoso un país en el cual se producía más que ahora.

**César:** Pero déjeme terminar, estoy tratando de describir el paisaje social en el que surge Fujimori.

**Alan:** Está un poco exagerada su descripción.

**César:** Efectivamente, Fujimori surge sin partidos, aunque con el apoyo secreto del APRA y del doctor García.

**Alan:** Que César Hildebrandt conocía bajo la mesa.



**César:** No, lo conocía medio país.

**Alan:** Si 67 % del Perú votó por Fujimori.

**César:** Por eso, en la segunda vuelta.

**Alan:** Porque el expresidente García telepáticamente dominaba todo el país, eso es paradójal. Un país ruinoso cuyo presidente gobierna el 67 %. ¿Se da usted cuenta de lo que dice?

**César:** No, no, un momentito. Un país ruinoso que justamente requiere de una salida alternativa y periférica, como era Fujimori, un hombre marginal que no pertenecía a la partidocracia que ustedes habían desacreditado.

**Alan:** ¿Y por qué no lo apoyaste, si crees eso?

**César:** Me refiero a Belaúnde y me refiero a García. Como usted dice, el apoyo era secreto así que la gente no podía saber, ¿no es cierto?

**Alan:** Bueno, es muy fácil decir que algo es secreto para no probarlo.

**César:** Pero el asunto es que Fujimori nace...

**Alan:** Se ha enojado usted con lo de la maternidad.

**César:** No, no. ¡Oiga! Si madre hay una sola y usted lo sabe.

**Alan:** Por eso.

**César:** Y además, en cuanto a, digamos, sanguineidades y filiaciones, hombre, doctor García, usted no solamente es papá de Fujimori, sino que usted es un parricida.

**Alan:** No.

**César:** Usted mató al APRA y el APRA es su papá.

**Alan:** ¿Por qué no va conmigo al local de Alfonso Ugarte y pregunta usted a los compañeros?

**César:** Ahora ha resucitado.

**Alan:** Ah, ve usted las cosas que dice.

**César:** En política no hay cadáveres, pero lo que sí hay es gente que sufre y muertos.

**Alan:** Naturalmente.

**César:** Y lo que vemos es un doctor García que parece no haberse arrepentido de nada.

**Alan:** Ya ve, ya se enojó usted por lo de la maternidad.

**César:** Lo que pasa, doctor García es que, en el fondo, en el fondo...

**Alan:** Sí...

**César:** Usted cree que la justicia histórica no ha sido razonable con usted. Usted cree que hemos sido mezquinos con usted.

**Alan:** No usted, no usted.

**César:** Y usted cree que los errores han sido más leves que los aciertos. A mí me interesaba llegar al fondo de esto por una sola razón: porque aquí el país se va a jugar el futuro. Usted tuvo una oportunidad, no digamos que cumplió, la desperdició, la perdió. Ahora quiere una segunda oportunidad. Es evidente que la segunda oportunidad se la va a dar la gente en la medida que vea a otro doctor García. La pregunta es: ¿usted cree que están viendo a otro esta noche?

**Alan:** Sí, con su ayuda sí. Y yo pienso que está usted más que entrevistando, sentenciando y estigmatizando. Pero sí pienso que, si habláramos de temas de fondo, podrían ver a otro doctor García.

**César:** ¿Qué tema de fondo propone?

**Alan:** Hasta ahora no estamos hablando de las posibilidades de la reactivación económica que la gente espera.

**César:** Muy bien, hablemos del tema de fondo de la reactivación económica.

**Alan:** Muy bien. Propongo la creación del Banco Agrario.

**César:** Otra vez.

**Alan:** Otra vez, a través de las ventanillas del Banco de la Nación para que no tenga burocracia. Pero que asista a algunos cientos de miles de hectáreas que van a dar inmediatamente empleo y van a crear alimentos.

**César:** ¿Préstamo en efectivo, sería?

**Alan:** Sí, naturalmente. Una parte en efectivo y una parte para que los propios agricultores palanqueen en las zonas de donde son.

**César:** ¿A qué interés?

**Alan:** Eso depende de los requerimientos del banco en ese momento.

**César:** Ya, muy bien, Banco Agrario. ¿Y luego?

**Alan:** Vamos a hacer un acuerdo con los industriales. Hay que reducir los aranceles a los insumos que el país no produce. Hay que generar que el Estado compre más a los industriales del Perú. Compró 13 000 millones de soles el año pasado y solo 270 millones a los industriales. Y hay que reprogramar la deuda tributaria y financiera que tiene la industria, que se ha depreciado brutalmente en todos estos años y yo creo que ese es un requerimiento fundamental. Para construir el mercado de consumo pienso que hay que solucionar el problema de los créditos de consumos que agobian a las familias: hay 1 350 000 créditos de consumo, usted sabe, aproximadamente de 1000 o 1500 dólares cada uno.

**César:** Sí, usted es un experto en estimular el consumo, en estimular la demanda.

**Alan:** Es más, en este momento es esencial estimular el consumo, César, de lo contrario cómo va a haber empleo si las industrias no venden.

**César:** De acuerdo, doctor, ¿pero no lo va a hacer como lo hizo la vez pasada, verdad?

**Alan:** Usted ha tocado el tema de los bancos. Los bancos en este momento tienen un serio problema porque se rompió el consumo de la

gente, las industrias no vendieron a nadie, no podían pagar a los bancos que han quedado propietarios de industrias vacías.

**César:** Bueno, esto es una recesión, en todo caso, salvaje y sincera.

**Alan:** Vamos a reestimular el aparato reproductivo.

**César:** Es una recesión salvaje y sincera, pero que la reestimulación no sea pichicatera.

**Alan:** No va a ser pichicatera.

**César:** Que no sea pichicatera, que sea de verdad.

**Alan:** Usted tiene que generar recursos que sean sanos para estimular.

**César:** Eso es.

**Alan:** Muy bien. Recursos que sean sanos pasan esencialmente o bien por una renegociación del calendario del pago de la deuda y su monto, cosa que yo considero totalmente sensata y posible, visto que Fujimori engañó al mundo con cifras que no eran ciertas para aceptar un calendario de pagos exagerado.

**César:** Bueno.

**Alan:** Y el mundo tiene que entender y conocer cuál es realmente nuestra posibilidad de pago y cuál es nuestra producción.

**César:** ¿Otra vez se va a pelear con el Fondo?

**Alan:** No, no, yo pienso que el Fondo ha sido, como nosotros, víctima de un engaño, de una terrible patraña, de cifras económicas mentirosas, y tiene que saber la verdad y entender que el Perú no produce 70 000, sino posiblemente 50 000 millones en este momento.

**César:** ¿Y quién sería su ministro de Economía, doctor García?

**Alan:** Yo todavía no lo he definido, pero como le he dicho desde un comienzo...

**César:** ¿Alguien de la oposición?

**Alan:** Podría ser, podría ser, ¿por qué no? Al Perú en este momento no lo va a salvar un partido, César. Al Perú no lo va a salvar el APRA.

**César:** ¿Seguro?

**Alan:** Esta es una vieja frase ritual, pero necesitamos de todos los peruanos. Los técnicos, fundamentalmente.

**César:** Sabe qué he visto, como si fuera un espectro, detrás de usted.

**Alan:** No, no me diga a quién ve. Está usted ya de vidente, ahora.

**César:** No, no, he visto una sombra horrorosa.

**Alan:** No se asuste, no se asuste.

**César:** Sí, sí, he visto a su amigo. A uno de sus amigos.

**Alan:** Qué terror. ¿A quién, dígame?

**César:** A su amigo, al predilecto, al maravilloso, al perfecto, al inteligente. Al más inteligente de todos sus amigos. ¿Quién?

**Alan:** César Hildebrandt.

**César:** No. Vásquez Bazán.

**Alan:** ¿Vásquez Bazán?

**César:** ¡Por mi madre que lo he visto!

**Alan:** Vásquez Bazán está en Estados Unidos.

**César:** Está detrás de usted.

**Alan:** Está muy lejos. No crea usted en fantasmas y en espectros, César, vaya usted a la iglesia más frecuentemente o vaya usted a un psiquiatra. Eso le va a hacer muy bien.

**César:** ¿Me puede recomendar el suyo?

**Alan:** Naturalmente.

[Risas]

**César:** Oiga, Bayly ya falta aquí, ah, ya falta Bayly.

**Alan:** Ya se va pareciendo el programa al de Bayly, hasta este momento.

**César:** Sí, esa es una gran frase.

**Alan:** Y no le haga propaganda a un programa rival, por favor.

**César:** ¿Pero por qué? Nosotros no somos mezquinos.

**Alan:** ¿No?

**César:** Nosotros no decimos: solo el 13 salvará al Perú. ¡La televisión entera salvara al Perú!

**Alan:** Acabo de decirle que esa es una vieja frase ritual que tiene poca validez en este momento.

**César:** Doctor, igual que yo hace unos minutos, probablemente, usted también se acaba de picar.

[Pausa comercial]

## **Cuarto bloque**

**César:** La corrupción. Esa es otra de las grandes sombras crónicas, endémicas del APRA.

**Alan:** No, del APRA no, del gobierno.

**César:** De su gestión.

**Alan:** Sí, no le echemos la culpa al APRA.

**César:** Es cierto, de su gobierno. Yo el otro día trataba de recordar esa vieja entrevista que le hicimos con Lévano a Haya de la Torre en su vieja casa de Vitarte. Viejo maravilloso, Haya de La Torre. Austero, fuerte, apasionado, narcisista, inteligentísimo, culto, pobre, pobre, sobre todo. Yo decía: cómo este hombre funda un partido y luego vienen sus mejores jóvenes, sus delfines más listos —es evidente que usted es lo mejor que le ha pasado al APRA en términos intelectuales, no hay duda de eso, habría que ser un estúpido para negarlo—, pero ¡vaya!, ¿cómo pudieron hacer tanto destrozo en el partido?

**Alan:** No fue así, no fue así. No exagere, no exagere.

**César:** De acuerdo, de acuerdo, puede ser una visión dramatizada. Vamos a hablar del tema de la corrupción. Yo le hice una pregunta una vez y usted me contestó con mucha energía, el 91, me acuerdo, antes de que me cerraran el programa. ¿No hay nada que usted deba contarnos de lo cual se arrepiente? ¿No hay ninguna amistad, de esas generosas, que a usted lo convirtieron en un receptor de bonificaciones no declarables?

**Alan:** Le respondo lo mismo que entonces: no.

**César:** ¿No robó usted, doctor García?

**Alan:** Absolutamente no. Cuando uno quiere un sitio en la historia, no necesita dinero.

**César:** ¿No permitió que robaran?

**Alan:** Si robó alguien, no fue con mi permiso ni mi concesión.

**César:** ¿Cómo que si robó alguien? ¿Y el BCCI?

**Alan:** Señor, ¿el presidente tiene que responder de cada cosa que ocurra en tantos de los bancos que existen? Lo que yo quiero decir aquí es que lo señores que fueron inculpadados, encarcelados y extorsionados por el procurador para decir que algo tenía que ver yo, sufrieron muchos años de cárcel y jamás aceptaron esa barbaridad.

**César:** Sí, pero el dueño del BCCI alguna vez lo vio a usted en palacio.

**Alan:** Jamás, perdón, jamás.

**César:** ¿Jamás?

**Alan:** Lo único que se citó en esa persecución absurda que hicieron fue el fax de una secretaria que decía que iban a pedir una cita para un dueño que yo no vi, ni conocí.

**César:** ¿No lo conoció?

**Alan:** Jamás, jamás, eso está probado en el expediente.

**César:** De acuerdo.

**Alan:** Señor, a mí me persiguieron dos años.

**César:** Solamente...

**Alan:** 2500 bancos dijeron que jamás tuve una cuenta en ellos.

**César:** Hay una cosa muy rara en lo del BCCI. En su gobierno ocurrió. El BCCI era un banquito, un banquito, y abrió aquí una sucursal, y luego el BCR con Leonel Figueroa de gerente, y con Brian Jensen de presidente, le mete 260 millones de nuestras reservas a esa sucursal que, según el informe de la banca inglesa, pertenecía a un banco dudoso, porque le ponían 4 de reputación del 1 a 5.

**Alan:** Bueno, ¿y yo qué tengo que ver con el señor Brian Jensen, que ya murió y era acciopopulista? ¿O de las decisiones internas del banco, señor?

**César:** ¿Leonel Figueroa no tenía que ver con usted? ¿No consultaba con usted?

**Alan:** A mí no me pedía permiso para decir dónde se compra sus zapatos o corbatas o dónde colocaba las reservas.

**César:** Usted como presidente...

**Alan:** ¿Usted cree que al presidente Paniagua le están consultando en este momento los treinta bancos en los cuales se colocan las reservas? ¡Eso es una injusticia!

**César:** Pero Paniagua no es tan metiche como usted. ¿A usted no le interesaba dónde iban nuestras reservas?

**Alan:** ¿Otro adjetivo? Ya van como treinta.

**César:** Pero metiche es un adjetivo generoso. Metiche en el sentido de controlarlo todo.

**Alan:** No, no, porque uno no es experto en eso. Hay una gerencia con treinta o cuarenta personas que estudian cada uno de los bancos del mundo.

**César:** Segunda pregunta. ¿Por qué una vez aterrizó raramente en Lúxor? ¿Por qué? ¿Por qué se fue a Lúxor?



**Alan:** Porque yo creo en la arqueología y la antropología, no voy a ir a hacer ningún negocio absurdo desviándome a Lúxor.

**César:** ¿Pero no se vio ahí con un traficante?

**Alan:** No, no, en absoluto.

**César:** ¿No se vio ahí con un traficante de armas?

**Alan:** Ningún traficante. Ahí fui recibido por Boutros Boutros-Ghali y por el señor Abderramán El Assir. ¿Usted se refiere a él como narcotraficante o traficante de armas?

**César:** No, traficante de armas.

**Alan:** No, no, en absoluto, que yo sepa él jamás ha vendido un arma.

**César:** ¿Y qué hacía ahí?

**Alan:** Es egipcio.

**César:** No, no, pero ¿qué hacía ahí con usted?

**Alan:** Es egipcio, yo venía de Harare, del sur del África. Le explico geográficamente. Y volviendo hacia Europa, ¿cómo no voy a detenerme en El Cairo y en Lúxor un día? ¿Por qué no puedo detenerme?

**César:** Ajá. Harare está por ahí, ¿no?

**Alan:** Harare está en el sur del África y si usted viene hacia el norte pasa sobre Egipto.

**César:** Claro, claro.

**Alan:** Sí.

**César:** Muchas gracias por la cultura, doctor.

**Alan:** Sí. Es que a veces hay que aclarar las cosas.

[Risas]

**Alan:** ¡Cómo se enoja usted!

**César:** No, es que usted lo ha dicho como un atlas. Me parece muy bien. Entonces, aterrizó en Lúxor.

**Alan:** Sí.

**César:** No para ver a ese individuo, sino para ver...

**Alan:** El Valle de los Reyes obviamente.

**César:** El Valle de los Reyes.

**Alan:** Naturalmente.

**César:** ¿Qué le concierne? ¿El Valle de los Reyes?

**Alan:** Usted me ve como rey y ese es su problema.

[Risas]

**César:** ¿Por qué cree que es mi problema?

**Alan:** No sé.

**César:** Yo cómo lo voy a ver como rey. No, hombre, usted cantaba: «¡Yo soy el rey!».

**Alan:** Sí, claro.

**César:** ¿Entonces? Y todavía me echa la culpa a mí...

**Alan:** ¿No quiere cantar conmigo?

**César:** No, cómo voy a cantar con usted, imagínese, qué horror. Pero usted se sentía rey.

**Alan:** No, no, mire...

**César:** Luis XVI.

**Alan:** No, Luis XVI era un bobo, además. Luis XVI...

**César:** ¿XIV?

**Alan:** Ese era el del Estado soy yo.

**César:** Sí, ese.

**Alan:** No, no. Como usted, que es rey de la vanidad televisiva y del reinado televisivo, posiblemente cuando joven yo tuve también un poco más de vanidad de la debida, obviamente.

**César:** ¿Sigue siendo joven?

**Alan:** No, no, ya estamos nosotros más cerca de la tumba que del nacimiento.

**César:** ¿Usted se siente ya envejecido? ¿Tocado por la vejez?

**Alan:** Bueno, ¿tocado? Más que por la vejez, por lo que he vivido.

**César:** Yo soy un año mayor que usted y me siento abiertamente...

**Alan:** César, se le han caído unas cartas ahí.

**César:** ¿Ah?

**Alan:** Se le han caído unas cartas. Eran tres años más.

**César:** No, 48 dije, disculpe, agosto del 48. Usted mentiría hasta en la edad, ¿no?

**Alan:** No, jamás, es imposible.

**César:** Usted es del 49.

**Alan:** Quizás intentaría, pero...

**César:** Usted es del 49.

**Alan:** Del 49, sí.

**César:** Entonces yo le llevo un año. Y yo ya me siento francamente viejo, ah.

**Alan:** Yo también. ¿Quiere que le diga verdaderamente?

**César:** Sí, sí.

**Alan:** Hemos envejecido porque en este tiempo se envejece más rápido.

**César:** Verdad, ¿no?

**Alan:** Oiga, nosotros somos de la tercera edad hace tiempo. A ver, si no tuviera usted su inteligencia, reconocida, y su habilidad televisiva, ¿usted cree que alguien le daría trabajo en la calle?

**César:** ¡Geenaarooooo!

**Alan:** No le daría.

**César:** Tiene razón, tiene razón. Y nos duele la próstata ya.

**Alan:** No me haga usted partícipe de sus dolencias.

[Risas]

[Pausa comercial]

## Quinto bloque

**César:** Es la última parte del programa. Corrupción, muy bien. Lúxor. Mirage. Yo nunca entendí bien lo de los Mirage.

**Alan:** Yo tampoco, César.

**César:** Héctor Delgado Parker, cuando vivía, me lo explicó en Miami. Terminé de entenderlo un poco y voy a hacer una confesión a todos los televidentes: el señor Ricardo Letts ha esgrimido este libro varias veces en este programa, el otro día incluso debatiendo con Mauricio Mulder. Yo acabo de leer este libro. He leído las cuarenta páginas correspondientes a las conclusiones. Y en relación a los Mirage, debo decir que Carlos Malpica, en relación al señor Héctor Delgado Parker, no ofrece una sola prueba de lo que dice. Y dice que 200 millones de dólares se repartieron entre Héctor Delgado Parker y Alan García. ¿De dónde saca la cifra? No se sabe. ¿Cómo procede a hacer ese cálculo? No se sabe. Lo único que se sabe es que es el primer caso en que una reducción de flota determina más dinero para repartirse. No entiendo. Si había que repartirse algo debían extender la flota y no achicar la flota, porque evidentemente la flota no se revendió ya que en eso Dassault, la fabricante, tenía derecho de veto. Bueno, pero eso no lo exime, doctor García. Discúlpeme, pero yo quería hacer esa aclaración porque Ricardo Letts casi me lo planteó como exigencia pública...

**Alan:** Yo le agradezco. No por mí, sino por Héctor Delgado Parker. Que fue un hombre inteligente y patriota.

**César:** Era un buen hombre, Héctor Delgado Parker.

**Alan:** E hizo todo lo que pudo. Yo se lo cuento en dos palabras. El gobierno anterior compró veintiséis aviones, los más caros del mundo, de manera criminal y en mi concepto, para aceptar sobornos, pagó 150 millones de dólares antes de dejar el gobierno. Yo me encontré con un

contrato que declaré nulo. Como no se podía anular sin perder los 150 millones, llegamos con el Estado francés, que era propietario de la fábrica, a la transacción de aceptar doce aviones sin pagar nada más. ¿De dónde podía salir una coima? Estos bárbaros dijeron que habíamos cedido los otros catorce a Irak, ahí está en la declaración. Y cuando vino la guerra del Golfo se comprobó que Irak nunca tuvo aviones Mirage 2000, pero yo ya estaba acusado. Yo puedo defenderme, soy un político, ¿sabe? Yo puedo recibir, sin alterarme o sulfurarme, todas las acusaciones, las aguardo con serenidad. Pero un hombre como Héctor Delgado, que después fue además raptado por el terrorismo, y que murió seguramente acongojado por esa acusación funesta... Yo le agradezco mucho que haya dicho lo que ha dicho.

**César:** Siempre sacando provecho, ¿no, doctor García?

**Alan:** No, no, yo quería mucho a Héctor Delgado. Eso sí le ruego no tomarlo con sorna.

**César:** No, yo no lo estoy tomando con sorna.

**Alan:** Ese hombre era mi amigo, ese hombre era padrino de mi hijo, a ese hombre lo quería mucho. Y yo estoy convencido de que era absolutamente transparente. Y que los mejores consejos, algunos de los cuales no seguí, lamentablemente, vinieron de él como asesor.

**César:** ¿Qué consejo no siguió? ¿Recuerda uno?

**Alan:** Sí, por ejemplo, él proponía que la seguridad social, ya entonces, se convirtiera en...

**César:** AFPS.

**Alan:** En AFPS. Y yo creo que hubiéramos avanzado, regulando mejor esa situación, pero hubiéramos ganado tiempo. Él me aconsejó también en la primera privatización que tuvo el Perú, que fue entregar a los propietarios

de teléfonos sus acciones para que formaran la Compañía Peruana de Teléfonos privada.

**César:** Así lo hizo.

**Alan:** Y lo hicimos y lo logramos. En 1989 se constituyó el directorio privado.

**César:** ¿Y por qué no siguió más los consejos de Héctor Delgado, doctor García?

**Alan:** Porque hay múltiples consejeros y además cada uno tiene sus propias ideas, ¿verdad?

**César:** ¿Quién le dio el consejo de estatizar la banca?

**Alan:** Yo no se lo voy a echar a nadie. Yo.

**César:** ¿Usted se aconsejó?

**Alan:** No, yo había escrito un texto en el cual decía que si antes el dominio económico eran las minas y los enclaves agrarios, después era la industrialización, en este momento era el dominio de los bancos. Y entonces, consecuente con eso, cuando vi que la reactivación económica de los dos primeros años no daba como consecuencia más empleos y más trabajo, yo dije: hay que hacer algo para que no se vaya el dinero y plantee la nacionalización de la banca. Quizás debí plantear la regulación forzada de la superintendencia de la banca.

**César:** ¿Lo haría de nuevo?

**Alan:** No, por una razón, porque eso era 1987. Catorce años después el mundo no tiene barreras económicas, eso es la globalización. Los capitales van electrónicamente por internet, entonces sería un absurdo decir: me quedo con las paredes de este banco. ¿Y qué sentido tiene eso en un país que debe requerir más capitales del extranjero?

**César:** Pero ya era así bastante en el 86, ¿no? ¿87?

**Alan:** No, no, no olvide usted que recién el 89...

**César:** ¿Qué logró usted estatizando la banca? Nada.

**Alan:** ¿Logré sabe qué? Estar diez años en el extranjero.

**César:** Cavar su tumba.

**Alan:** Perseguido.

**César:** ¿Y por qué? ¿Valía la pena?

**Alan:** Usted ha mencionado a los Picasso.

**César:** Sí.

**Alan:** Propietarios del Banco Latino.

**César:** Así es, así es.

**Alan:** Que eran los patrones de Olivera y que formaron parte de su movimiento político.

**César:** Así es.

**Alan:** Y ellos eran los responsables de las acusaciones que se lanzaban contra mí, que si tenía una casa más grande que la de Julio Iglesias en una isla de Miami, que si tenía 50 millones. Y eso fue dicho en el programa de César Hildebrandt entonces, el informe Lark fue revelado ahí, y eso fue una patraña y un crimen por el que aún no han pagado los que inventaron eso.

**César:** No, usted no tiene buena memoria en eso. Nosotros fuimos los que justamente denunciemos la fragilidad del informe Lark. Nosotros dijimos justamente que el cubano que contrató Olivera era un pobre diablo y por eso Olivera lo primero que hizo cuando Lúcar debutó en la televisión, después de que a nosotros nos dieran una patada en el poto y nos mandaran fuera del país, lo primero que hizo fue invitar a Olivera. Y Olivera, la primera noche de Lúcar, dijo: «Nicolás, tú has demostrado esta noche que nadie es imprescindible en la televisión».

**Alan:** Mire usted.

**César:** ¿No?

**Alan:** Tenemos adversarios comunes.

**César:** Doctor García, pero usted también es prescindible para la presidencia.

**Alan:** Seguramente.

**César:** Y yo soy prescindible para la televisión.

**Alan:** Seguramente.

**César:** ¿Yo me voy de la televisión y usted se va de la candidatura? ¿Qué le parece? ¿Un canje?

**Alan:** ¿Usted se va de la televisión?

**César:** Y usted se va de la candidatura.

**Alan:** No.

**César:** ¡Yo lo hago por el país!

**Alan:** No, ¿por qué? ¿Tan malo es su programa?

**César:** ¡No, tan malo es usted!

**Alan:** No, no, ¿está usted bromeando nuevamente?

**César:** No estoy bromeando. Se lo propongo en serio.

**Alan:** No.

**César:** Genaro Delgado, tú aceptarías, ¿no es cierto?

**Alan:** No, esa es la apuesta de la caja de cerveza. Necesitamos una reactivación económica, necesitamos un gobierno que se preocupe más de la gente, que impida el abuso de los *services* y del empleo juvenil. Eso es lo que necesitamos, que se renegocien las tarifas públicas con las empresas, que no se dejen aplastar diciendo «nada se puede hacer», eso es lo que necesitamos, César. Intentemos hacer algo por el Perú antes de irnos. Intentemos hacer algo por el Perú. Mire, le digo una cosa, el Perú...

**César:** Antes de que orinemos cada siete minutos.

**Alan:** Segunda vez que menciona usted su próstata. Usted está muy preocupado por la próstata y debo advertir que en cada pausa comercial el señor Hildebrandt se levanta misteriosamente al baño.



**César:** Sí, con una diferencia. Yo me levanto a orinar, pero tú, García, vienes haciendo cosas raras aquí.

[Risas]

**Alan:** Esta es una conversación de viejos amigos, en realidad.

**César:** De viejos.

**Alan:** Sí, bueno.

**César:** No de viejos amigos.

[Risas]

**Alan:** Para conocimiento y entendimiento de quienes nos escuchan, yo respeto mucho a César Hildebrandt intelectualmente desde 1970 y algo cuando conocí por primera vez sus entrevistas en *Caretas*. Hemos tenido siempre una relación respetuosa, medianamente agresiva y ácida, pero muy alegre y muy jovial. Todos los que nos han escuchado esta noche deben entender que somos viejos amigos y que nos rencontramos después de diez años, lo cual no obsta para que él no conserve total independencia de crítica respecto a mí y yo conserve el derecho de cambiar el televisor cuando no me guste su programa.

**César:** Por supuesto, por supuesto que sí. Y no voy a votar por Alan García.

**Alan:** Muchas gracias.

**César:** ¿Qué cosa? Primero porque no quiere polemizar con Lourdes Flores, y eso me parece mucho machismo.

**Alan:** No, no.

**César:** «Que yo no polemizo con las mujeres», ¿qué es esto?

**Alan:** Déjeme decirle una cosa.

**César:** ¿Qué?

**Alan:** Ha dado usted una gran noticia al país, porque usted siempre ha votado por los perdedores.

**César:** ¿Ah, no me diga?

**Alan:** Sí, claro.

**César:** ¿Entonces puedo votar por usted?

**Alan:** No, ha dicho que no va a votar.

**César:** Pero puedo cambiar.

**Alan:** Eso es un gran augurio.

**César:** Puedo cambiar, como cualquier aprista.

**Alan:** ¿Ah?

**César:** Puedo cambiar, como los apristas cambian, pues.

**Alan:** Haga usted un esfuerzo de conciencia.

**César:** No, le voy a decir por qué no voy a votar por usted. Porque yo ya una vez voté por usted, porque usted fue la gran esperanza del 85, y se lo digo en serio. Usted fue una gran esperanza, generacional además, extra partido, como usted sabe, yo no tenía nada que ver con el APRA, pero generacionalmente usted nos pertenecía y usted era la voz moderna, la voz de la modernidad.

**Alan:** A mí me dijo usted...

**César:** Y sin embargo...

**Alan:** En persona, que había votado por Alfonso Barrantes.

**César:** No, eso fue para otra cosa, eso fue para otra cosa, disculpe.

**Alan:** 1985.

**César:** No, no, no. Se ha confundido usted, se refiere usted a la votación de la alcaldía, evidentemente.

**Alan:** Bueno.

**César:** Porque jamás hubiera votado por Jorge Del Castillo, que era su segundo que parecía quinto. Muy bien, no, no era eso. El asunto es que me parece que usted fue una gran esperanza y usted creo que despilfarró la confianza que todos le dimos. Entonces la pregunta es: ¿por qué le voy a

dar por segunda vez mi voto al doctor García? Creo que alguna gente lo hará. Usted, sin embargo, tiene un gran predicamento y un gran porvenir en el electorado joven que no padeció su gobierno y que puede creerle. Yo solo le pido una cosa, doctor García, más allá de cuál fuese el resultado: tómese en serio esta vez la cosa, por favor. Su elocuencia es indiscutible, usted tiene una lengua prodigiosa. Solamente le pido esto en nombre del Perú: que la lengua y la honradez, no en términos monetarios sino en términos intelectuales, coincidan, coincidan de verdad, el Perú lo necesita. Si usted gana respetaré su triunfo, si usted gana habrá ganado democráticamente porque estas elecciones van a ser limpias, ya no las controla la mafia, la basura de gentuza que controló el país. Si usted gana habrá que reconocer. Y si usted gana habrá que darle el apoyo y el esfuerzo de todos, así estamos, este es el nuevo país, esta es la limpieza que ha surgido de la escombrera maldita de esta mafia. Entonces, termino respetuosamente diciéndole: «Buena suerte, señor García».

**Alan:** Si usted lo dice de todo corazón y con buena intención...

**César:** Así es.

**Alan:** Pues acepto ese deseo y le digo que a los cincuenta y algo de años que ya tenemos, si he aceptado esta responsabilidad, y hablo muy seriamente, sabiendo cuál es la situación económica de la patria y sabiendo que una vanidad personal que pude ya tener a los treintaicinco años no amerita el inmenso peligro de tener que hacer frente a los requerimientos sociales con los bolsillos vacíos que ha dejado Fujimori, si lo hago así, sabiendo cuál es el peligro de todos los que han vuelto al poder, sabiendo eso...

**César:** Pérez, por ejemplo.

**Alan:** Es porque creo en el Perú, porque creo que se puede hacer algo por los millones de peruanos que están hambreados y desempleados. Y no

es una frase retórica. Lo que más me ha impresionado de volver al Perú es ver la cantidad de gente en la calle sin trabajo, la cantidad de gente sin dientes en las calles. A mí me conmueve enormemente que se haya destruido así el capital humano de la patria. Podría quedarme a vivir en Colombia o en alguna parte, encontrar otro destino, pero le juro y le digo que tenemos que hacer algo, usted en su trabajo y yo en el mío. Si nos dejan.

**César:** Ha sido el doctor Alan García. Muchas preguntas han quedado pendientes, muchos temas desde luego. Lo que no vamos a hacer aquí, de ninguna manera, es convertir esto en una reyerta de cantina, como quiere cierto sector de la derecha, en una carnicería grosera e infame para castigar al hombre que alguna vez se le enfrentó. No, este programa es libre, libre y absolutamente libre. Gracias, doctor García. Gracias a ustedes, hasta mañana.

**Alan.** Muchas gracias.

## **El llulla presidente**

Gabriela Wiener

Mi padre solía contar que, cuando publicó su libro sobre Alan García, yo me eché a llorar porque tenía miedo de que lo mandaran a la cárcel. El título del libro era *El llulla presidente*. Llulla en quechua quiere decir mentiroso. Quizá porque la trayectoria del dos veces presidente constitucional del Perú estuvo siempre rodeada de falsedades, denuncias por corrupción, hechos delictivos y violaciones de los derechos humanos, cuando en abril de 2019 nos enteramos de que iba a ser detenido por su implicación en el caso de Odebrecht, no lo podíamos creer. En realidad, muy poca gente lo creyó. Alan había burlado a la justicia demasiadas veces como para confiarnos. Pero cuando solo una hora después empezaron a correr las noticias de su suicidio, la desconfianza fue aún mayor. Es terrible, pero la convicción de que Alan era capaz hasta de hacerse el muerto para eludir la cárcel embargó a muchos. ¿Alan entrando y encerrándose en su habitación, mientras el fiscal espera al pie de la escalera, y disparándose a continuación en la cabeza? No, solo podía ser una mentira, una treta del llulla presidente al verse acorralado con más pruebas, un nuevo montaje con el que distraernos mientras él ya estaba en la frontera. Y sí, eso era, pero en un sentido más escalofriante.

Muchos entendieron el suicidio de García como una nueva y exitosa escabullida. La fuga premeditada hacia la muerte para no enfrentar lo que tenía que asumir en vida. El atajo más corto para una efeméride mucho más

amable que la que le hubiera tocado si acudía a declarar y se sometía al debido proceso. La última hazaña de un ego colosal.

Jaime y yo almorzábamos la tarde del 17 de abril en un chifa de Madrid. No creo que Alan haya comido nunca un combinado en ese delicioso pero sencillo restaurante de mi barrio, Carabanchel. Antes de verse obligado a volver a Lima para declarar por el caso Odebrecht y solo dos años antes de suicidarse, García había fijado a inicios de 2017 su residencia en la burguesa calle Pintor Rosales, en el mucho más pituco barrio madrileño de la Moncloa. Hay fotos suyas paseándose europeamente despreocupado en bicicleta por las ciclovías del Parque del Oeste, muy cerca a su casa y al Consulado de Perú, a las puertas del cual una señora suele vender unos tamalitos caseros muy ricos. ¿Se habría parado alguna vez Alan a comerse uno?

Ese día yo me había pedido un arroz chaufa amazónico, con cerdo ahumado y platanito frito. Era uno de esos días preciosos de primavera y la luz irradiaba en el patio de mesas llenas de peruanas y peruanos hambrientos esperando que les sirvieran un plato nacional, es decir, decentemente desbordante. No había una sola persona blanca. Carabanchel es uno de los barrios con más población latina de la capital española. Era un día miércoles cualquiera de trabajo, pero los migrantes patrios se han aburrido ya de la papa a la huancaína y los pocos y flamantes chifas que han abierto no hace mucho en Madrid suelen tener éxito. Alan y el chifa eran dos cosas nuevas en Madrid.

No sé si no llegaba aún mi plato, pero me distraje un momento para ver mi teléfono. Me precio de ser una persona que no deja el celular ni cuando come y con lo que iba a pasar a continuación por fin podría justificar esa muestra de mala educación ante el mundo. Fue así de banal. Allí, como si

estuviera en un huarique de la avenida Aviación comiendo en hora punta, me enteré de que Alan se había disparado.

En Lima recién amanecía. Las noticias eran confusas. Decían que se había disparado en el pie, luego en la cabeza, que había intentado suicidarse, que estaba grave, en un hospital, que aún vivía, que ya había muerto. Se lo conté casi a gritos a Jaime, con los ojos como dos boles de tamarindo brillante. Vi en él esa mezcla de incredulidad y alucine que en Madrid llamamos flipar y que me embargaba a mí también, y en medio de la turbación y las risas nerviosas buscamos comprobarlo escribiendo a colegas periodistas. Era verdad. ¿Qué estábamos haciendo el día en que nos enteramos de que Alan García había muerto?, nos preguntaríamos a partir de ahora, y lo que estábamos viviendo en ese instante sería la respuesta. Flotó sobre nosotros una vez más la consciencia de que la historia estaba ocurriendo justo ahí. En más de veinte años de vida en común ya habíamos visto nacer y morir a demasiada gente que nos importaba, a demasiadas torres caer; todo era demasiado. El dramatismo de la noticia competía con los arroces y tallarines en un *crossover* demencial de peruanidad súbita. Pensé que viviendo lejos del Perú solo podía haberme enterado del fin de una Era en una de sus dependencias gastronómicas y rodeada de los míos. Di gracias por esa confabulación del destino. Entonces giré a verlos, miré en cada una de las mesas, buscando intercambiar reflejos cómplices en nuestros ojos marrones achinados. Imaginé que de repente nos poníamos de pie, mano al pecho y todos comenzábamos a cantar el himno nacional. Las manos de Alan García estaban manchadas con la sangre y el dinero sucio de algunas de las más grandes tragedias de nuestro país. En ese instante volví a 1985, cuando durante su primer gobierno, un comando del Ejército, a sus órdenes, perpetró la matanza de sesenta y nueve pobladores de la comunidad de Accomarca, acusados injustamente de ser terroristas, de los

cuales treinta eran niños. Torturaron a los hombres, violaron a todas las mujeres y les dispararon, arrojaron granadas y prendieron fuego junto a sus niños. Se libró así mismo de la responsabilidad por otra masacre en la comunidad de Cayara, donde el Ejército asesinó a treinta y cinco personas. No pagó por la matanza de Los Molinos, ni por las violaciones de Manta y Vilca. Tampoco pagó jamás por dar la orden presidencial de sofocar sendos motines en dos cárceles limeñas, asesinando extrajudicialmente a unos trescientos presos rendidos de Sendero Luminoso. No pagó por el dolor de los miles de peruanos que padecieron el empobrecimiento radical en los cinco años de su primer gobierno, con una inflación estratosférica. Ni por el Comando Paramilitar Rodrigo Franco que operó bajo su ala protectora. Muy lejos estuvo de responsabilizarse por el Baguazo, la brutal represión policial ordenada por el entonces presidente para detener las revueltas de varias comunidades amazónicas que se oponían a un decreto de su gobierno que favorecía a empresas transnacionales y mineras para explotar petróleo, gas y minas en tierras indígenas. El desenlace fueron decenas de muertos y varias zonas del país en conflicto, algunas de las cuales aún siguen en llamas porque nuestros gobernantes han decidido ignorar la consulta previa. Y, en ese momento, yo estaba en un chifa, un miércoles de abril, y él se iba así, dejando detrás un enorme desasosiego entre nosotros, dejando detrás de ese único disparo una cantidad incalculable de impunidad flotando en el aire que quizá nunca nos acercaremos siquiera a desentrañar.

Comencé a murmurar su nombre en mi mesa, primero pensé que para mí misma, a decirlo bajito como contando un secreto: Alan ha muerto, Alan ha muerto, Alan ha muerto. Y luego cada vez más fuerte, como se daban las noticias antes, cumpliendo un servicio social. Ey, Alan ha muerto, ¿pueden creerlo? Llamando a los compatriotas de las mesas, como si así les pudiera recordar todo lo que jamás deberíamos olvidar. Pero casi nadie me miró,



nadie se levantó, nadie dijo nada, nadie lloró, ni rio, ni aplaudió, nadie dejó de embutir, de masticar. Se enfriaba. Nada peor que un arroz chaufa frío. Es casi peor que un cadáver. Y un chaufa no se deja ni como muestra de desprecio a tus adversarios.

\*

Todavía me avergüenza decirlo, pero en el momento más álgido del desastre económico alanista, mi madre ganaba en dólares. Eso quiere decir que, a diferencia de los millones de peruanos que veían cómo se apagaban los soles en sus manos, nosotros, comunistas de pro, nos amparamos bajo el paraguas verde del imperialismo. Semejante contradicción no duró mucho, es cierto, pero basta para que en el imaginario familiar, la primera «época de Alan» sea además una amalgama de culpa y resentimiento. Leo en Twitter que cuando vino Celia Cruz en el 87 y gritó su clásico «¡Azúcar!» la gente le contestaba «¡No hay!». Yo no recuerdo haber hecho cola nunca para comprar azúcar, arroz o leche. Tal vez las hicieran otras personas de mi familia. Pero recuerdo la hecatombe de ese país arrasado por el desaliento y la impotencia. Contrariamente a lo que yo pensaba cuando era niña, el primero que tapó el sol con un dedo y lo llamó Inti no fue García, fue Belaúnde, cinco meses antes de dejar el gobierno. Pero fue Alan el que durante su primer quinquenio perfeccionó esas delirantes huidas hacia adelante. El tristemente célebre país de millonarios (en intis) que fuimos era lo más cerca que hemos estado de la Venezuela chavista. Porque otra cosa que nunca le perdonaremos al primer Alan es que sin ser un «rojo» se las ingenió para destruir nuestra reputación cometiendo todos y cada uno de los errores que nos han perdido históricamente. García usurpó nuestro fracaso.

Pero también nos robó cualquier posibilidad de éxito. Después de eso la derecha se ha paseado por nuestro país como Alan por su casa.

Antes, en los ochenta, las familias ONGistas como la nuestra soportaban la crisis lo mejor que podían, nunca se llegaba a fin de mes, se comía lo que se podía y no lo que se quería, se hacían malabares para que alcanzara la gasolina y el ocio era más bien un recuerdo enmarcado en fotos de «cuando éramos chiquitas». Es decir, antes de Alan. Pero la mayoría de la gente quedó sumida en la pobreza de verdad. Para Jaime, mi marido, sin ir muy lejos, los ochenta son en su recuerdo una sucesión de colas, de leche ENCI, de primos que mataban pajaritos con hondas para comérselos con tallarines y de abuelas cocinando con leña que recogían los niños no de ningún bosque, sino de entre los palos de la calle, o kerosene. Hay imágenes que ya no sabemos si son sus recuerdos o los míos, de camiones llegando a los barrios y de personas peleándose por recibir primero lo que estos trajeran. Leche, pan popular, agua. Palabras como «pueblo» o «popular» se convirtieron en la «época de Alan» en sinónimos de pobreza y, en algunos casos, de usura. Todos recordamos al especulador del barrio, al que guardaba en secreto un costal de arroz porque tenía un tío aprista. A la señora que siempre tenía azúcar porque trabajaba en un «mercado del pueblo». Antes de la absoluta debacle de los valores solidarios que trajo la fujimorización de nuestra sociedad, el alanismo había hecho lo suyo empujando a millones a la desesperación del «sálvese quien pueda». El abismo de la corrupción abriéndose directamente bajo nuestros pies.

Curiosamente, de esa época también recuerdo mi lonchera verde de los Picapiedra con su *sticker* de punta doblada y su broche de metal medio oxidado. Tres décadas después el dinero de los sobornos se entregaba a Alan en esas mismas maletitas de plástico en las que los niños que podíamos llevábamos al colegio nuestro apestoso huevo duro. ¿A qué

apestaría la lonchera llena de dólares de Alan? A mil huevos podridos. Me he imaginado muchas veces el momento en que Alan la abría en Palacio como un niño en el recreo. Pero hay algo más profundo detrás de esas loncheras. Es como si en ese gesto, Alan destrozara nuevamente nuestra infancia y la pureza y la esperanza y la inocencia, todo lo que su ecosistema corrupto nos quitó.

En sus últimos años lo vimos entrar varias veces a los juzgados por recibir coimas por la construcción del tren eléctrico de Lima, por la construcción de la carretera Interoceánica, por los indultos que se concedieron durante su segundo gobierno a decenas de sentenciados por tráfico ilícito de drogas. Pero nunca llegó al banquillo. En el último momento siempre se desestimaban las acusaciones contra él. Ahora sabemos, gracias a investigaciones periodísticas, que Alan García y el Poder judicial, que nunca lo juzgó, eran la misma cosa. Lo había penetrado y corrompido desde los ochenta y se las ingeniaba para mantener a operarios dentro muy bien colocados, que lo blindaban, y podía hacerlo gracias a años de enriquecimiento ilícito. Hoy, por ejemplo, tenemos indicios de que García pagó veinticinco mil dólares para que las acusaciones en su contra por el caso de El Frontón fueran archivadas por el fiscal.

No vivo en Lima, pero cada vez que vuelvo, vuelvo a Barranco y a la Costa Verde, me alucina el Cristo que plantó Alan, el megalómano, en el Morro Solar, al lado de la Cruz. A veces me le quedo mirando hasta que cambia de color. El Cristo, ahora lo sabemos, fue un regalo de Odebrecht y, por lo tanto, ha dejado de ser un símbolo religioso para convertirse en un símbolo del mayor escándalo de corrupción de todo el continente. No sé qué es peor.

\*

Jaime y yo nos conocimos en un mundo sin Alan. Era 1998 y ambos periodistas trabajábamos en *El Sol*, un periódico fujimorista cuyo dueño, un rico empresario minero, se mató cuando iba en su carro con chofer acompañando a toda velocidad a la comitiva del dictador en su camino al aeropuerto para un viaje de prensa. No fue el único cadáver que se nos vino encima. El propio Fujimori era ya un muerto viviente a punto de convertirse en esa especie de figura tutelar de la mafia que es ahora, aunque esté en la cárcel. Y, por supuesto, estaba también el cadáver de Alan, que era en ese entonces un muerto político. El silencio. La nada. Alan se había escapado de la justicia y vivía en Bogotá o en París, había conducido el país al desastre y lo había abandonado como un chofer de combi que choca y se larga del lugar del accidente dejando muertos y heridos. Fue en ese mundo ya sin Alan que dejé de ser niña y empecé mi formación académica. El sexo surgió en un mundo sin Alan. Y fue también la época de los libros y la de mis primeros pasos como periodista, como practicante en los diarios *La República* y *El Sol*.

Durante los primeros años sin Alan, en un programa cómico salía un actor enano que hacía el papel de Alan Damián y como muletilla soltaba su profecía: «Y volveré en el 95». Ja, ja, ja, ja, ja. Humor absurdo. Descabellado. ¿Cómo va a volver Alan, pues? En los noventa, Alan tenía la corporalidad del Chupacabras o de Keyser Söze. Una historia de fantasmas que nos contamos a nosotros mismos para darnos miedo. Pero su ausencia y el trauma de su primer gobierno fueron también el escenario ideal para que Fujimori se quitara la careta de ingeniero y revelara la cara del dictador.

Pero en 1998 acababa el siglo, el milenio, y muchos pensaban que se acababa el mundo. En realidad, solo fue el ocaso de *El Sol* y de Fujimori. Bueno, el comienzo del fin del baile del Chino y la cuenta atrás para la

vuelta del Caballo Loco a galope. Jaime y yo fuimos a hacer nuestra cola para cobrar nuestro cheque de liquidación, en un ritual contradictorio en el que por una parte nos quedábamos sin trabajo, pero por otra nos alegrábamos de que hubiera un periódico fujimorista menos en circulación.

\*

Si el Perú fujimorista de los noventa hubiera sido una iglesia tendría que haber sido la Ermita de Barranco, a la que un terremoto dañó, nadie nunca reparó y por eso se convirtió en la casa de oscuros gallinazos que habrían de desollarla ante nuestros ojos. Tras una década de dictadura, con los vladivideos sobre la mesa, y gracias al trabajo y a la resistencia de los movimientos ciudadanos, comenzábamos a salir del periodo más siniestro y cínico de nuestra historia republicana, aquel en que el totalitarismo logró perversamente cambiar los estatutos de la verdad, creando una realidad paralela, un país paralelo dedicado a la carroña. Como en esa película de Lombardi en la que dos viejitos en el hospital miran en la televisión a Martha Chávez declarando en los medios de comunicación que el video Kouri-Montesinos está truqueado, nosotros también, como ese par de ancianos —porque todos habíamos envejecido una eternidad—, un día por fin dijimos: «¿Esta se cree que los peruanos somos unos cojudos que nos vamos a seguir tragando ese cuento?». Y así salimos.

Pero salíamos de la penumbra hacia la luz con personas desaparecidas, millones de dólares robados, el dictador prófugo, las instituciones destrozadas, la moral inexistente, la confianza traicionada, la cultura política hecha jirones y la palabra vaciada de belleza y sentido. Las peruanas y peruanos habíamos empezado los 2000 como se empieza de nuevo, pero había que tirarse abajo la ermita y construirla otra vez.

Desde hacía muy poco, también, Jaime y yo habíamos comenzado a vivir juntos en el barrio de nuestros sueños, el bar-dormitorio de un veinteañero promedio, Barranco. Éramos muy jóvenes, pero ya habíamos luchado juntos con máscaras antiguas en los Cuatro Suyos para que caiga Fujimori. Ya nos amábamos con la apasionada vehemencia de los primeros años. Por eso hasta las puertas de esa iglesia barranquina construida en el siglo XVIII me había ido esa noche de enero de 2001 huyendo de una de nuestras primeras peleas como convivientes.

Dejé la casa antes de que oscureciera y me puse a dar vueltas en el entorno del Puente de los suspiros hasta llegar a la vieja iglesia y ahí me detuve un rato. Quizá los gallinazos me contemplaran babeantes. Las calles estaban extrañamente vacías. Ni siquiera vi a las señoras de los anticuchos. Todo aquello sumaba a mi melancolía. De repente, escuché una voz a lo lejos. Era una voz reconocible. Una voz que parecía venir del pasado. De alguna parte de mí que había olvidado. Me llamaba como llama a la Bella Durmiente esa voz que quiere que se pinche con el huso de la rueca. Avancé arrastrando mi tristeza e hipnotizada mientras la voz se hacía cada vez más nítida y descubrí que salía de la puerta iluminada de un pequeño negocio de bebidas y anticuchos frente a la ermita. Entré y no había nadie, solo un televisor encendido con el volumen altísimo y en la pantalla estaba Alan García dando un discurso en directo desde un mitin multitudinario en la Plaza San Martín. Claro, por eso no había nadie en las calles, todos estaban, como yo ahora, pegados a la televisión, viéndolo recién llegado, tras nueve años de exilio, como se ve a un fantasma.

Después del autogolpe de 1992, Alan había huido a Colombia y después a Francia, luego de ser acusado de corrupción por el fujimorismo, pero en 2001 la Corte Suprema ya había fallado a favor de la prescripción de los delitos de enriquecimiento ilícito, soborno y cohecho que se le imputaban.

Llegaba para intentar ser presidente otra vez. No lo logró ese año, pero sí en las elecciones siguientes.

Me quedé ahí, frente al televisor, sin poder moverme, conmovida por su pañuelo blanco, por las caras de la gente en la plaza que lo miraba con ojos de esperanza, por la cantidad de veces que hablaba del espíritu y nos felicitaba por habernos liberado del yugo del dictador. Cuando le oír decir la palabra «aciago» empecé a llorar. No sé por qué exactamente. Yo ya no sabía si lloraba por la pelea con Jaime o por el regreso de la democracia. Pero en realidad sí lo sabía. Lloraba porque nos había estado gobernando una panda de personas que no leía libros, que sería incapaz de hablar del espíritu, de usar una palabra como aciago. Sí, eran ciertamente tiempos aciagos, de incertidumbre, de desilusión, de dolor, de rabia. Pero habría elecciones y ya no estarían ellos. Alan quizá había sido un mal presidente, el peor, pero no un tirano, o al menos eso creí en ese momento. Y se atrevía a decir: «Yo los perdono». Una cosa de locos, Alan nos estaba perdonando.

Para cuando citó a Calderón de la Barca, yo ya sollozaba. Llevábamos años sin escuchar a un político tradicional hablarle al pueblo, vivíamos oyendo a tecnócratas analfabetos del régimen que usaban la palabra para traficar con la mentira y la farsa. Y ahora había un político de los de antes—todo lo que fuera prefujimorista volvía a revestirse de cierta dignidad—recitando de memoria lo que según él recitaba cada vez que andaba solo por las calles preguntándose si alguna vez volvería al Perú: «Yo sueño que estoy aquí de estas prisiones cargado y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción». Hasta la poesía había vuelto. Su retorno simbolizaba el regreso a esos supuestos ideales de los que nos habían alejado a las peruanas y peruanos durante una década de autocracia. Pero, otra vez, la democracia fue un sueño, y los sueños, se sabe, sueños son.

Apenas dos años después del discurso de retorno de Alan, Jaime y yo nos fuimos del Perú por un año (que se ha convertido en veinte). Casi toda mi vida adulta he padecido a Alan a la distancia, hasta que una jugarreta del destino lo trajo a vivir a la misma ciudad que yo. Y aunque muchas veces fantaseé con la idea de patearlo en la espinilla y salir corriendo, nunca lo vi.

\*

La figura de Alan García, incluso muerto e inútilmente reivindicado por sus seguidores, está hoy ya tan devaluada como el inti. Para escribir esa frase me he copiado a mí misma. La usé en el primer artículo que escribí sobre Alan, en realidad sobre uno de sus libros, *Modernidad y política en el siglo XXI*, en el año 2003, aunque en el artículo decía que su prosa era la que estaba tan devaluada como la moneda oficial del alanismo. También decía que como escritor Alan era buen presidente. Los que escribimos tal vez solo podemos patear de esa manera. Y el libro se lo merecía. Todavía recuerdo su portada, en la que Haya de la Torre aparecía como un tótem más junto a Einstein, Marx, Mandela, Lenin, Zapata y Gandhi. Estoy segura de que podría haberse puesto a él mismo también en ese Olimpo, pero se contuvo.

Por alguna razón, probablemente por su oratoria, Alan mantenía cierta aura de erudición, cierto prestigio cultural, que aún algunos alanistas, después de su suicidio, intentan incluir en el mito. Ay, bien sabemos que un alma humana fina y cultivada también es capaz de cometer los peores crímenes. No olvidemos la manera conmovedora en que Pedro Pablo Kuczynski tocaba la flauta travesa.

Pero no, después de leer el libro de Alan me convencí de que solo era un charlatán, también era un llulla intelectual. En el artículo escribí que Alan publicaba un libro «más para fomentar su imagen de hombre de ideas que



porque realmente tuviera algo que decir». Me da ternura leer esta protocrítica literaria que es en realidad una inconfesable diatriba contra el político detrás de esa pluma. Siempre he odiado la crítica literaria, incluso la que está bien hecha, porque siempre cree que tiene la razón o pretende que lo creamos cuando en realidad solo es la ingeniosa defensa del propio gusto y opinión de su autor. Por eso he escrito muy pocas críticas de libros, pero esta me la perdono. Hasta me doy el lujo de señalarle errores en sus referencias, como llamar a Paulo Coelho, Claudio.

Cuando Alan habla de cositas modernas de la globalización —algo muy de 2003—, cuando habla del Prozac, los teléfonos satelitales (sic), el *zapping* o los *talkshows* y juega al profeta clarividente, digo, en realidad nos está anunciando cosas que ya pasaron. Y se nos presenta como alguien que ha aprendido la lección, que será capaz de corregir sus errores y ser el capitalista que todos le piden ser, algo que definitivamente hará cuando sea elegido presidente por segunda vez. Mi yo periodista juvenil concluía así su pieza crítica: «(el libro) no es un instrumento de lucha, un vehículo de ideas situado en la polémica de su tiempo, como sí lo fueron las obras de los discrepantes Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, sino más de lo mismo». El artículo tuvo algo de éxito. Hasta me llamaron de una radio para que fuera a hablar de lo que había escrito, pero no quise ir. Le tenía miedo, como cuando temía que persiguiera a mi padre por llamarlo mentiroso.

Si el Perú es el *thriller* continuo, la serie inacabable que se supera a sí misma temporada a temporada, García fue, sin lugar a dudas, uno de sus mejores villanos, y uno de sus personajes más complejos. Su sola presencia ocupó nuestro imaginario para bien o para mal, casi siempre para mal, durante treinta años, y su muerte nos dejó, sí, un poco más vacíos, huérfanos del enemigo. La espectacular escenificación del duelo posterior

de familiares y aprismo en general —la carta de despedida leída por sus hijos es un monumento a la megalomanía y la grandilocuencia— no hizo más que dejar en claro que la realidad en la que vivían García y sus seguidores estaba completamente desconectada de la realidad del resto de peruanos.

García era un personaje de enorme espectacularidad. Un ser que se pretendía de otro tiempo, un «estadista» imaginario que se mató creyendo que pegarse un tiro era más «digno» que ir a la cárcel. Me da la impresión de que al menos parte de su personalidad refleja complejos y taras muy extendidas entre nosotros. Confundir al charlatán con el sabio, al orador esperpéntico con el retórico brillante, o al bravucón con el valiente, es parte de nuestra tragedia.

El final esperpéntico de Alan García fue la última contradicción del hombre que acuñó aquello de «el que no la debe no la teme» y que luego de sus vanos intentos por convertirse en el exiliado político que siempre quiso ser, acabó, finalmente, siendo un exiliado de nuestras vidas, que la temía porque la debía.

\*

Mi abuelo de 101 años siempre votó por el APRA. Durante su juventud, de hecho, y cuando el partido fundado por Haya de la Torre fue ilegalizado, había sido entrenado en «técnicas antirrepresivas». O eso se dice en la familia. Mi abuelo era maestro ebanista, hizo todos los muebles de mi casa y hasta hoy recuerdo la estrella aprista que coló en forma de escarapela colgada en el cabecero de mi cama de infancia que él mismo fabricó. La escarapela era un rectángulo color cielo con la estrellita roja con letras blancas en una esquina, y el lema: «El APRA nunca muere» en el centro.

Cuando era niña, el APRA velaba mis sueños justo arriba de mi cabeza, aunque nosotros fuéramos de Izquierda Unida. En los tiempos en que sonaba la canción de Alan en discos de vinilo de 45: «Alan García llegará, Alan García triunfará», compuesta y cantada por José Escajadillo, los apristas aportaban a su campaña vendiendo estos *stickers*, como el que yo tenía pegado en mi cama, que se enganchaban al pecho con alfileres.

Como muchos otros militantes, cuando apareció García mi abuelo dejó de ser aprista para volverse «alanista». Pero después del desastre de su primer gobierno el tema se volvió un poco tabú en la familia porque nadie quería remover la herida de mi decepcionado abuelo, hasta que él mismo empezó a llamarlo «el ladrón de siete suelas».

Mi abuelito siempre ha sido para mí como la historia viva del siglo XX: combatió en la guerra con Ecuador, conoció seis dictaduras, vio el nacimiento de Sendero y vivió para ver su fin. Su militancia es una militancia de otra época, de cuando afiliarse a un partido era como ser bautizado en una religión. Uno no se cambia de partido, ni de equipo de fútbol, ni de religión. Pero en los últimos años, tras el retorno de García a la política y el nuevo desastre del lodazal de corrupción, mi abuelo se volvió prácticamente apolítico. Perdió la fe. Pero no dejó de seguir y analizar la actualidad, de manera más distante y taciturna. Leía a mi padre, recortaba sus artículos y los guardaba en fólderes, y parecía estar de acuerdo con todo lo que decía el rojo. Cuando murió papá, también se quedó huérfano de él, como yo. Y ya no tuvimos quién nos contara primero que nadie la última fechoría de García.

Por eso el suicidio de Alan habla también del devenir en las últimas décadas de la clase política peruana y latinoamericana, de lo que han hecho sus líderes con la confianza y el voto de la gente en décadas de pantomima democrática.

\*

¿Qué hubiera dicho mi padre, uno de sus más obsesivos perseguidores, o cualquiera de los fiscalizadores de García que ya no están, como Javier Diez Canseco, gente que se pasó toda la vida investigándolo, quemando sus pestañas llenando folios, al ver fugarse al llulla presidente por última vez sin hacerse responsable? ¿Se alegrarían o lo llamarían cobarde como lo ha llamado la mitad del Perú, mientras la otra mitad lo llama héroe y perseguido político? ¿O habrían sentido dolor, como se siente alguna clase de dolor cuando muere también el enemigo? ¿Fue su suicidio una victoria o una derrota para ellos y para nosotros?

Recordé mucho a mi papá el día del velorio de Alan García en la Casa del Pueblo, que fue transmitido en directo. Sus hijos leyeron en voz alta su carta de suicidio. Sin poder despegarnos de las imágenes, los oímos decir que lo despedían «rebosantes de orgullo». El más pequeño firmó su afiliación al partido sobre su ataúd, como hacen los hijos de los villanos en las pelis de superhéroes jurando venganza. Lloré al oírlos, porque yo también tengo un padre muerto al que quisiera ver como un héroe, pero no puedo. Sé que Jaime también pensó en su padre, que no está muerto pero que sí lo estuvo para él durante mucho tiempo. Qué es un padre, vivo o no, sino un fantasma con el que seguimos conversando más allá de la vida y de la muerte.

Antes de que acabe el día, que empezó en un chifa con la noticia del suicidio de un presidente requisitoriado, decidí enviarle un mensaje al hijo de uno de esos cientos de presos asesinados por orden de Alan García en El Frontón. Pensé que podía tener una buena respuesta acerca de en qué estado quedan nuestros sueños de justicia, nuestra voluntad de memoria, después de la muerte de Alan García. Entonces él me dijo que lo pensaría más tarde porque ahora tenía que atender a su pequeño hijo. Y supongo que eso, esa

posibilidad de tener algo más urgente en lo que pensar, es ahora, de alguna manera, una especie de justicia.



¿Genio? ¿Orador? ¿Embaucador? ¿Héroe? ¿Perseguido? ¿Megalómano? ¿Iluminado? La imagen de Alan García Pérez (1949-2019) ha adoptado tantos rostros como adjetivos le han adjudicado los peruanos durante más de cuatro décadas. Su vida es parte de los capítulos más resaltantes y controversiales de la historia política contemporánea del Perú. Luego de consolidarse como líder del partido aprista, de ser presidente del país en dos ocasiones y de haber sido acusado de numerosos casos de corrupción y de crímenes contra los derechos humanos, la escena de su muerte puso un dramático punto final a una existencia signada por la ambición de poder, la polémica y un halo de impunidad, aún por descifrar.

*El Código García* reúne a diez figuras del mundo periodístico, artístico e intelectual quienes ofrecen en este libro valiosas claves para comprender el ADN político y personal del multifacético Alan García. Las miradas de Daniel Alarcón, Jesús Cossio, Francesca Denegri, Sonia Goldenberg, César Hildebrandt, Rafaela León, Carlos León Moya, Santiago Roncagliolo, Marco Sifuentes y Gabriela Wiener brindan en conjunto un balance heterogéneo —en ideas, estilos y registros— sobre un político cuya imagen está enraizada de modo indeleble en el imaginario de varias generaciones de peruanos.

**Daniel Alarcón** (1977). Escritor. Periodista. Conductor de Radio Ambulante. Autor de *Radio ciudad perdida*; *Guerra a la luz de las velas*; *El rey siempre está por encima del pueblo*.

**Jesús Cossio** (1974). Ilustrador peruano, autor de los libros *Rupay. Historias gráficas sobre la violencia política 1980-1984*; *Barbarie. Cómic sobre la violencia política 1985-1990* y *Los años del terror. 50 preguntas sobre el conflicto armado interno*.

**Francesca Denegri** (1957). Escritora. Profesora de literatura. Autora de *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú* y *Soy señora. Testimonio de Irene Jara*.

**Sonia Goldenberg** (1955). Cineasta, periodista y escritora. Columnista para el *New York Times*. Autora de *Reportaje al Perú anónimo* y *Decidamos el futuro*.

**César Hildebrandt** (1948). Periodista de la prensa y la televisión peruanas. Director del semanario *Hildebrandt en sus trece*. Autor de *Cambio de palabras* y *Una piedra en el zapato*.

**Rafaella León** (1977). Periodista y editora. Autora del libro *Vizcarra. Retrato de un poder en construcción*.

**Carlos León Moya** (1985). Bachiller en Ciencia política por la PUCP y Master in Fine Arts en Escritura Creativa en Español por la Universidad de Nueva York. Periodista de *La Mula*.

**Santiago Roncagliolo** (1975). Escritor, guionista y periodista. Autor de *Pudor*, *Abril Rojo* (Premio Alfaguara 2006); *Óscar y las mujeres* y *La noche de los alfileres*.

**Marco Sifuentes** (1979). Periodista y editor. Autor de *H&H. Escenas de la vida conyugal de Ollanta Humala y Nadine Heredia*; y *K. O. P. P. K. Caída pública y vida secreta de Pedro Pablo Kuczynski*.

**Gabriela Wiener** (1975). Poeta, narradora y cronista. Autora de *Nueve lunas*, *Llamada perdida*, *Dicen de mí*, y de la pieza teatral *Qué locura enamorarme yo de ti* (en colaboración con Mariana de Althaus).





## EL CÓDIGO GARCÍA

© 2020, Daniel Alarcón, Carlos León Moya,  
Marco Sifuentes, Santiago Roncagliolo,  
Jesús Cossio, César Hildebrandt, Gabriela Wiener,  
Rafaella León, Sonia Goldenberg, Francesca Denegri  
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.  
Avenida Ricardo Palma 341, Oficina 504, Miraflores, Lima, Perú

Debate es un sello editorial de Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

ISBN e-book: 978-612-4272-57-8  
Primera edición digital: junio de 2020

Conversión e-book: Apollo Studio

Edición digital disponible en [www.megustaleer.com.pe](http://www.megustaleer.com.pe)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial